

©2001 *Asociación Argentina de Psicología  
y Psicoterapia de Grupo*

*Redacción y administración:*

Arévalo 1840 - Capital Federal

Telefax: 4774-6465 rotativas

*ISSN 0328-2988*

Registro de la Propiedad Intelectual N° 112854

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Derechos reservados

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

*Producción gráfica:*

Ediciones PubliKar. Tel: 4743-4648

*Diseño de tapa:*

Curioni Producciones. Tel: 4800-1300/4804-2542

# TOMO XXIV Número 2 - 2001

Afiliada a la Federación Latinoamericana  
de Psicoterapia Analítica de Grupo,  
a la American Group Psychotherapy Association,  
y a la International Association  
of Group Psychotherapy

## *DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES E INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA*

### *Directora:*

Lic. Mirta Segoviano

### *Secretaria:*

Lic. Nora Rivello

### *Comité Científico:*

Lic. Diana Dorin

Lic. Dora Nuesch

Lic. Nora Rivello

Lic. Mirta Segoviano

### *Consejo de Publicaciones:*

Lic. Susana Sternbach

Lic. Sara Moscona

Lic. Ombretta Velati

### *Comité Asesor:*

Lic. Elina Aguiar

Dr. Isidoro Berenstein

Dr. Marcos Bernard

Lic. Susana Matus

Lic. Gloria Mendilaharzu

Dra. Janine Puget

Lic. Rosa María Rey

Dra. Graciela Ventrici

### *Corresponsales en el exterior:*

Lic. Myriam Alarcón de Soler,  
Bogotá, Colombia.

Prof. Massimo Ammaniti, Roma, Italia.

Prof. Dr. Raymond Battegay, Basilea, Suiza.

Dra. Emilce Dio Bleichmar, Madrid, España.

Dr. Joao Antonio d'Arriaga, Porto Alegre, Brasil.

Dr. Rafael Cruz Roche, Madrid, España.

Dr. Alberto Eiguer, París, Francia.

Dr. Marco A. Fernández Velloso, San Pablo, Brasil.

Dr. Arnaldo Guiter, Madrid, España.

Dr. Max Hernández, Lima, Perú.

Lic. Gloria Holguín, Madrid, España.

Dra. Liliana Huberman, Roma, Italia.

Lic. Rosa Jaitin, Lyon, Francia.

Prof. Dr. René Kaës, Lyon, Francia.

Prof. Dr. Karl König, Göttingen, Alemania.

Dr. Mario Marrone, Londres, Inglaterra.

Prof. Meneghini, Florencia, Italia.

Prof. Claudio Neri, Roma, Italia.

Dra. Elvira Nicolini, Bologna, Italia.

Lic. Teresa Palm, Estocolmo, Suecia.

Dr. Saúl Peña, Lima, Perú.

Lic. Martha Satne, Pekin, China.

Dr. Alejandro Scherzer, Montevideo, Uruguay.

Dr. Alberto Serrano, Honolulu, Hawaii.

Dra. Estela Welldon, Londres, Inglaterra.



# COMISIÓN DIRECTIVA

**Presidente:**

Lic. Susana Sternbach

**Vicepresidente 1°:**

Lic. Sara Moscona

**Vicepresidente 2°:**

Lic. Ombretta Velati

**Secretaria:**

Lic. Susana Vaitelis

**Pro-Secretaria:**

Lic. Mirta Ungierowicz

**Secretaria de Prensa:**

Lic. Marta Farhi

**Tesorera:**

Lic. Rosa Chagel

**Pro-Tesorera:**

Lic. María Cristina Saviotti

**Vocal 1°:**

Lic. Beatriz Bernath

**Vocal 2°:**

Dr. Manuel D'Onofrio

Producción Gráfica:  
Ediciones PubliKar  
4743-4648

# SUMARIO

	11	• Editorial
Rubén M. Dimarco •	15	• Marcas psíquicas y el debate entre el determinismo y el acontecimiento
Evelyn Granjon •	47	• Del retorno de lo forcluido genealógico a los reencuentros con el ancestro transferencial
Sara L. de Moscona •	71	• Construcción del dispositivo y nuevas inscripciones
Denise Najmanovich •	91	• Dinámica vincular: territorios creados en el juego
Susana Sternbach •	111	• Proceso originario, patologías de borde y nuevas inscripciones
Graciela Ventrici •	123	• Interrogaciones. <i>Acerca de los malestares institucionales actuales</i>
Miguel Alejo Spivacow •	141	• « <i>Tu familia - mi calvario</i> ». Recorridos clínicos en terapias de pareja

#### PRESENTACIÓN A MIEMBRO TITULAR

- Mirta Segoviano • 163 • El primer narcisismo y el grupo
- Marcos Bernard • 187 • Comentario sobre el trabajo de Mirta Segoviano
- Roberto R. Romero • 193 • Comentario sobre el trabajo de Mirta Segoviano

#### PASANDO REVISTA

- Silvia Bleichmar • 207 • *Los hijos de la fertilización asistida*  
Eva Giberti, Gloria Mendilaharsu, Carlos Pachuk
- Ricardo Gaspari • 217 • *El sujeto y el otro. De la ausencia a la presencia*  
Isidoro Berenstein
- Julio Moreno • 223 • *La pareja y sus anudamientos. Erotismo-pasión-poder-trauma*  
D. Asiner; N. Inda; A. Makintach; C. Rolfo; M. Eksztain; H. Krakov; N. Mondolfo; S. Sternbach  
Compiladora: Janine Puget

#### INFORMACIONES

#### NÚMEROS ANTERIORES

# **Editorial**



Sin duda, la pregunta del psicoanálisis por lo originario, por la teoría de los orígenes, no es nueva. Por el contrario, desde el inicio en Freud, la cuestión ha vuelto obstinadamente en las hipótesis de Ferenczi, de Melanie Klein, de Meltzer, Bion, Bleger. Anzieu, Kaës, Laplanche, Piera Aulagnier... y la lista es tan vasta como siempre incompleta.

Esta apasionada búsqueda encuentra en la clínica actual –ésta que nos pregunta, más que por los avatares del devenir conciente de lo inconciente reprimido, acerca de la posibilidad de producir propiamente lo inconciente– una ocasión excepcional para la puesta a prueba de esas hipótesis, pero también para la generación de nuevas preguntas.

Las investigaciones y propuestas surgidas de la instalación de dispositivos vinculares en toda regla con las prescripciones metodológicas del psicoanálisis, así como otras nacidas del estudio de las patologías más severas, consideradas desde una óptica que merece innegablemente ser llamada *vincular*, han aportado herramientas esenciales para la comprensión y el tratamiento de esas nuevas formas del sufrimiento que hoy pueblan la consulta.

El desafío es comprender y tratar los cuadros límite, la psicósomática, la traumatofilia, las adicciones y compulsiones, la violencia, las transmisiones psíquicas inter y transgeneracionales de procesos detenidos en su elaboración... El desafío es comprender y tratar los malestares de una subjetividad que está hecha de la época en la que se produce. Y la pregunta, entonces, es si lo originario se constituye en los sujetos de una vez y para siempre, o si es verdaderamente posible, en especial dentro de los dispositivos vinculares, dentro de un modo de pensar el psiquismo como vincular, producir nuevas inscripciones.

*Dirección de Publicaciones*



# **Marcas psíquicas y el debate entre el determinismo y el acontecimiento**

**Rubén M. Dimarco \***

(\*) Miembro Adherente de la AAPPG. Miembro Fundador de la Fundación CISAM (Centro de Investigaciones para la Salud Mental).  
Tel.: 4866-5450 - E-mail: [dimarco@sion.com](mailto:dimarco@sion.com)

«Padre: Aquí reside para mí todo el drama: en la conciencia que yo poseo, y usted mismo lo puede ver, de que cada uno de nosotros se cree *uno* sin que ello sea verdad; porque cada uno de nosotros es *muchos*, sí señor, *muchos* dependiendo de todas las posibilidades de ser que llevamos dentro: *uno* con éste, *uno* con aquél; y tan distintos! E imaginamos, sin embargo, que siempre somos el mismo para todos, y siempre el mismo que nosotros creemos ser en cada uno de nuestros actos. ¡Y no es verdad, no es verdad!».

L. Pirandello

«El ser es esencialmente múltiple».

A. Badiou

«Mi hipótesis: el sujeto como pluralidad».

F. Nietzsche

## *1. Presentación*

Voy a presentar la cuestión de las marcas psíquicas entrando desde dos vías diferentes. Estas serán: la Física, de Illya Prigogine y la Filosofía, desde varios autores. En realidad, hay también, en algún momento del recorrido, una tercera vía: la Poética, de la mano de Borges.

Aunque resulte obvia, vale la aclaración: de los autores no psicoanalíticos se han tomado conceptualizaciones que nos convienen para lo nuestro a modo casi de metáforas, ya que ellas tienen evidentemente su lógica, su especificidad y su diferencia irreductible e intransferible en sus disciplinas. Creo que ofrecen elementos muy ricos (aunque muy complejos) que nos pueden permitir seguir avanzando en

nuestras teorizaciones acerca de las nuevas inscripciones desde la clínica vincular.

2. *Tiempo irreversible y estructuras disipativas*  
*Desde la Física*

«Nuestro punto de partida (...) El conjunto de las descripciones (...) Que en la actualidad nos conducen a comprender un mundo en devenir, un mundo en el que la “emergencia de lo nuevo” adquiere una significación irreductible».

Prigogine, I. (1988 b, pág. 14)

Cuando se leen los trabajos del físico-químico I. Prigogine, se comprende el por qué de la enorme dificultad que tuvo la Humanidad para superar la concepción de periodicidad –el eterno retorno de lo mismo– en todos los fenómenos, tanto físicos como sociales. El pensamiento que tiene como base y fundamento la eternidad, la estabilidad y el equilibrio, viene influyendo desde los tiempos paleolíticos hasta la actualidad más reciente. El retorno «anual» de las cuatro estaciones, o el retorno «diario» del sol, o la regularidad de los fenómenos celestiales, pareciera que funcionan como la matriz –en sentido de la tipografía, es decir *efector de copias facsimilares*– de subjetividades que también se caracterizaran por producciones repetitivas desde lo inconciente, a partir de los *inputs* familiares recibidos en la primera infancia. Así, la idea de un inconciente atemporal o de una estructura a-histórica. Tan pregnante resulta esta concepción –se basa en la completud y la certidumbre–, que un teórico como Einstein dudó de la real diferencia entre pasado y futuro y siguió trabajando –según lo demuestra Prigogine– con la concepción de un tiempo reversible, en última instancia, con un tiempo que es una ilusión. Einstein, en la *Correspondencia* con M. Besso, dice: «Para nosotros, físicos convencidos, la distinción entre pasado y futuro es una ilusión, aunque tenaz».

En el terreno del psicoanálisis, se establecieron estructuras clínicas, cuadros clínicos se los llamó; ¡sí, para colgarlos eternamente en las paredes de algún museo! No se tuvo en cuenta qué puede pasar si uno contempla, escucha (atenta, flotantemente), un cuadro como, por ejemplo, el retrato oval del cuento de Poe. Allí, el narrador dice que el hechizo del cuadro de la joven mujer residía en una absoluta *posibilidad de vida*, y nos recuerda la fascinante historia de su creación. El pintor tenía dos prometidas: su bellísima mujer y su Arte (de quien ella sentía celos). La mujer cae en la trampa («cual cervatillo», dice el autor), se deja retratar hasta la muerte, transfiriendo todo su ser al cuadro. El desenlace es bello y siniestro. Escribe Poe que, mirando su obra terminada, el pintor dice: «¡Ciertamente ésta es la *Vida* misma!, y volviéndose de improviso para mirar a su amada... ¡Estaba muerta!». Paradojas del cuadro... clínico: la modelo muerta, el retrato vivo. «El cuadro nos mira», dice Lacan. Nos habla, nos causa deseo. Por el contrario, dichas estructuras, según se las concebía, como estructuras cerradas, parecían acompañarnos toda la vida como si fueran el color de nuestros ojos; de modo que, los actos más importantes de la misma no serían más que pura periodización. Toda la psicopatología sería entonces un eterno efecto de simetrías (cualquier vínculo se desplegaría sobre la misma obsesión, ritualización, persecución, etc.), atemporalidad del tiempo reversible (su compactación), comienzo y final idénticos, sin diferencia, sin ruptura, sin novedad.

Prigogine, sin embargo, desde las disciplinas duras, nos autoriza a reconocer –a partir de su concepción del segundo principio de la termodinámica, donde plantea la existencia insoslayable, más allá de cualquier absolutismo, del tiempo irreversible (lo nombra *flecha del tiempo*)– estructuras abiertas, que él llama *estructuras disipativas*, es decir, de no-equilibrio,<sup>1</sup> de lo inestable, de la ruptura de sime-

---

<sup>1</sup> «... Un ejemplo de bifurcación que conduce a la aparición de nuevas estructuras, las estructuras del no-equilibrio, que se ha convenido en llamar estructuras disipativas. El no-equilibrio constituye el dominio por excelencia de la multiplicidad de soluciones. (...) ¿Por qué

tría, de lo caótico constructor, de lo impredecible del azar y, por lo tanto, de lo radicalmente nuevo.

Prigogine da cuenta de una autonomía del tiempo que lo lleva a formular que el tiempo conduce al hombre y no que éste crea el tiempo, como tan erróneamente se ha pensado. Dice que el hombre forma parte de la corriente de irreversibilidad, que es uno de los elementos esenciales, constitutivos del universo; la irreversibilidad juega un papel constructivo. El horizonte temporal de los sistemas caóticos señala la diferencia entre lo que podemos ver desde donde estamos y lo que hay más allá. Señala Prigogine: «el hombre aparece como una realización sorprendente de las leyes de la inestabilidad, el azar y la irreversibilidad» (1986, pág. 183).

Estos pensamientos nos dan pie para pasar a la segunda vía que nos habíamos planteado al abordar nuestro tema: el concepto de *múltiple* en la filosofía.

### 3. *El ser es múltiple* *Desde la Filosofía*

Otra enorme dificultad que tuvo el pensamiento occidental, desde Platón para acá, fue la imposibilidad de aceptar la concepción de multiplicidad del Ser. En el final del *Parménides*, Platón sentencia: «—¿No hablaríamos con verdad si dijésemos, resumiendo: si lo Uno no es, nada es?», «—Enteramente» (Platón, pág. 145); se debate allí acerca de los «diversos», «de los Otros-que-lo Uno»; en su diferencia y en su heterogeneidad. Badiou va a decir que allí se originan todos sus propósitos al trabajar su obra *El ser y el acontecimiento*. Allí dice: «la hipótesis “lo Uno no es”

---

este interés por el no-equilibrio? ¿Por qué tal interés por estas nuevas estructuras? Porque hoy sabemos que muchos de los fenómenos interesantes (...) que tienen un papel fundamental en el mundo que nos rodea, no son comprensibles si no es teniendo en cuenta el no-equilibrio» (Prigogine, I., 1988 a, pág. 50-51).



resulta ser la que nos enseña lo múltiple» (1988, pág. 44). Traduce una expresión de Platón como «los otros son Otros; la alteridad simple (lo otro) remite a la alteridad fundadora (lo Otro), es decir, el pensamiento de la diferencia pura, de lo múltiple como diseminación heterogénea y no como simple diversidad repetitiva» (pág. 45). Badiou va a presentar desarrollos fundamentales para poder ubicar al sujeto en relación, no al uno de lo idéntico, sino al múltiple. Así es que se ocupa de diferenciar lo múltiple estructurado de lo múltiple puro. Éste va a ser explicado como inconsistente, impensable; va a decir que para el pensamiento, ninguna figura de objeto está en condiciones de reunir y hacer consistir lo múltiple puro, lo múltiple sin uno; de manera que, apenas adviene a la presentación, lo múltiple se disipa. El trabajo y el reconocimiento de lo múltiple (al igual que el del tiempo irreversible), es muy reciente y todavía no se han sacado suficientemente las consecuencias de este pensamiento (que es un pensamiento de la complejidad).

Desde hace más de dos mil años, la hegemonía fue del Uno o, a lo sumo, de lo Múltiple en referencia última al Uno. Dominio de Dios y de los diferentes amos según los turnos de la historia. Creencia en la posibilidad de conocer la verdad de la cosa en sí, los fundamentos; creencia en la transparencia de la conciencia y en la afirmación de la identidad, en la correspondencia biunívoca entre la cosa y «su» representación, con la pretensión de pensar que disponíamos del lenguaje para expresarnos y comunicarnos según nuestra necesidad y voluntad. Pretensión fundamentalista, desde tiempos inmemoriales, de querer domesticar los deseos y los sueños. Sin embargo, la irrupción y la traza de acontecimientos políticos, científicos, poéticos, fueron erosionando a través de los siglos los sistemas sociales, familiares y subjetivos. «Un golpe de dados jamás abolirá el azar» decía Mallarmé. Es decir: una combinatoria, por más abarcativa y rica que sea, jamás cercará lo múltiple que irrumpe y rompe lo ya dado (en el nivel que sea) en sus formas impredecibles, indomeñables. R. Gaspari (2000, pág. 30) «localiza la estructura como situacional (...) hay una cierta *restricción del azar*» y esto lo lleva a plantear

que «no se trata, entonces, de suprimir la estructura, sino de situarnos de otro modo en el eje azar-determinación». Badiou dice «el ser es esencialmente múltiple» (1989, pág. 34). Nietzsche pensaba al «sujeto como pluralidad»; esto quiere decir que hay un torbellino, un caos, un no-equilibrio, que se va configurando, estructurando. Trabajo y producto que estrictamente no es de nadie; se produce, acontece, en la medida del compromiso (fidelidad) de los pueblos o de los sujetos (sea en un grupo familiar, en una pareja, en una institución). Se configuran conjuntos de muchos o de uno (acción de la estructura) que aparentan identidades sobre el horizonte de la diferencia; diferencia de la alteridad y de la ajenidad radical. Se delimita, se recorta lo idéntico, como si fuera la punta de un iceberg en un mar insondable construido, a su vez, apelando a una metáfora, con una tela como el mar ficcional de «E la nave va» de F. Fellini. Sí, porque «el sujeto es ficción» (Nietzsche, 1901 pág. 281, y seguido en esta conceptualización por Freud, Lacan y otros); juego de identidad identificatoria, no sustancial, no de una vez y para siempre. Imaginariamente se cree que se ha logrado la unidad, la correspondencia que parece apropiarse de los objetos del mundo (sean cosas o personas) a través de su representación pero, como ya dijimos, ella no es en sí, no representa más que a otra representación (en efecto, Lacan propone traducir *Vorstellungsrepräsentanz* [Freud] como «representante de la representación» y no como «representante representativo», ya que el deseo no es «representativo de»). Nietzsche, en *La voluntad de poderío*, dice: «En mi criterio, contra el positivismo que se limita al fenómeno, “sólo hay hechos”; y quizá, más que hechos, interpretaciones. No conocemos ningún hecho en sí y parece absurdo pretenderlo. “Todo es subjetivo”, os digo; pero sólo al decirlo nos encontramos con una interpretación; el sujeto no nos es dado, sino añadido, imaginado, algo que se esconde. Por consiguiente, ¿se hace necesario contar con una interpretación detrás de la interpretación? En realidad, entramos en el campo de la poesía, de la hipótesis. El mundo es algo cognoscible, en cuanto la palabra “conocimiento” tiene algún sentido; pero, al ser susceptible de diversas interpretaciones, no tiene un

sentido fundamental, sino muchísimos sentidos. Perspectivismo» (Nietzsche, F., 1901, pág. 277).

Un concepto filosófico muy importante para nuestra cuestión de las marcas psíquicas, es el concepto de *repetición*. En un trabajo anterior,<sup>2</sup> hago un rastreo en autores como Nietzsche, Kierkegaard y Deleuze, quienes dan pie para reconocer que en la repetición encontramos uno de los pivotes fundamentales para la concepción y la clínica, acerca de las marcas psíquicas, tanto de las «viejas» (fijaciones mediante) como de las nuevas (acontecimientos mediante).

#### 4. «El hombre, trabajado por el desierto» *Desde la Poesía*

Llegados a este punto y después de haber recordado hace un momento a Poe, vayamos a abreviar en alguien que lo amaba: Borges. Dos citas, una que sería metáfora magnífica del marco del cuadro (fijeza, inercia, experiencia de muerte de la modelo) y la otra, por el contrario, metáfora de esa vida que no se deja ceñir (el retrato tal como llega desde la obra misma). La primera se llama nada menos que *La trama*: «Para que su horror sea perfecto, César, acosado al pie de una estatua por los impacientes puñales de sus amigos, descubre entre las caras y los aceros la de Marco Junio Bruto, su protegido, acaso su hijo, y ya no se defiende y exclama: ¡Tú también, hijo mío! Shakespeare y Quevedo recogen el patético grito. Al destino le agradan las repeticiones, las variantes, las simetrías; diecinueve siglos después, en el sur de la provincia de Buenos Aires, un gaucho es agredido por otros gauchos y, al caer, reconoce a un ahijado suyo y le dice con mansa reconvención y lenta sorpresa (estas palabras hay que oírlas, no leerlas): ¡Pero, che! Lo matan y no sabe que muere para que se repita la escena».

---

<sup>2</sup> Dimarco, R. M., 1989, pág. 155.

El otro relato que quiero presentar, *El cautivo*, se mete en la trama y llegado a cierto punto, la hace estallar y da cuenta de manera fulgurante de hasta dónde pueden llevar a un sujeto las nuevas marcas, más allá de las marcas familiares. Se trata del chico de Junín o Tapalqué, quien desapareció, según nos cuenta Borges, después de un malón y que fue encontrado, ya hombre, como indio con ojos azules: «El hombre, trabajado por el desierto y por la vida bárbara, ya no sabía oír las palabras de la lengua natal, pero se dejó conducir, indiferente y dócil, hasta la casa. Ahí se detuvo, tal vez porque los otros se detuvieron. Miró la puerta, como sin entenderla. De pronto bajó la cabeza, gritó, atravesó corriendo el zaguán y los dos largos patios y se metió en la cocina. Sin vacilar, hundió el brazo en la ennegrecida campana y sacó el cuchillito de mango de asta que había escondido ahí, cuando chico. Los ojos le brillaron de alegría y los padres lloraron porque habían encontrado al hijo. Acaso a este recuerdo siguieron otros, pero el indio no podía vivir entre paredes y un día fue a buscar su desierto. Yo querría saber qué sintió en aquel instante de vértigo en que el pasado y el presente se confundieron; yo querría saber si el hijo perdido renació y murió en aquel éxtasis o si alcanzó a reconocer, siquiera como una criatura o un perro, los padres y la casa.»

Es verdaderamente abismal e insondable la dimensión de la marca que nos presenta el narrador-poeta<sup>3</sup> cuando dice: «el hombre, trabajado por el desierto y por la vida bárbara» o «un día fue a buscar *su* desierto» y –jentre estructura y acontecimiento!– «yo querría saber si el hijo perdido renació y murió en aquel éxtasis»... Criatura, perro, padres y casa... o desierto.

---

<sup>3</sup> Recordemos que, al decir de Badiou, la poesía es uno de los procedimientos de verdad.

5. *Un significante de más: acontecimental*  
*Desde el Psicoanálisis*

El aparato psíquico (Freud), el sujeto del inconciente (Lacan), se inventa en el Otro. El *se* tiene que leerse como impersonal-personal; es la paradoja del libro escrito por el autor pero también y, fundamentalmente, por sus personajes (que no son él) y por los lectores. Esto quiere decir que no hay ningún uno o centro o agente que cause; la inscripción S1 (significante 1) –tan mentada en la obra de Lacan cada vez que se trabaje la causación del sujeto–, S índice 1 (se lee de ese modo), no constituye al uno sino que lo indica como pudiendo no contener nada, como un saco vacío; el uno que la experiencia inconciente introduce es el uno de la ranura, del rasgo, de la ruptura. Al Otro encarnado en el otro (y en los otros) hay que entenderlo como un nudo que incluye tres registros al mismo tiempo: imaginario, simbólico, real; ese real que es lo imposible, lo indecible, lo múltiple, lo ajeno radical; conjunto que deja siempre otro por fuera. Reconocer la castración en el Otro S ( $\bar{A}$ ), significante de la falta en el Otro, quiere decir eso: *el no todo* irremediable. La producción del sujeto siempre es un procedimiento, un procedimiento de verdad, que como tal es *acontecimental* (Badiou), requiere una nominación. Badiou dice en el *Manifiesto por la filosofía*: «está inscrito –el acontecimiento– por una nominación singular, la puesta en juego de un significante *de más*. Y son los efectos *en la situación* de esta puesta en juego de *un nombre-de-más* los que van a tramar un procedimiento genérico. (...) Las nominaciones de acontecimientos que sirven de puntos de partida a los procedimientos de verdad» (1989, pág. 17).

La nominación tiene que ver, en Lacan, con el *significante en lo real como letra*, es decir, su más pura materialidad, real más que simbólico. Esa letra, no proviene de la cadena significante, por el contrario irrumpe, rompe y marca por primera vez desde lo real. Es encarnación de lo múltiple; de ninguna manera es el elemento faltante de la estructura; es intervención, es diversidad. Letra como marca, como litoral, como desnivel, como un borde entre una

dimensión de lo inconcebible y cierta dimensión de lo concebible. La letra, así planteada, *suplementa* –cuando hace nudo<sup>4</sup>– la estructura en su dimensión simbólica.

*6. Entre el sujeto holofraseado y/o fragmentado y el sujeto múltiple*

«En el intervalo entre dos significantes se aloja el deseo que se ofrece a la localización del sujeto en la experiencia del discurso del Otro».

J. Lacan, 1973, pág. 227

La psicopatología plantea una paradoja muy compleja: por un lado, para el sujeto que se quiere parapetar en el equilibrio y en la autoafirmación del sí mismo y en la armonía con su mundo, el síntoma es lo disruptivo por autonomacia;<sup>5</sup> junto con lo radicalmente nuevo, en continua acción y producción en el síntoma, convive –fuertemente instalada– una sustancia, «*sustancia gozante*», la nombra Lacan (1975, pág. 32), hecha de mismidad, de pura perseveración y estereotipia, de simetrías infinitas –según los casos– propias de una temporalidad reversible.<sup>6</sup> Una sustancia hecha a través de cadenas transgeneracionales,<sup>7</sup> a

---

<sup>4</sup> «Este Real que es el nudo», dice Lacan en su Seminario XXII *R.S.I.*, 17/12/1974.

<sup>5</sup> Gracias a las histéricas que no encajaban en la teoría médica se inventó el psicoanálisis; en efecto, ahí se ve cómo el sujeto Freud se constituye como tal porque es fiel al «mandato» acontecimental de la producción histérica. Renuncia al saber médico y al prestigio médico para nominar, y desde un quehacer novedoso y fundamentalmente creativo dirá: no es neurológico, es inconciente. La ruptura con el saber establecido produce verdad, produce sujeto-Freud, produce un concepto fundante: inconciente.

<sup>6</sup> Por el contrario, la irreversibilidad da pie al significante nuevo.

<sup>7</sup> En los casos graves, se produce una verdadera compactación generacional por falla en el sistema de permutación simbólica del parentesco. Las marcas del Otro –bordeando el abismo de lo real traumático– tienen un valor de imposición, más o menos absoluta, y por lo

predominio de sobredeterminación que pareciera –(«... jamás abolirá...»)- clausurar el azar. Sujetos que, en muchos casos, estrictamente, quedan más en posición de objeto que de sujetos, casi como si se tratara de la *identidad cósmica* haciéndose signo, cuya característica es lo permanente. Esta será su marca como letra muerta.

Lacan recurre a la caracterización propia de la *holofrase* (fusión de los significantes, sin intervalo) para referirse a una serie de casos –de los llamados graves: debilidad mental, psicosis, psicósomática–, donde se pierde la posibilidad de la combinatoria signifiante. En esos casos se produce el efecto de *marca como signo unívoco*, marca de petrificación, de monumentalización del sujeto. Allí pareciera que lo nuevo no tendría cabida.

Como dijimos, por milenios el devenir de la humanidad (occidental) se movió fundamentalmente en el campo de lo idéntico (en sus diferentes manifestaciones); aun cuando reconocía cambios, los pensó casi siempre desde la perspectiva del desarrollo, del progreso o, por el contrario, de la degeneración y del deterioro; es decir, desde la concepción teleológica desde y/o hacia Un referente, Otro absoluto. De la misma manera, la psicopatología muestra que muchos sujetos no pueden salir de la referencia endogámica y narcisista. Dicha referencia configura estructuras selladas que, en muchos casos, fijan al sujeto (sujeto sujetado al Otro, sin falta) a un modo de ser que (lo) arrastra toda la vida.

Un concepto clave para entender esta clausura, es el concepto freudiano de *fijación* (*Fixierung*),<sup>8</sup> que da cuenta de una manera de tramitar el exceso de goce, que en las

---

tanto, de un efecto fundamentalmente determinista para el sujeto, que no encuentra de este modo posibilidad subjetiva novedosa. La producción psicótica, si bien es muy compleja, no deja de ser mortífera para el sujeto psicótico y para los otros.

<sup>8</sup> «A consecuencia de la hiperintensidad de ciertos componentes, o de evidencias prematuras de satisfacción, se producen *fijaciones* de la libido a ciertos lugares de la vía de desarrollo. Hacia estos lugares

psicopatologías graves, cual ciénaga, hunde, ahoga al sujeto, y no le permite su circulación. Dicha circulación es propia del deseo que reconoce –castración mediante– un acotamiento de dicho goce; es toda una operatoria –alienación/separación– que fragua el surgimiento del deseo a través de la mengua de goce, fundando así la posibilidad del advenimiento de sujeto, sujeto deseante.<sup>9</sup> Circulación que, desde la perspectiva de lo múltiple y de lo acontecimental, no es del orden de la búsqueda sino más bien del encuentro: la *tyche* que sacude, que hace estallar el *automatón* (con sus gradientes de repetición que, en muchos casos, conlleva a la muerte del sujeto o a su no surgimiento cuando estas perturbaciones se dan en la infancia). «Nos ocuparemos pues de revisar –dice Lacan– la relación que Aristóteles establece entre *automatón* –y el punto de elaboración alcanzado por las matemáticas modernas nos permite saber que se trata de la red de significantes– y lo que él designa como *tyche*, que para nosotros es el encuentro con lo real... Lo real está más allá del *automatón*, del retorno, del regreso, de la insistencia de los signos a que nos somete

---

refluye luego la libido en caso de una represión posterior (regresión), y desde ellos, también, sobrevendrá la irrupción en el síntoma. Una intelección posterior agregó que la localización de los lugares de fijación es decisiva también para la elección de neurosis o sea, la forma en que emerge la enfermedad más tarde contraída» (Freud, S., 1924/5, pág. 34).

<sup>9</sup> El análisis trabaja sobre el horizonte de contribuir (vía interpretación y, fundamentalmente, vía intervenciones en lo real) a la posibilidad de un *hacer obra* (*sinthome*) por parte del analizante con el objeto de goce, procurando dismantelar los sentidos cristalizados (propios de la fijación, según dijimos). Cuando se produce un sentido nuevo se está en el nudo real llamado “objeto a”, objeto causa del deseo, motor de creación. Se trata de ir más allá, en las conceptualizaciones, de la idea de «acción de la estructura» (J. A. Miller) como efecto centrífugo desde Un centro, aunque allí se ubique el vacío, la falta de un dispositivo-matriz que va tejiendo todo. Se trata de sostener que hay un real imposible que «no cesa de no escribirse» (Lacan) que se juega en la pura contingencia. Lo otro sí, ya sabemos, «no cesa de escribirse» (Lacan, 1975, pág. 113-114), y está bien que sea así, pero aun así...



el principio del placer. Lo real es aquello que yace siempre tras el *automatón* y toda la investigación de Freud evidencia que su preocupación es esa» (Lacan, 1973, pág. 60). Lacan nombra la *tyche* como azar y destaca que todo encuentro siempre es fallido, traumático, inasimilable.

Es muy interesante pensar la cuestión de la psicosis desde la perspectiva de la imposible tramitación de lo real vía transcripciones y retranscripciones psíquicas propias de las operaciones de subjetivación. El encuentro en esos casos es puramente traumático. Hace que, por ejemplo, el psicótico postule una «nueva» realidad, vía delirio y alucinación, y que «nomine» con sus voces y neologismos; lo múltiple se presentifica aquí como fragmentación, interrumpiendo brutalmente el juego imaginario de la unificación yoica, del sí mismo que pueda responder al exceso de real que inunda. Lo imaginario –que, obviamente, tiene la misma importancia que los otros dos registros–, presenta la característica de ubicar al sujeto en una experiencia de unificación. En las patologías graves, al no estar lograda, se produce en el sujeto el efecto de fragmentación. El trabajo de las generaciones, en esos casos y en determinadas familias, construye una «fortaleza vacía» (al decir de B. Bettelheim) donde, entonces, ya nada pareciera entrar. Resulta patético toparse con el fracaso de nuestra intervención clínica en muchos de estos casos donde, al día de hoy, claro está, todavía nos encontramos con la hegemonía de la estructura cerrada (forclusiva de lo nuevo que posibilite su cambio). Más patética resulta aún la creencia, por parte de muchos analistas, de una verdadera naturalización de dicha estructura cuando se la piensa como definitivamente inmodificable. Volvemos al cuello de botella del signo pétreo –por alteración en el intervalo entre un significante y otro– que nos anuda, que nos ahorca en este sentido fijo, a Un sentido. Cuando Lacan hace su paradigmático trabajo del signo de Saussure, en «La instancia de la letra en el inconciente», y cuando presenta su «objeto a» como real que converge (y estalla) en el *nudo R.S.I.*, nos permite caracterizar al sujeto como efecto de lo acontecimental, no de la estructura, como mal se lo interpretó.

Por las características del presente artículo, no voy a extenderme acerca del singular trabajo de las marcas en las psicosis y el autismo, donde hay una «verdadera fábrica» (familiar y social) de sentidos coagulados y coagulantes que requieren de un tratamiento que apueste fundamentalmente, como en ningún otro lugar, a la invención.

### 7. Otro significante: otro sujeto y nudo R-S-I

«Lo novedoso, o sea, aquello que se presenta no teniendo lugar previo, remite a la relación con el otro. Por lo tanto, no habría transformación ni evolución a partir de una estructura madre».

I. Berenstein

No se termina de entender que, cuando se dice que el sujeto es lo que representa (a) un significante para otro significante, este otro es del orden de la otredad más radical, es decir efectivamente acontecimental; esto quiere decir: exterioridad (a la estructura), otro sujeto en su ajenidad inasimilable. La combinatoria de R.S.I., y su eficacia, *hace* sujeto, lo cual no es lo mismo que decir que *la* hace el sujeto con *su* estructura –aunque, lógicamente, esto también se da permanentemente y es de una enorme riqueza– desde el lugar vacío de la estructura. La verdadera falla de ésta, es cuando *realmente* se deja subvertir por la ruptura acontecimental. Muchas veces las teorizaciones acerca de la combinatoria significante parecen remitir a un trabajo del sujeto aislado –ya que el Otro parece quedar como una entelequia– con un núcleo (su vacío) que ¡vaya paradoja! se constituye en fuente de sabiduría y poder. No, la cuestión crucial es con el otro, *otro como sujeto haciéndose y haciendo sujeto con el otro*,<sup>10</sup> así habría que entender el *entre* de *entre un significante y otro* (adviene el sujeto). Entiendo que el aforismo lacaniano se puede asimilar al de Heidegger, que dice: «debemos movernos siempre en el

---

<sup>10</sup> Dimarco, R. M., 2000, pág. 54 y sig.

Entre, entre el hombre y la cosa» (Heidegger, M., 1963, pág. 230)

En el libro más reciente de I. Berenstein, quien desde la teoría y clínica vincular establece algunas puntuaciones fundamentales, dice: «La presencia del otro y del sujeto vinculados necesitaba una modificación de las formulaciones que no podía surgir de la concepción estructural. Lo sintetizaría de la siguiente manera: 1) La significación del sujeto está fuertemente ligada a la alteridad del otro como marca que lo instituye y lo altera, modificándolo en su *solus ipse*, es decir, cuando el sujeto lo considera sólo desde la propia conciencia como una prolongación proyectiva de su mundo interno e infantil. 2) Lo novedoso, o sea, aquello que se presenta no teniendo lugar previo, remite a la relación con el otro. Por lo tanto, no habría transformación ni evolución a partir de una estructura madre» (Berenstein, I., 2001, pág. 13). Más adelante dirá: «Llamaremos “otro” al que además de un sector semejante y uno diferente ofrece al yo de un modo definitorio, un sector “ajeno”. La ajenidad define al otro y su presencia. El vínculo es con otro, por lo tanto requiere una relación de presencia. Presencia no es sólo exterioridad respecto del sujeto sino ajenidad irremisible (...) Es ajenidad en una relación significativa todo aquello del otro que los sujetos no logran inscribir como propio. Tampoco el otro puede hacerlo con lo ajeno de mí. No obstante lo cual, siempre ha de intentarlo. Es inherente a la ajenidad que nunca se incorpore al sujeto, sea el yo o el otro (...) el yo se genera como sujeto, es decir, adquiere subjetividad en cada vínculo significativo. Dicho de otra manera, en cada vínculo se genera un sujeto. Entonces junto con la escisión del yo postularemos una multiplicidad del sujeto (pág. 62-63).

«No hay relación sexual» y «el inconciente es estructurado como un lenguaje» (Lacan) quieren decir que hay una irremediable tensión entre lo múltiple que siempre está en excedencia, que no hay conjunto que lo abarque, y una construcción –lo inconciente– que juega en combinatorias infinitas, inagotables y fundamentalmente efectivas de sig-

nificantes en su faz real, es decir, *el trabajo de la letra* (multiplicidad de procedimientos sintomáticos y/o sublimatorios, simplificando la cuestión). Vemos a qué universo nos remite dicho trabajo cuando la letra encuentra al poeta: de nuevo Borges. Cuando la «d» minúscula golpeó a su puerta para ponerse en la palabra Dios y producir ese desenlace genial de su poema «Ajedrez»: «Dios mueve al jugador, y éste, la pieza / ¿Qué *dios* detrás de *Dios* la trama empieza / de polvo y tiempo y sueño y agonías?» (el subrayado es mío).

Que el sujeto surge en el campo del Otro a través de los vínculos con los otros quiere decir que su «naturaleza» está en una radical exterioridad. R. Kaës dice: «Más radicalmente, nos vemos enfrentados al pensamiento de que una parte de nuestro sí-mismo está “fuera de sí”, y que precisamente eso que está “fuera de sí” es lo más primitivo, lo más indiferenciado, el pedestal de nuestro ser, es decir, tanto aquello que, literalmente, nos expone a la locura y a la desposesión, a la alienación, como lo que fomenta nuestra actividad creadora» (Kaës, R., 1987, pág. 16). El sujeto será multívocamente interpretado por esos otros, quienes también son posición y respuesta de dicha exterioridad en un devenir (Heidegger) en sí «constructor» («el tiempo es constructor» dice Prigogine, 1986, pág. 176). «Posición y respuesta» quiere decir que el yo del sujeto es un precipitado –siempre actualizado– de identificaciones, las tres freudianas, en tres tiempos lógicos, en sus modalidades real, simbólica e imaginaria (incorporación, asunción del rasgo del otro y la instalación del deseo del otro en su ida y vuelta, cual banda de Moebius exterior-interior, interior-exterior). El precipitado, entonces, decanta en constantes, en invariantes, que son productos de leyes que tienden a organizar el desorden, otorgando al sujeto (en sus vínculos) identidad e historicidad.

Cuando se dice que la identidad del sujeto es identificatoria, esto quiere decir que no es en sí, y mucho menos de una vez y para siempre como estructura clínica sustancializada. Lo pulsional es un montaje que pone en escena la

*fijación* a un objeto y «ritualiza» las regresiones a determinados puntos de detención. Es fundamental reconocer la dinámica y la economía de lo pulsional como montaje (con su tópica), porque si no, se incurre en el error de caracterizar a la *Fixierung*, como lo hace Strachey, «en un número de casos –referencia a la obra de Freud– la palabra [*Fixierung*] es empleada... como algo “establecido” o “consolidado” de manera permanente» (Strachey, J. B., 1953, pág. 159). Lo permanente no da cuenta, en verdad, de nuestra perspectiva y/o de nuestra insuficiencia clínica para desmontar (deconstruir) el goce retenido; esa «totalización» gozosa, fundamentalmente imaginaria (fijación que, cual atractor, retiene al sujeto), debe quedar ficcionalizada, al aceptar que, más allá de la creencia en la esencia de ello, de ese goce, se trata de otros goces; goces de otros, en el saber-hacer con lo indeterminado, lo incierto, lo radicalmente nuevo. Dice Lacan: «En la medida en que la pulsión pone de manifiesto el forzamiento del principio del placer, se hace patente que más allá del *Real-Ich* (yo real) interviene otra realidad. Veremos por qué vuelta de las cosas resulta que, en última instancia, esta otra realidad es la que otorga a ese *Real-Ich* su estructura y su diversidad» (Lacan, 1973, pág. 191).

En el trabajo anterior sobre la repetición, al que hice referencia, desarrollé la cuestión de la transferencia y la presencia del analista con relación a la repetición de lo mismo y a lo nuevo. Planteo que es fundamental que el analista funcione como soporte y transporte (*Übertragung* –transferencia– en alemán también significa eso), como sujeto supuesto al saber, en función de «objeto a», objeto causa del deseo, de la insistencia de lo mismo (goce coagulado), que como ya sabemos es «un hueso duro de roer»; lleva mucho tiempo y sinsabores. La operación del analista (en los casos donde la operatoria simbólica funciona «más ajustadamente») se sostiene en la riqueza y dificultades que presenta el tríptico freudiano: recuerdo, repetición y elaboración. Todo aquello que se despliega –vía pulsión de muerte– a través de los diferentes gradientes de *actings* y pasajes al acto que pueden dificultar enormemente la ela-

boración (terreno de la llamada reacción terapéutica negativa) pero, al mismo tiempo –como anverso y reverso propio de lo transferencial, como resistencia y como motor– es la insoslayable puesta en escena que nosotros como analistas debemos sostener todo lo que «deba durar», sin manipulaciones, sin *furor curandis*, en apelaciones a lo nuevo que no surgen necesariamente del propio analizante. Por el contrario, debemos trabajar para que advenga la dimensión de la repetición que genera diferencia, por lo tanto apertura a lo acontecimental, a lo azaroso.<sup>11</sup> Hay que tener en cuenta que toda la conceptualización del *après-coup* (*Nachträglich* freudiano) tiene que ver con una instauración retroactiva de marcas, y eso se logra gracias a la repetición tal como la estamos planteando (esto permite trabajar con la materia prima propia de cada sujeto). Desde aquí, hay otra forma de trabajar psicoanalíticamente la historia vincular (coincidente, por otra parte, con la forma de trabajar que tiene el historiador hoy): es una re-significación; se interpreta desde el presente hacia el pasado reconociendo que se trata de encontrar-se con las versiones de aquellos hechos. Encuentro del tiempo perdido, parafraseando a Proust, en el cada vez, de cada sesión.

Sabemos que cuando no se constituye transferencia con el anudamiento simbólico, como lo venimos planteando, el despliegue es fundamentalmente en lo real. Ahí las dificultades son mayores. Se trata en primera instancia de la presencia del analista ante la persecución y la estereotipia; se trata de encontrar –aun en este extremo– maniobras transferenciales (intervenciones en lo real, construcciones) que, hay que reiterarlo, se sostienen, se producen, en los montajes complejos (propios de los dispositivos vinculares), de repetición de lo mismo. La repetición –vía fijación– como producciones narcisistas bajo efecto de alienación, o incluso de todo aquello que ni siquiera entró en la

---

<sup>11</sup> «El acto es significativo... un significativo que se repite... el acto es instauración del sujeto como tal, es decir que de un acto verdadero el sujeto surge diferente en razón del corte, su estructura es modificada... El acto será fundado en la repetición» (Lacan, J., 22-2-67).

operatoria de alienación, con déficits graves de lo especular tiene, metapsicológica y técnicamente, un valor fundamental;<sup>12</sup> Lacan, recordemos, ubica la repetición y la transferencia entre los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, junto con pulsión e inconsciente. A pesar de los cien años transcurridos, hay todavía en el concepto y en la clínica de la repetición muchos enigmas, mucho por trabajar; por lo tanto, y en el «marco» más amplio y complejo de lo que venimos desarrollando en el presente trabajo, quiero destacar, advertido de teorizaciones recientes que la ubican en el desván de lo ya perimido, la absoluta vigencia de la repetición.

Quiero volver sobre varias cuestiones ya planteadas para re-marcar aquellas que se presentan, muchas veces, como aporías, como paradojas o simplemente confusas.

Las conceptualizaciones del aparato psíquico y de la constitución subjetiva presentan desarrollos que avalan la idea de construcciones que, una vez que se producen, tienen un carácter bien consolidado, permanente y marcadamente determinante de lo que vendrá; así se presentan las identificaciones, las fantasías originarias, la represión primaria (también la *Verwerfung*, rechazo o forclusión, y la *Verleugnung*, desmentida), la fijación y la regresión. Toda la teorización acerca de lo primario, lo primordial, de las instancias (especialmente el ello y el superyó por su fuerte vinculación con la pulsión de muerte), del narcisismo, tienen un estatuto de origen (génesis, filogénesis) y basamento ineludible y un horizonte de estabilidad e inmutabilidad. El niño (la sexualidad infantil) sería así el padre del hombre; lo que Edipo no da...parecería plantear la concepción determinista. Las vicisitudes del goce y la inscripción del Significante del Nombre del Padre, según «sea» el nudo: tal estructura neurótica, perversa o psicótica para siempre, según cierta lectura –establecida y dogmática– de la obra

---

<sup>12</sup> «Toda la cura es un viaje al fondo de la repetición» (Deleuze, G., 1969, pág. 87).

de Lacan.<sup>13</sup> Desde ya que muchas teorizaciones responden especularmente a «la realidad» de lo que «es» el ser humano desde su aparición: con su ambición, sus celos, su envidia, sus pasiones, sus perversiones, su angustia por la muerte, como si se pudiera decir que el hombre en sus obsesiones y en sus sueños, en cualquier parte del planeta, es el Mismo de siempre. Proust dice: «para los individuos (y hasta para los pueblos que perseveran en sus faltas y van agravándolas) el plagio humano más difícil de evitar es el plagio de sí mismo». Teoría y técnica que muchas veces no son más que una réplica del sufrimiento psíquico que se caracteriza por la resistencia e insistencia de goces inmovibles. Hay una fascinación muy especial en las tramas de repeticiones de lo mismo (laberintos de espejos al infinito): en casos, como el que cuenta Freud, de la mujer que se casa tres veces y su destino es cuidar a los tres maridos en lecho de muerte, o en la trama borgeana que identifica al gaucho con César en la misma (?) escena; o en la saga de la familia Hemingway con los suicidios recurrentes en cuatro generaciones. Cuestiones que van desde «lo que se cifra en el nombre» (Borges) a la transmisión transgeneracional de situaciones traumáticas no representadas que irrumpen (buscan nominación) en la segunda o tercera generación.<sup>14</sup> También hubo una fascinación y un ejercicio notable del poder en la clínica al trabajar la transferencia como mera reedición (unívocamente) de la relación del niño con sus padres o –vía ideal– al tomar como criterio de cura y final de análisis la identificación del analizante con valores de su analista.

---

<sup>13</sup> En sus últimos seminarios Lacan complejiza y enriquece la noción de *Nombre del Padre* por los *Nombres del Padre*; destacándose la importancia del plural que tuvo, por ejemplo, enormes consecuencias en la teorización y la clínica de la psicosis, especialmente en relación al desencadenamiento y las estabilizaciones subjetivas posibles como efectos de la vida o del tratamiento.

<sup>14</sup> Ver los muy interesantes desarrollos que presentan R. Kaës y otros en *Trasmisión de la vida psíquica entre generaciones* y S. Gomel en *Transmisión generacional, familia y subjetividad*.



Tratemos de avanzar. G. Pasqualini hace un muy interesante trabajo acerca de la *causalidad* siguiendo a Lacan. Dice: «La pregunta entonces va a ser: ¿qué quiere el otro del sujeto? Tenemos así un sujeto a merced de la demanda del Otro, su voluntad (*[das Ding]*, la madre, Dios) en el lugar de la causa como pura pregunta. De la manera como se resuelva este nudo estructurante dependerá la concepción de causa. Mientras la religión ubica a Dios en ese espacio, la ciencia un saber, vemos en Freud racionalista a las profantasías, o positivista, el masoquismo primario. En este límite Lacan efectúa la operación de la castración de Dios. S ( $\mathcal{A}$ ) es la estructura de un lugar, como conjunto vacío, separando de esta manera la cadena significante del inconciente. Se escribe fuera del saber. Quedando la castración de Dios como falta fundante de causa, Punto 0 (cero)» (Pasqualini, G., 1992, pág. 581). A su vez, I. Berenstein, siguiendo a Hegel, establece una diferenciación muy esclarecedora del alcance y las consecuencias que tiene un pensamiento que reduce el tema del origen a la idea de fundamento, es decir, «un modo de comienzo en el que están contenidos todos los desarrollos posteriores, sería el comienzo absoluto. El fundamento es aquello que una vez reconocido, permitiría comprender la totalidad. Otra idea de comienzo, menos trabajada, es el punto de partida. Este no tiene la capacidad de permitir comprenderlo todo. Consiste, más bien, en intercalar determinaciones nuevas. Un punto de comienzo no tiene en sí el punto de arriba, es un momento de partida que no asegura el punto de llegada; a menos que nada se interponga en el recorrido supuesto, éste dependerá de lo que se produce, lo cual a su vez modifica lo que ocurre sin estar contenido en el comienzo. Se oponen fundamento y punto de partida por un lado y, correlativamente, despliegue y producción» (Berenstein, I., 2001, pág. 68).

La re-lectura que hace Lacan de *los signos de percepción* de Freud («el inconciente freudiano y el nuestro» enmarca en su Seminario XI), tal como éste lo presenta en la carta 52 a Fliess, permite entender claramente –desde Lacan– por qué la cuestión de las marcas que hacen sujeto

es una operatoria (producción de subjetividad) que dura toda la vida. A punto tal que, como sabemos, algunos sujetos pueden vivir una intensidad y complejidad subjetiva «culminante» (sin que esto que decimos tenga que ver con un criterio valorativo de «mejor» o «peor») en el preciso acto de morir. Y decimos esto porque, cuando Lacan pone a trabajar su teoría del significante en torno a la conceptualización freudiana de los signos de percepción<sup>15</sup> y de las representaciones inconcientes,<sup>16</sup> posibilitará entonces que siempre se necesite de (Otro y, como ya dijimos, de otro sujeto) otro significante.

El significante arrasa con cualquier idea de sustancialización del aparato psíquico entendido como si fuera un «reservorio» en las «profundidades», de representaciones de determinados contenidos reprimidos<sup>17</sup> que comandarían

---

<sup>15</sup> «Pues bien, si nos atenemos a la carta de Fliess. ¿Cómo funciona eso de los *Wahrnehmungszeichen*, las huellas de la percepción? Freud deduce de su experiencia la necesidad de separar absolutamente percepción y conciencia, para que algo pase a la memoria primero debe borrarse en la percepción y viceversa. Freud nos designa entonces un momento en esos *Wahrnehmungszeichen*, que deben estar constituidos en la simultaneidad. ¿Y qué es eso? Pues no otra cosa que la sincronía significante [y la diacronía]. Y, por supuesto, tanto es así, que Freud lo dice sin saber que lo dice cincuenta años antes que los lingüistas. Pero nosotros podemos darle de inmediato a esos *Wahrnehmungszeichen* su verdadero nombre: significante» (Lacan, 1973, pág. 54).

<sup>16</sup> «Podemos localizar en nuestro esquema de los mecanismos originales de la alienación a ese *Vorstellungsrepräsentanz* en ese primer apareamiento significante que nos permite concebir que el sujeto aparece primero en el Otro, en la medida en que el primer significante, el significante unario, surge en el campo del Otro y representa al sujeto para otro significante. (...) El significante constituye el punto central de la *Ürvendrängung* (represión originaria), punto que, como indica Freud en su teoría, al pasar al inconciente será el punto de atracción que hace posible todas las demás represiones (...) De eso se trata en el término *Vorstellungsrepräsentanz*» (Lacan, 1973, pág. 226).

<sup>17</sup> Representación como ícono y no como significante.

toda la vida del sujeto a partir de estructuras ya establecidas. Sin el significante y su dimensión acontecimental, la teoría freudiana puede llevar, como ya dijimos, a equívocos: se puede creer, en definitiva, que de lo que se trata es, básicamente, de hacer consciente lo inconsciente, de descifrar *todo lo esencial* del sujeto a partir de *lo ya inscripto* (*cifrado inconsciente*) y que eso implica que las marcas fundamentales y definitivas se producen en la primera infancia o –como se dijo– en el bebé (M. Klein). Obviamente tampoco se puede sostener la idea de un *fantasma fundamental* (J. A. Miller),<sup>18</sup> ¡salvo que por *après-coup* alguien se anime a plantearlo *post-mortem* del sujeto! Se le da una consistencia<sup>19</sup> peligrosa a las represiones primarias y se-

<sup>18</sup> La riqueza y la rigurosidad del concepto de *fantasma* en la obra de Lacan, aun con su formalización (§↔a) no autoriza a «establecer» ningún fundamento, como lamentablemente muchos discípulos lo vienen sosteniendo, precipitando hacia una clínica encorsetada y desgajada de la realidad. ¿Cómo no ver que en dicha fórmula (Lacan la nombra «burbuja», dice «burbujas en lo real»), está planteado el permanente *trabajo que hace sujeto-que hace el sujeto* con lo múltiple, con lo azaroso, produciendo efecto de fantasmaticación. Digamos con ironía: el hombre debe separar (fantasmas diversos cada vez) lo que la formalización ha unido (El fantasma). Es increíble ese efecto de clausura, de mero juego de palabras, en el que se despliega cierta clínica cuando en realidad en el fantasma está en juego no solamente la articulación significante sino, fundamentalmente, el efecto del «objeto a» como objeto causa del deseo, como real. Lacan dice: «¿qué es lo que lleva el fantasma? Esto que lleva el fantasma tiene dos nombres: el deseo y la realidad. Es totalmente inútil fatigarse en articular la realidad del deseo porque primordialmente *el deseo y la realidad* son de una relación de textura sin corte, ellos no tienen por lo tanto necesidad de costura, necesidad de ser recosidos. No hay más realidad del deseo que no sea justo de decir el revés del derecho, hay una sola y misma estofa que tiene un revés y un derecho aún, esta estofa está tejida de tal manera que se pasa sin percibirse de ello, puesto que ella está sin corte y sin costura de la una a la otra de sus caras» (Lacan, 16-11-1966).

<sup>19</sup> Toda consistencia es imaginaria, «hay que agujerearla, que lo real postule la inconsistencia allí» –dice Lacan–. «La *consistencia* para el *parl'être*, para el ser hablante (*l'être parlant*), es lo que se fabrica y es lo que se inventa» (Lacan, 11-2-75).

cundarias, a la fijación y a la regresión. Se identificó la transferencia con la repetición y a ésta con una mera reproducción del pasado. Esto es lo que critica enfáticamente Lacan cuando trabaja la repetición, precisamente desde la perspectiva de que se repite «aquello» que no ha logrado representación: lo real traumático; y en términos de Badiou, agregamos, lo real acontecimental. Por otra parte, Lacan dice que «la transferencia es la puesta en acto de la realidad del inconciente» (Lacan, 1973, pág. 152). Dimensión fecunda, actual, del encuentro del analizante con el analista; riqueza de la puesta en juego, puesta en escena, del amor, del odio, del deseo y del goce, cultivo fantástico para las marcas nuevas. «El análisis, más que ninguna otra praxis, está orientado hacia lo que en la experiencia es el hueso de lo real (...) un real que se escabulle» (Lacan, 1973, pág. 61-62). Hay que repetir el acto de hacer marca: ¡con lo que tenemos no alcanza, ni mucho menos! Debemos volver al Eterno Retorno (como lo concibe Nietzsche y lo trabaja Deleuze: llevando a la enésima potencia el *otra vez* como primera y «única»), a lo Múltiple inabarcable con ninguna Marca Única; eso diverso tiene que ir haciéndose marca,<sup>20</sup> haciéndose sujeto fiel a eso.<sup>21</sup>

Demos la palabra al poeta T. S. Eliot:

«Por eso cada intento es un nuevo comienzo,  
una excursión a lo inarticulado

---

<sup>20</sup> Una de las perspectivas posibles de esto que estamos trabajando se encuentra en la expresión freudiana *Wo es war, soll Ich werden*, que se puede traducir como «allí donde eso estaba el sujeto ha de advenir»; lógicamente cambiando el yo (Ich) por sujeto.

<sup>21</sup> J. Moreno hace una elaboración muy valiosa para la clínica cuando —poniendo a trabajar la cuestión de la «fidelidad al acontecimiento» de A. Badiou— dice que «no se trata de “comprender para entonces cambiar” sino que el acontecimiento, cuya gesta es independiente de ser o no entendido [es inanticipable], promueve otra comprensión. La secuencia aquí sería “una vez que se cambia se comprende, de otra manera”»; aunque también aclara: «enseguida veremos que, no obstante, no se trata de prácticas necesariamente opuestas» (Moreno, J., 2000, pág. 134).

(...)  
no cesaremos de explorar  
y el fin de nuestra exploración  
será llegar donde empezamos  
y por primera vez conocer el lugar.  
Por el rememorado portón desconocido  
cuando el último trozo de tierra inexplorada  
sea el lugar de la partida;  
donde nace el más largo río  
y la voz de la cascada oculta  
y los niños en el manzano,  
por no buscados ignorados  
pero oídos a medias, en la calma  
entre dos olas sobre el mar.  
Rápido ahora, aquí, ahora, siempre... Un  
estado de total simplicidad  
(que cuesta simplemente todo)»  
(...)

El dispositivo analítico –a diferencia de otras terapias– es por su naturaleza, la vía regia de la experiencia del torbellino, de las fluctuaciones y de las bifurcaciones. Es un artificio (un arte y un oficio) que, al trabajar con «materiales» tales como la asociación libre, la transferencia, lo pulsional, la castración, y en la medida en que no se haga un *pasticcio* con ellos (domesticando, simplificando, unificando lo diverso), mete al sujeto inexorablemente en la incertidumbre y en lo incalculable. No es sin consecuencias subjetivas para el analista, y para el analizante, escuchar y ser escuchado en el acto analítico: riesgos frente a «la peste» (Freud) o a «lo in-mundo» (Lacan). Uno no se puede engañar; si se larga a cruzar con una embarcación el Río de La Plata puede desatarse alguna tormentita imprevista que nos haga zozobrar... se trata de timonear: encuadre, dirección de la cura, dosificación de la angustia (Badiou 2000, pág. 120) para contrastar el exceso de lo real; intervenciones que produzcan acotamientos y distribuciones de goces para lograr un nuevo equilibrio. Esto quiere decir –cuando ha habido compromiso, riesgo, audacia y creatividad– nada menos que el tránsito –real– por lo

disipativo, por el no-equilibrio. Ese nuevo equilibrio implica, de vuelta, un proceso de estructuración al modo de un bordado, de re-estructuraciones (ligaduras pulsionales, efectos de sentido, reconocimiento y aceptación de la alteridad del otro). Pero, es evidente (aunque tan sistemáticamente evitado) que este nuevo equilibrio que, insistimos, ha «palpado», que ha «tocado» lo caótico de la pura ajenidad, de la pura diferencia, de la pura multiplicidad, es radicalmente otro que aquél que no ha salido de los perímetros más o menos amplios del narcisismo y de sus pequeñas diferencias (del infantil al del adulto, del singular al familiar, del familiar al institucional, etc.). Parafraseando a Freud en «Análisis terminable e interminable», mientras «la fuerza de la costumbre» no haga demasiado daño: ¡a seguir disfrutando del propio huerto! A la luz de los grandes desafíos mencionados, lo dicho de la huerta parece ironía pero no lo es, por supuesto.

De todos modos volvamos a las turbulencias mencionadas, ¿masoquismo primordial? No, por el contrario, materiales «nobles» para una vida creativa, vida que resiste con fuerza al consumo de los psicofármacos y a las terapias alternativas que ofrecen cantos de sirenas para una paz celestial. Por eso afirmábamos hace un momento que todo está montado para armarnos cual rebaño: los medios, las políticas, las instituciones, las ideologías, y –ya más específicamente– las teorías y las prácticas en torno a ideales psicoanalíticos dogmáticos.

Para ir acercándonos a algunas conclusiones finales: debemos pensar la marca como un singular efecto de sentido nuevo con «*lo radicalmente nuevo*» (A. Badiou), que produce ruptura, cada vez, de lo estructurado, habiendo atravesado el *torbellino del sin-sentido* (en francés, «*pas-de-sens*», no-sentido y paso-de-sentido). Se trata de un trabajo de los tres registros (R-S-I) que produce la alquimia (marca) del azar y de la heteronomía constitutivos, y la posición y respuesta de quien debe nombrarse ahí, cada vez, sujeto; es decir no como «algo» ya constituido sino como ese efecto de sentido, esa marca, en ese acto. Acto que es un

saber-hacer con la máxima indeterminación e impredecibilidad propia del azar y aquello que configura «la heteronomía (lo que tengo que ser viene de Otra cosa y no de mí)», dice A. Juranville (1984, pág. 115). Heterónimo significa, según el diccionario de la Academia, «estar sometido a un poder ajeno». Poder que se ejerce a través del otro (vía ofertas identificatorias) que otorga significaciones y que aliena a sus significantes; significantes que son responsables nada menos que de constituir cuerpo (paradójico: lo más propio resulta ser lo más ajeno), cuerpo erógeno, cuerpo de goce, ya que, como dice Lacan en el Seminario *Aun*: «el significante da la orden de mando y de alto al goce» (Lacan, J., 1975, pág. 33-34) haciendo cuerpo. Por los alcances del presente trabajo tampoco voy a desarrollar el complejo campo de la marca en el cuerpo: desde el no-cuerpo del autista o el cuerpo fragmentado del psicótico, los singulares «modelados» del cuerpo de los sujetos llamados anoréxicos o bulímicos, de la frigidez o de la impotencia, de los sujetos tatuados... Marcas primarias del no deseo materno, marcas actuales de la hiper demanda de la sociedad de consumo.<sup>22</sup> En los últimos Seminarios (especialmente en *El Sinthoma*) Lacan hace un aporte fundamental para la dirección de la cura y el final de análisis en su concepción de saber-hacer con el síntoma como un verdadero trabajo artesanal, que tendría la característica de un hacer obra con el síntoma –goce–, esto que él va a nombrar como *sinthoma*. Entonces, ya no es cuestión de, como muchas veces se lo había planteado, saber-hacer con el propio síntoma, sino por el contrario, *saber-hacer sinthoma* en el sentido de hacer una obra propia. El saber-hacer implica además (vía operación de separación del Otro, asumiendo que el Otro no sabe, que no es garante) que somos respon-

---

<sup>22</sup> «Entiendo que aquellas representaciones ligadas al cuerpo, las que implican la sexualidad, se hallan también marcadas por la trama socio-cultural. Notamos que cada época implanta ciertas modalidades de relación con el cuerpo y formas predominantes que afectan las relaciones amorosas y sexuales; ellas no son pues ajenas a la historización, aun cuando así podamos percibir las» (Rojas, M. C., 2000, pág. 93).

sables, como sujetos, de nuestra posición y de nuestra respuesta. Finalizamos con Eliot:

«y poner fin es poner un principio.  
El fin es el lugar donde comenzamos».

## Bibliografía

- Badiou, A. (1988) *El ser y el acontecimiento*, Bs.As., Manantial, 1999.
- (1989) *Manifiesto por la filosofía*, Bs.As., Nueva Visión, 1990.
- (2000) «Lacan y lo real». *Revista Acontecimiento* N°19-20, Bs.As., 2000.
- Berenstein, I. (2001) *El sujeto y el otro: de la ausencia a la presencia*, Barcelona-Bs. As.-México, Paidós, 2001.
- Borges, J. L. (1960) «El cautivo» y «La trama». «El hacedor», *O.C. T. II*, Bs.As., Emecé, 1989.
- Deleuze, G. (1969) *Diferencia y repetición*, Barcelona, Anagrama, 1995.
- Dimarco, R. M. (1999) «La repetición: presencia del analista entre lo idéntico y lo nuevo». *Actas XV Jornadas de la A.A.P.P.G. 1999, La perspectiva vincular en psicoanálisis*.
- (2000) «El otro en la teoría y en la clínica vincular: como realidad, como real». *Actas del XIV Congreso de FLAPAG 2000. Tomo II, Conceptualizaciones desde la práctica*.
- Eliot, T. S. *Cuatro cuartetos*, Bs. As., Ediciones del 80, 1981.
- Freud, S. (1924-5) «Presentación autobiográfica». Bs. As., Amorrortu, *Obras Completas T. XX*, 1990.
- Gaspari, R. C. (2000) «La familia: nudo problemático del psicoanálisis». *Clínica familiar psicoanalítica. Estructura y acontecimiento*, Barcelona-Bs.As.-México, Paidós, 2000.
- Gomel, S. (1997) *Trasmisión generacional, familiar y subjetividad*, Bs.As., Lugar, 1997.
- Heidegger, M. (1963) *La pregunta por la cosa*, Bs. As., Menphis, 1992.
- Juranville, A. (1984) *Lacan y la filosofía*. Bs. As., Nueva Visión, 1992.
- Kaës, R. y otros (1987) *La ins-*



- titución y las instituciones. Estudios psicoanalíticos*, Barcelona-Bs. As.-México, Paidós, 1989.
- (1993) *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*, Bs. As., Amorrortu, 1996.
- Lacan, J. (1966-67) Seminario XIV «Lógica del fantasma», Inédito.
- (1973) El Seminario Libro XI *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, 1964, Barcelona-Bs. As. México, Paidós, 1986.
- (1975) El Seminario Libro XX *Aun 1972-73*, Barcelona-Bs.As.-México, Paidós, 1981.
- (1974-75) Seminario XXII «R.S.I.», Inédito.
- (1975-76) Seminario XXIII «Le Sinthome», Inédito
- Moreno, J. H (2000) «¿Hay lugar para lo indeterminado en psicoanálisis?» *Clínica familiar psicoanalítica. Estructura y acontecimiento*, Barcelona-Bs.As.-México, Paidós, 2000.
- Nietzsche, F. (1901) *La voluntad de poderío*, Madrid, Edaf, 1998.
- Pasqualini, G. (1992) «La causa entre rememoración y repetición». *Psicoanálisis*, Revista de APDEBA, Vol. XIV, N° 3.
- Pirandello, L. (1925) *Seis personajes en busca de autor*, Madrid, Cátedra, 1997, pág. 126.
- Platón, *Parménides*, Madrid, Alianza, 1987.
- Prigogine, I. (1988 a) *El nacimiento del tiempo*, Barcelona, Tusquets, 1991.
- Prigogine, I. y otros (1986) *Proceso al azar*, Barcelona, Tusquets, 1986.
- Prigogine, I. y Stengers, I. (1988 b) *Entre el tiempo y la eternidad*, Madrid, Alianza, 1991.
- Proust, M. (1919-1927) «La fugitiva». *En busca del tiempo perdido*, Madrid, Alianza, 1968.
- Rojas, M.C. (2000) «Modelizaciones en psicoanálisis familiar: aproximación teórico clínica a la familia de hoy». *Revista de la AAPPG*, Bs. As., Vol. XXIII, N° 2, 2000.
- Strachey, J. B. (1953) Notas al pie de la *Standart Edition. Obras Completas* de S. Freud, T. I, Bs. As., Amorrortu, 1988.

## Resumen

*Se entra al trabajo sobre las marcas psíquicas y el debate entre el determinismo y el acontecimiento desde la Física (conceptos de tiempo irreversible, estructuras disipativas, azar y determinismo), la Filosofía (lo múltiple, el acontecimiento y la repetición) y la Poética (dos cuentos de Borges). Luego se trabaja la conceptualización psicoanalítica tomando en cuenta: fijación y estructura; efecto de sentido nuevo y anudamiento en los tres registros (R.S.I.) en la producción de nuevas marcas psíquicas en el campo del Otro y su encarnación en el otro como semejante y como radicalmente ajeno.*

## Summary

*This paper is about psychic marks and the debate between determinism and the event from Physics point of view (irreversible time concept, dissipating structures, chance and determinism), from Philosophy (the multiple, chance and repetition) and from Poetry (two Borges' tales). Afterwards, psychoanalytic conception is worked taking into account: fixation and structure; new sense effect and knotting of the three registers (RSI) in the production of new psychic marks in the field of the Other and it's incarnation in the other as the similar (fellow man) and as the radically alien.*

## Résumé

*Le début du travail porte sur les marques psychiques et le débat entre le déterminisme et l'événement à partir de la Physique (les concepts de temps irréversible, de structures dissipatrices, d'hasard et de déterminisme), de la Philosophie (la multiplicité, l'événement et la répétition) et la Poétique (deux récits de Borges). Puis l'on travaille la conceptualisation psychanalytique en considérant: fixation et structure; effet de sens nouveau et nouage dans les trois registres (R.S.I.) pour la production de nouvelles marques psychiques dans le champ de l'Autre et son incarnation chez l'autre en tant que semblable et radicalement étranger.*

**Del retorno de lo forcluido  
genealógico a los  
reencuentros con  
el ancestro transferencial \***

**Evelyn Granjon \*\***

(\*) Trabajo publicado en *Le divan familial* N° 1 - Otoño de 1998.  
Traducción: Mirta Segoviano

(\*\*) Doctora paidopsiquiatra. Presidente de la Société française de  
thérapie familiale psychanalytique.  
50 boulevard des Alpes, 13012 Marseille.

## *Introducción*

La terapia familiar psicoanalítica se inscribe en el movimiento psicoanalítico y en continuidad con trabajos sobre el psicoanálisis de los grupos. Las hipótesis de Didier Anzieu y René Kaës en particular fundan nuestra teorización y nuestra técnica. La clínica nos invita a recibir familias en sufrimiento, aun cuando la sintomatología es individual y cualesquiera sean las manifestaciones de este sufrimiento. ¿Cuáles son las condiciones de un trabajo psicoanalítico posible y qué adaptaciones técnicas son concebibles y necesarias con relación a las nuevas formas de demandas que se nos dirigen? El trabajo terapéutico de tipo psicoanalítico emprendido con estas familias nos lleva a interrogarnos sobre el lugar, las manifestaciones y la importancia de la contratransferencia.

Pero retomemos, en primer lugar, algunas observaciones:

El grupo es un dispositivo terapéutico que encuentra su lugar ahí donde el dispositivo individual falla o es insuficiente.

Pregunta: ¿qué parte del inconciente deja de lado la cura tipo, a la cual sólo el escenario grupal pueda tener acceso?

Digamos que el dispositivo grupal permite la investigación y el abordaje de formaciones y de procesos psíquicos que no pueden ser tratados de otro modo, particularmente los que conciernen a la intersubjetividad. La presencia de la familia en nuestro dispositivo sitúa en el centro de nuestro trabajo la cuestión de la transmisión psíquica: ¿cuáles son las manifestaciones, los efectos y las posibilidades de transcripción en el espacio grupal terapéutico de lo que proviene de la herencia psíquica de la familia, de lo que ha surgido de las generaciones precedentes, de la inscripción de la familia en una filiación?

Finalmente, existe una afinidad entre grupo y traumatismo. El grupo es el lugar privilegiado (por el efecto de

coexcitación que implica el agrupamiento) donde se repite, puede ser retomado y puede elaborarse lo que es o fue traumático. Esto corresponde a los efectos de traumatismos recientes o surgidos de las generaciones precedentes.

La experiencia clínica nos ha llevado a considerar la plurifactorialidad del síntoma en tanto compromiso con relación a un conflicto psíquico individual, pero también en tanto compromiso con relación al doble proyecto de todo individuo: «...ser eslabón de una cadena a la que está sujeto, si no contra su voluntad, al menos sin la participación de ésta, y ser para sí mismo su propio fin» (Freud, «Introducción del narcisismo», 1914).

Pertenecer a un grupo, una familia, una genealogía, ser miembro de ellos y llevar a buen término la propia individuación, ser sujeto de un grupo y sujeto en un grupo, ese es el proyecto de todo desarrollo psíquico; pero esto no siempre ocurre de por sí. En efecto, el grupo se construye a partir de formaciones psíquicas de los sujetos que lo constituyen, pero es también apuntalada en el grupo (y el cuerpo) que se funda toda psique singular. Ciertos síntomas vienen a veces a expresar esta complejidad.

Así planteadas, estas sucintas ideas llevan a considerar de otro modo la comprensión y el abordaje de algunos síntomas o manifestaciones, particularmente aquellos para los cuales se prueba ineficaz una lectura puramente subjetiva, y un trabajo a nivel de la psique individual inoperante.

Esto nos conduce a recibir familias. Luego, en algunos casos, cuando el sufrimiento aparece relacionado con la difícil tarea de conjugar lo singular y lo plural, nos vemos llevados a proponer un trabajo terapéutico de tipo psicoanalítico al conjunto del grupo familiar. Este trabajo apunta a restaurar las funciones y el funcionamiento del grupo familiar con miras a una retoma de los procesos de individuación.

No debemos equivocarnos en esto: nuestro proyecto es permitir, gracias a un abordaje grupal-familiar, una liberación de los procesos psíquicos individuales y de autonomización, en ningún caso se trata de una «reparación» de las familias con el pretexto de cualquier ideología.

Este trabajo con las familias y particularmente la terapia familiar psicoanalítica nos ha sensibilizado, entonces, a la especificidad de las formaciones y de los procesos psíquicos puestos en juego o revelados por el dispositivo, en la medida en que aceptamos que el inconciente es siempre susceptible de externalizarse en un continente especial y, corolario de esta proposición, que las formaciones y procesos específicos del inconciente se desarrollan, se manifiestan y se despliegan en función y con relación al espacio psíquico definido y ofrecido.

La presencia de la familia, con su relación privilegiada con la filiación, nos conduce a reflexionar sobre las manifestaciones y los efectos de la *transmisión psíquica* en el espacio terapéutico grupal, cualesquiera sean las modalidades de esta transmisión y de esta herencia.

La prehistoria, como sabemos, no siempre es del pasado, la genealogía a veces mezcla los tiempos y los espacios, se equivoca de generación, se repite, confunde los sujetos, y algunos ancestros parecen complacerse en perturbar la vida de sus descendientes.

El trabajo clínico o terapéutico con las familias nos conduce a nuevas interrogaciones, revelando, a su escucha, un material inhabitual, sorprendente, incongruente. Tenemos acceso a ciertos aspectos, a ciertas zonas hasta ahora inexploradas del inconciente. Asimismo, la puesta a disposición de nuestros propios «archivos familiares» es convocada en el «presente compuesto» de las sesiones.

### *Transmisión psíquica y sufrimiento familiar*

El proyecto de toda familia es:

– *transmitir* la herencia psíquica adquirida y fundadora, inscribiendo a cada uno del conjunto en una continuidad generacional;

– *perpetuarse* dando la Vida más allá de los muertos, conservando al mismo tiempo su identidad, su alma. La transmisión de la vida biológica y de la vida psíquica está en el centro de la constitución y de los proyectos de la familia, y esto gracias y a través de las generaciones y de las alianzas. Es decir que la cuestión de la *transmisión psíquica* es central en el grupo familiar y concierne a cada uno y al conjunto en relaciones generacionales y grupales. La familia es el «receptáculo» y el lugar de elaboración de la transmisión psíquica.

La familia (o su representante), se encuentra en posición de heredera de las vivencias psíquicas elaboradas, integrales, que constituyen el tejido fantasmático, histórico y mítico, cuna en la que el sujeto encuentra su lugar y sus fundaciones. Esta modalidad intergeneracional de la transmisión implica una sucesión de transformaciones (cambio de forma) de las vivencias brutas, que sobrevienen en los diferentes niveles de los procesos de la transmisión-herencia. Pero a cargo de la familia hay otra herencia, constituida de elementos brutos procedentes de vivencias brutas no elaboradas, incluso no elaborables, surgidas de una historia lacunar donde traumatismos, no-dichos y duelos no hechos han impedido o prohibido el trabajo de representación por las generaciones precedentes. Estos elementos brutos, algunos de los cuales están en espera de elaboración, son impuestos a los descendientes, atravesando los espacios psíquicos singulares y familiares, haciendo intrusión e irrupción en las psiques herederas, sin apropiación posible.

Este negativo errante o contenido en formas que constituyen «*continentes de negativo*» (criptas, fantasmas, secre-



tos...) está a cargo de los herederos. ¿Podremos transformarlo a fin de volverlo integrable psíquicamente o tendremos que transmitirlo así, participando de la constitución de los vínculos?

Estas dos modalidades de la transmisión psíquica, *transmisión intergeneracional* y *transmisión transgeneracional*, indican la complejidad de la herencia psíquica de la familia así como la carga y el trabajo que le incumbe (E. Granjon, 1994).

Las funciones y el buen funcionamiento del aparato psíquico familiar (APF) (A. Ruffiot, 1981), espacio psíquico compuesto y complejo, permiten que se construyan y se organicen la intersubjetividad del grupo y las subjetividades singulares, en una temporalidad, una historia, articulada y desprendida de la herencia fundadora. Al ofrecer a cada uno un lugar a tomar en la cadena de las generaciones, el APF asegura, gracias a las alianzas inconcientes, la continuidad narcisista y la perpetuación de la Vida psíquica.

Es decir la importancia del trabajo de ligazón y de transformación del grupo; la necesidad para adquirir la herencia, construir las identidades, el espacio y el tiempo, y protegerse de los efectos destructores de ciertos aspectos negativos, de lo que se transmite y se impone sin transformación.

### *Indicación de terapia familiar psicoanalítica*

Todo lo que acabamos de evocar pone en evidencia las relaciones que existen entre transmisión y aparato psíquico familiar. Las funciones de continencia, de ligazones entre los espacios psíquicos heterogéneos, de organización, de transformación de ciertas formaciones inconcientes movilizadas en el grupo y de transmisión garantizan el funcionamiento del aparato psíquico familiar.

Su disfunción, que conlleva un desapuntamiento de los aparatos psíquicos individuales, plantea una indicación

de terapia familia psicoanalítica. Esta disfunción se manifiesta en los niveles intersubjetivo (trastornos de la relación y de la comunicación), intrapsíquico en uno o varios miembros de la familia (con manifestaciones somáticas y/o psíquicas) y transpsíquico (parte común e indiferenciada del grupo). Entre las manifestaciones de sufrimiento, citemos:

- pérdida de la cohesión familiar o, por el contrario, relación fusional y confusión de los espacios psíquicos;
- abolición de los límites y de las diferencias que conllevan una patología de las envolturas e indiferenciación;
- fallas o insuficiencias de las formaciones intermedias, de las alianzas inconcientes entre el grupo y los sujetos del grupo;
- perturbación de la cadena asociativa familiar con censuras, rupturas, discurso operatorio, a-fantasmático;
- pérdida de la memoria o de partes de historias de la familia que pueden llegar hasta la fantasía de autoengendramiento u de telescopaje o inversión de las generaciones.

Pero lo que opera más violencia es el «desarraigo», la pérdida del anclaje filiativo, la ruptura generacional, se deban éstos a la desaparición de las referencias ancestrales o a las prohibiciones de saber que atañen a los antiguos acontecimientos traumáticos. En el caso en que se rompe el eje filiativo, la desestructuración del aparato psíquico familiar y el desapuntamiento de los psiquismos individuales traen consigo gran sufrimiento.

Las manifestaciones de la imposible o difícil tramitación por parte de las familias de la herencia impuesta, se relacionan, lo hemos mencionado, con una historia lacunar debida a traumatismos, no-dichos, duelos no hechos en las generaciones precedentes.

Algunos acontecimientos sobrevenidos fueron impensables e indecibles por aquellos que estaban implicados. La apropiación de las huellas transmitidas no se puede consumir; la representación y la inscripción en otra historia están entonces a cargo de los descendientes.

### *Traumatismo psíquico y transmisión transgeneracional*

Recordemos que el carácter traumático no depende de un acontecimiento en cuanto tal, sino a la desorganización brutal del psiquismo debida a un exceso de excitación violento y sin sentido provocado por la irrupción de elementos que el psiquismo no está preparado para recibir y que no puede poner en relación con otras experiencias, creando zonas de no-representación. Esta desorganización y esta efracción conllevan angustia y gran desamparo.

Secundariamente, el desconcierto será atribuido a la percepción del acontecimiento, pero realmente se trata de una «*herida psíquica*», es decir de la destrucción parcial de formaciones psíquicas ya establecidas.

Son huellas traumáticas, restos negativos que se transmitirán tal cuales, sin modificación, en forma repetitiva. El traumatismo es y continúa siendo un «anti-proceso», acompañado de fenómenos de tipo defensivo, protectores (renegación, forclusión, aislamiento, olvido...), correspondientes a mecanismos necesarios para la supervivencia psíquica.

¿Qué deviene entonces aquello que no puede decirse ni pensarse, aquello que debe ser ocultado, que es callado, prohibido o simplemente olvidado, aquello que, a riesgo de ser traumático, es renegado, forcluido, proyectado fuera de sí, clivado, fragmentado, y que, como nos lo recuerda la clínica, nunca se pierde ni pasa, pese a todo, de una generación a otra, tal cual, sin transformación, repitiendo sin cesar y en forma insólita, en los avatares del desarrollo psíquico y de un «*telescopaje genealógico*», los fragmentos difractados de un imposible o intolerable recuerdo?

Eterno retorno de espectros transgeneracionales en procura de una historia, de un mito o de algún memorial... ¿*qué ocurre con la memoria del olvido*, qué lugares de acogida o de depósito les son ofrecidos, a falta de un borrado posible?

Transmitido pese a todo y tal cuales, estos elementos en suspenso atraviesan las generaciones, luego son difractados en el grupo. Lo que se transmite es la *huella*, que no puede ser abolida y puede (re)aparecer algunas generaciones más tarde, en forma de enigma o de signo.

¿Qué hacer con lo que se transmite en «vaciado», con lo que nos incumbe y nos sobrecarga? Qué hacer con esos fragmentos de una historia impensable, con esas «huellas sin memoria», con esos muertos sin sepultura que habitan el presente por no poder ser pensados ausentes.

Normalmente, si me atrevo a decir, a nivel grupal como a nivel individual, todo está en marcha para contener, tramitar, transformar esos elementos negativos, fragmentos proyectados de una historia que no puede o no debe decirse, pero que se impone pese a todo. La elaboración de los mitos (la función mitopoética del grupo familiar así como nos la propone A. Ruffiot) parece ser uno de los medios de los que el grupo dispone.

Y sin embargo, algunas familias en sufrimiento llegan a consultarnos, en lucha, parece, con la imposible tramitación de su herencia, invadidas o perturbadas en su funcionamiento por esas formaciones negativas que pervierten el pensamiento grupal familiar atacando los procesos secundarios, descalificando las relaciones yo-grupo, bloqueando la función represora; estas familias, es verdad, utilizan a veces «porta-palabra» o «porta-síntoma» que encarnan entonces ciertas formaciones intermediarias del grupo y en consecuencia pueden favorecer la retoma de la asociatividad en el grupo.

Este tipo de transmisión impuesta conlleva la alienación de los sujetos herederos o hace de ella su destino, llevando a la repetición en actos y en cuerpo de lo que se reactualiza pero no se puede representar. Desligazón, rupturas y violencia son a veces las únicas manifestaciones de acontecimientos delictuosos olvidados; el horror impensable o la vergüenza de la transgresión se imponen. El sujeto se en-

cuentra en posición de tener a cargo una parte no explícita y no accesible de la historia de otro, cuyas páginas dejadas en blanco debe escribir.

Las lagunas, las inclusiones, las criptas constituyen «silenciados», «mantenidos en secreto», formas que contienen los restos incongruentes de un acontecimiento inaceptable o desconocido, fuera del alcance de un trabajo psíquico, sobrecargando las psiques de los sujetos y del grupo herederos, consagrados a la repetición y ofrecidos a las identificaciones del niño.

Lo que pasa de una generación a la otra es la falla de transmisión más bien que su objeto. Lo que hereda la descendencia es lo indecible, lo impensable, el secreto o algunos fantasmas, y no sus contenidos.

Algunos «continentes de negativo» atraviesan a veces las generaciones para reaparecer en forma de enigma, de signo o de síntoma, marcando el destino de quien se constituye heredero (E. Granjon, 1997).

### *Herencia y trabajo del aparato psíquico familiar*

Para recibir esta herencia, el grupo familiar ofrece construcciones psíquicas, formaciones grupales intermediarias que tienen por función articular el espacio psíquico del sujeto singular y el del grupo, tramitar el pasaje de un sujeto a otro y de una generación a otra: se trata de contratos, pactos, alianzas, fundadores de la subjetividad singular y del ser-juntos del grupo, y organizadores de los vínculos (R. Kaës, 1993).

El niño, al nacer, es ante todo eslabón de la cadena de Vida generacional. Reconocido y aceptado como miembro del grupo familiar, es entonces nombrado heredero e investido narcisistamente. Lo que se ofrece al niño, en los términos del *contrato narcisista*, es un lugar a tomar y una carga a asumir en él, legándole lo que hace «mantenerse junta» a

la familia. Al permitirle adquirir la herencia que le es ofrecida y que lo funda psíquicamente, se le demanda garantizar la continuidad generacional y mantener el vínculo familiar, tomando a cargo la «*Caja de Pandora*» fundadora del vínculo de alianza de sus padres.

Así, lo que funda la psique individual y garantiza la continuidad generacional es quizá el defecto, las fallas de la transmisión, en los desgarrones del tejido filiativo, en las huellas, los restos de una herencia desconocida o prohibida, callada, olvidada o mantenida en secreto.

Y algunos continentes negativos son indispensables para que el sujeto advenga y se desprenda, permaneciendo al mismo tiempo sujeto del grupo. En cambio, si el niño aparece como revelador de algunos de estos negativos, corre el riesgo de ser atrapado sin saberlo en lo irrepresentable familiar. La clínica nos muestra efectivamente que, cuando la herencia negativa es demasiado importante o demasiado invasora por falta de continencia, o cuando el niño, por coincidencia o por signo, reactualiza ciertas huellas de antiguos acontecimientos traumáticos, él corre un gran riesgo de ser atrapado en lo negativo que re-presenta y de identificarse con lo desconocido, lo impensable, lo muerto. Verdadero «retorno de lo forcluido», no tiene otra alternativa, si quiere vivir, que identificarse con lo negativo que su llegada al mundo ha revelado. Al constituirse así como continente de negativo, el niño, por contrato y para preservar el vínculo familiar, deviene él mismo lo irrepresentable, lo impensable. Toma el lugar y no la carga de la «Caja de Pandora», del silencio transgeneracional, de la amnesia familiar, y está obligado a serlo. Este tipo de «*contrato psicótico*», fundador del autismo y de la psicosis, aliena al niño y mantiene la sutura familiar por un tiempo amenazada.

A título de ejemplo, podría hablar de Constelación, esa pequeña que hablaba la lengua de las estrellas, totalmente incomprensible y no obstante tan bella en su música y sus sonidos.

El embarazo había sido acortado, «amputado», decía la madre, que conservaba la impresión de una niña «no acabada» con un sentimiento de impotencia y de «vacío». La cuna había quedado vacía tras el nacimiento, dejando a la madre en desamparo. Cuando la niña pudo finalmente estar en su familia, un tiempo después, un acontecimiento vino a marcar la vida familiar: la muerte brutal del perro al que todos estaban muy apegados. La niña, que hasta entonces parecía tener un desarrollo normal, hizo una regresión severa con signos de autismo y convulsiones. Pero es durante un largo trabajo de terapia familiar psicoanalítica que apareció el fantasma del abuelo paterno hasta ese momento olvidado, muerto brutalmente cuando el padre tenía cinco años y a quien entonces se había dicho que «estaba en el cielo». Constelación, a través de los avatares de su llegada al mundo y de su nombre de pila, había sido invitada a ocupar un lugar libre y había creído bueno identificarse con ese contenido negativo dejado por un duelo imposible.

Pero la niña no es única heredera de la transmisión transgeneracional. El grupo familiar se ofrece también a ser un lugar privilegiado de depósito y de elaboración del material negativo de la transmisión psíquica. Son posibles diferentes modalidades de acogida del grupo. Retengamos que, según el estado y el nivel de elaboración, los elementos negativos pueden ser dispersados, difractados en el espacio del grupo, errantes, infiltrando y atacando los vínculos intersubjetivos y la envoltura grupal, o constituyendo zonas de silencio, de no-representación, suscitando sentimientos de vergüenza, compartidos por el conjunto del grupo. Pueden también ser contenidos, encerrados, delimitados en cajas de secretos, formas vacías o fantasmas, deviniendo de más difícil acceso a un trabajo de develamiento y de sentido; pero ese momento de construcción de continente de negativo, si es aún insuficiente, permite una objetalización de lo negativo y un pasaje intergeneracional.

Así esquemáticamente en la tercera generación, ciertos silencios, no dichos, duelos imposibles, tras un pasaje según modalidades de transmisión transgeneracional y un

tránsito a la generación siguiente, podrán aprovechar construcciones psíquicas envolventes y serán contenidos, encerrados, enclaustrados en continentes de negativos, luego transmitidos según modalidades más objetalizadas. Continentes llenos de vacío, de nada o de fragmentos diseminados e incongruentes de un acontecimiento olvidado cuyo contexto se ha perdido.

### *El grupo de terapia familiar psicoanalítica*

La terapia familiar psicoanalítica encuentra su lugar cuando el sufrimiento de uno o varios miembros de la familia pone en evidencia la disfunción del aparato psíquico familiar y su desanclaje filiativo, por falta principalmente de construcción de ciertas alianzas inconcientes. Constituido por el grupo familiar y por los terapeutas, el «*neogrupo*» se ofrece a ser el lugar de retoma y de elaboración de lo que ha quedado en suspenso [*en souffrance*] en el aparato psíquico familiar, transmitido en estado bruto, no simbolizado, no dicho.

El doble nivel de afiliación de cada uno de los participantes y de la familia en tanto conjunto lo hace un espacio psíquico grupal complejo fundado por los terapeutas. Desde este lugar, *la escucha grupal* de los psicoanalistas toma en cuenta todo lo que se dice o produce en el aquí y ahora de las sesiones, en la multiplicidad, la diversidad y la heterogeneidad de sus manifestaciones. Este tipo de escucha y el trabajo asociativo van a permitir la construcción de una *cadena asociativa grupal* en el neogrupo donde los elementos diseminados, impensados y no verbales proyectados en este espacio van a encontrar lugar, inscripción y sentido. Las condiciones de un trabajo terapéutico se fundan en la instauración de un encuadre y de las reglas psicoanalíticas, así como la escucha psicoanalítica de la cadena asociativa grupal que se despliega en este grupo.

Este dispositivo grupal complejo del neogrupo permite que advenga y se produzca una experiencia específica del



inconciente con relación a las apuestas fundadoras del grupo. El encuadre de terapia familiar psicoanalítica selecciona, privilegia ciertas formaciones y ciertos procesos psíquicos y nos confronta con las alianzas inconcientes del grupo.

El proyecto terapéutico es permitir aquí a cada uno ser sujeto en el grupo y sujeto del grupo. La especificidad de la escucha psicoanalítica en esta situación y en estas condiciones permite el abordaje y el trabajo de las formaciones y de los efectos de la transmisión psíquica.

El grupo de terapia va, pues, a garantizar continuidad y mutación para cada uno de los participantes y para el conjunto, en el orden de la transmisión psíquica, de lo que falla, de lo que falta, de lo que aliena, de lo que no puede inscribirse; continuidad y mutación que se hacen posibles por la mediación del contrato terapéutico y de los vínculos de la transferencia. Lo que está en juego es el destino de lo negativo de la transmisión.

Lo que se deposita y/o pone en juego en este espacio psíquico grupal podrá aprovechar los procesos psíquicos grupales y particularmente los procesos de transformación, favoreciendo la elaboración y la circulación fantasmáticas dentro del grupo, necesarias para los procesos de individuación.

Los tres «momentos» del proceso terapéutico conducen al neogrupo a ser un lugar de depósito y de recepción, un escenario para la puesta en forma y la representación, luego un espacio de reconstrucción del tiempo genealógico perdido.

### *El trabajo terapéutico*

El grupo de terapia familiar psicoanalítica se ofrece para ser un lugar de recepción, de recolección de ciertos aspectos negativos de la transmisión. A este título, llega a tomar el lugar del eslabón faltante en la genealogía de la familia.

*El lugar de depósito*

El grupo de terapia familiar psicoanalítica se presenta ante todo como lugar de depósito, de fragmentos dispersos de una historia olvidada, censurada o no conocida, de elementos errantes y en procura de continentes, de silencios, de rupturas, de proyecciones violentas o de formaciones más elaboradas de continentes de negativos tales como las criptas, fantasmas o secretos. Todo este material es depositado, proyectado en el espacio del grupo, movilizado por el dispositivo, el encuadre, poniendo a prueba su capacidad de continencia, su solidez, su viabilidad y su fiabilidad. Todos tenemos ejemplos de esas sesiones de inicio de terapia donde encuadre y terapeutas son maltratados, puestos a prueba de ataques destructores más o menos violentos, embistiendo contra el mantenimiento y la permanencia del encuadre y contra la integridad psíquica de los terapeutas. Nos vemos capturados en la regresión, el encolado de lo negativo. La transmisión directa sin distancia, de elementos no pensables, no simbolizables, se repite en el grupo de terapia familiar psicoanalítica privando a los terapeutas de su capacidad de pensar, de sus facultades asociativas. Olvidos, censuras, prohibiciones, infiltran la transferencia y la contratransferencia. Esta modalidad de transmisión y de transferencia sin relación de objeto puede además tomar las vías de pasajes de un cuerpo a otro, en una indiferenciación somatopsíquica, revelando en los terapeutas, incluso en los más avisados, sensaciones (fatiga, somnolencia, excitación...), emociones, sufrimientos sin objeto.

Un breve ejemplo puede sensibilizarnos a ciertos aspectos negativos de una *transferencia genealógica* precoz: se trata de un olvido que se manifiesta en la contratransferencia.

La familia de Audrey, niña autista de cuatro años, retoma su terapia familiar psicoanalítica tras una interrupción por vacaciones. La cura comenzó poco tiempo antes. Al reencontrar a la familia, digo a mi coterapeuta: «ya no

recuerdo nada de esta familia, es un completo agujero. Cuento contigo» y me siento culpable por eso...

Desde el comienzo de la sesión, la hermana mayor se pone a dibujar, o más bien a garabatear rabiosamente una hoja con la lapicera para borrar [*effaceur*] (ella no quería venir), y el padre nos cuenta la siguiente aventura: durante las vacaciones, estaban en familia en la playa. Repentinamente Audrey desapareció. Pánico. El padre y la madre salen en su busca cada uno por un lado. La madre pide a algunas personas que la ayuden a buscar a su hija y se le responde: «¡No la conocemos, por lo tanto no podemos ayudarla!», lo que la perturba. El padre nos dice: «En primer lugar pensé que si Audrey había ido hacia el mar debió de ahogarse, por lo tanto, inútil buscarla en el agua». Recorre la playa y se siente invadido por una duda: «Hay tantas niñas trigueñas que no la voy a reconocer aun si está frente a mí». Entonces aparece un sentimiento muy angustiante: piensa que no tiene ningún recuerdo de su hija, ninguna representación y tiene miedo de pasar al lado sin verla. Es enloquecedor. Evidentemente la pequeña es encontrada.

Durante ese tiempo la hermana mayor hizo su dibujo, en la hoja donde, compulsivamente, utilizó la lapicera para borrar: es un muy bonito barco en el mar, pero un gran redondel blanco como un agujero ocupa su casco; pese a su insistencia, el color no ha dejado huella en el lugar marcado por la lapicera para borrar.

A partir de esta aventura y de esta sesión pudo comenzar a decirse lo que probablemente ha constituido mi pensamiento anticipador: la ausencia de inscripción de Audrey en la familia y en una filiación. En el borrado de mis recuerdos y mi olvido vino a expresarse el «agujero» ofrecido como único lugar a Audrey de quien se nos dice que el embarazo y el nacimiento fueron «sin historia». Gracias probablemente a la memoria de mi coterapeuta en quien tuve confianza, algunos recuerdos de sesiones precedentes permitieron ligazones y una continuación del trabajo.

Estos fenómenos de anticipación contratransferenciales me parecen, en mi experiencia clínica, a menudo expresión en un tiempo invertido de lo que, del pasado, no se pudo decir. El espacio del grupo de terapia familiar psicoanalítica puede también ser el lugar de recepción de manifestaciones que he llamado los «*objetos brutos*». Se trata de palabras o de expresiones empleadas en forma repetitiva por los miembros del grupo familiar, que no encuentran ni lugar ni sentido en la cadena asociativa grupal de la familia. Esas palabras, esas expresiones, a veces cifras o sílabas repetidas, pero también actos y comportamientos fuera de sentido y fuera de lugar, salpican el discurso familiar, interrumpiéndolo, perturbando su curso, permanentemente vuelto a comenzar en el grupo, pero sin llegar a tener éxito (E. Granjon, 1995).

Estos objetos brutos golpean nuestra atención, viniendo a inscribirse tal cuales en nuestra escucha y nuestra memoria, repetitivos, acosan y sobrecargan nuestra atención y no pueden encontrar lugar en nuestra propia cadena asociativa. Se trata de restos de una comunicación primitiva, directa y sin interpretación del mensaje. Y es aceptando ser el receptáculo de este tipo de comunicación primitiva que el terapeuta podrá constituirse como punto de anudamiento, luego porta palabra de la cadena asociativa grupal.

¿A quién se dirige, en la transferencia, este «mensaje»? ¿Quién podría ser su traductor, su intérprete? ¿Qué Ancestro podrá retomar la palabra, enunciar el discurso olvidado, perdido?

La recepción, la contención y la transcripción en otro discurso, el que autoriza la transferencia, de esos fragmentos dispersos e incongruentes, de esas huellas sin memoria y traumáticas de una historia impensable, constituyen lo esencial del trabajo terapéutico que debemos hacer. Lugar de depósito de lo negativo transgeneracional, el espacio del neogrupo y las psiques de los terapeutas devienen lugar de memoria.

La construcción de algunos continentes de negativo es de orden grupal: muchos fantasmas habitan nuestros despachos y nuestros armarios están llenos de secretos, lo sabemos. Esas formas transitorias, esas formaciones grupales van temporariamente a permitir contener ciertos silencios, no dichos o elementos no mentalizables. Forma de innombrable, velo delimitante del vacío, son construcciones grupales las que podrán devenir «*objetos de relación*» en el grupo y encontrar lugar en una cadena de asociaciones y «*objetos de transmisión*» permitiendo que algo negativo se transmita en modalidades objetales.

Recuerdo una familia que consultó por trastornos del comportamiento del más joven de los hijos, quien, desde la primera sesión dice: «está sobre un taburete agitado». Este taburete tomó la forma de pequeñas sillas, material de la habitación, durante las sesiones, sirviendo en diferentes situaciones peligrosas, siempre perturbadoras e inadaptadas, que sobrecargaban el trabajo terapéutico y la psique del terapeuta. Luego un agujero, un silencio, un gran vacío depresivo se instaló en el centro del grupo, del fondo del cual aparecieron algunos muertos anónimos y sin sepultura que se fueron. Estos fantasmas me fueron ofrecidos así como algunos dibujos de ataúdes donde me pareció reconocer, grabadas, mis iniciales. Pero nunca se supo quién, originalmente, reinaba sobre el «taburete».

#### *Trabajo asociativo, escenario de representación*

Luego, con todo el material transgeneracional depositado y recibido, y desde el lugar transferencial que ocupan, los terapeutas se verán llevados a hacer un trabajo de ligazón, un tejido asociativo. Religar, asociar lo que es así depositado, pese a la desligazón y la alienación en las que somos capturados, permite acceder a un trabajo de figuración que da forma y cuerpo a lo negativo.

Son muchos los ejemplos que podría contar de esta pelota que surcó el espacio y el tiempo de una terapia familiar psicoanalítica, resurgente y provocadora, perturbadora, a

veces violenta, sin encontrar jamás lugar ni sentido. No era sino la manifestación de procesos primarios, la expresión de irreductibles elementos negativos, el efecto de imposibles transformaciones. Pero para todos nosotros, esta pelota devino la expresión externalizada, en el espacio del grupo, de lo impensable. Entonces se pudo hablar de lo indecible, se llamaba «la pelota».

Entonces y a ese precio, en la sucesión de las sesiones, el espacio-tiempo del grupo devendrá un *escenario de representación* donde los cuerpos tienen su palabra que decir, los movimientos, desplazamientos, pero también lo que es sentido por los terapeutas. La función del terapeuta es saber comprender y asociar este material, renunciando momentáneamente a darle un sentido. El escenario del neogrupo es un teatro, no lo olvidemos, donde se vuelve a representar lo genealógico. Es de este modo y aquí que va a inscribirse otra historia, diferente de aquella de la familia, aun cuando es ésta la que permite el acceso.

#### *Espacio de elaboración*

El grupo de terapia familiar psicoanalítica podrá finalmente devenir un *espacio de elaboración*, lugar donde se va a decir, a escribir, otra historia, la de la terapia familiar psicoanalítica, con sus secretos sobre sus orígenes y sus mitos contenedores. Es claramente otra historia que se va a construir y no el develamiento de una parte oculta, olvidada, a veces para siempre perdida, de la historia de la familia.

El recorrido en la cadena asociativa del psicoanalista va a permitir que advenga un sentido, gracias a los reencuentros de sus propios recuerdos enterrados, de sus emociones ocultas, de esa intimidad con su propia infancia y su historia, con esas escenas a veces prohibidas de recuerdos que irrumpen y sirven de detectores de las prohibiciones y de los silencios transgeneracionales.

Ese trabajo del terapeuta que se ofrece para recibir y transformar ciertas formaciones negativas, en la alianza

terapéutica del grupo y los vínculos de la transferencia, favorecerá la reorganización y la elaboración de lo que había quedado en suspenso.

Y, en esta nueva historia, podrá nacer un niño.

### *Transmisión y contratransferencia*

Fundador del neogrupo, el terapeuta ofrece una filiación en una genealogía que es la nuestra, hecha en la alianza de nuestros ancestros familiares y de nuestros apuntalamientos teóricos. Somos entonces, transferencialmente, aquel que restaura la filiación, que restablece el anclaje filiativo.

Esta primera transferencia se manifiesta por una gran dependencia y una restauración del vínculo narcisista familiar. El anclaje transferencial llega por un tiempo a sustituir al desarraigo familiar y permite la construcción del aparato psíquico grupal del neogrupo.

Es desde este lugar de Ancestro fundador que tomaremos la palabra. Hay quienes, lo sabemos, se ven a veces tentados por la omnipotencia que ese lugar nos propone.

Terminaré por algunos elementos que conciernen al trabajo específico en terapia familiar psicoanalítica que corresponde al análisis de lo que, de las formaciones, procesos y efectos de la transmisión psíquica transgeneracional, se pone en juego en el campo de la contratransferencia y que funda nuestro lugar de intérprete y nuestras interpretaciones.

### *Conclusión*

Hemos insistido en la importancia para los terapeutas de poder tolerar silencios, sufrimientos, vacíos de pensamiento, ausencia de sentido.

En el trabajo de recepción de elementos negativos, ciertas zonas psíquicas del psicoanalista son puestas a disposición y «utilizadas». Esta puesta a disposición demanda un cierto grado de borramiento de las defensas normales.

En ciertos momentos, efectivamente, el terapeuta es el lugar de una actividad psíquica particular. Experimenta, siente, sensaciones, imágenes, palabras que no parecen ser las suyas, sino las de otro y que en cierto modo él acapara, poniendo así a disposición su aparato psíquico para recibir, aceptar lo que se dice en él y no le pertenece. Imágenes, escenas, personajes, más o menos familiares irrumpen en nuestros pensamientos, se nos imponen, sin relación aparente con el desarrollo de la sesión. Esta intrusión nos sorprende, pero en un baño emocional y una situación perceptiva aguzada que muestra claramente que no se trata de una construcción mental ni de la emergencia de un sentido posible, sino más bien del surgimiento en nosotros y en esta forma de algo que viene «de otra parte», o de las profundidades, y que se re-presenta ahí y se impone.

Esos momentos corresponden a un *estado psíquico* con levantamiento de ciertas barreras defensivas, en particular las que organizan nuestra contratransferencia en respuesta a la transferencia. Este estado implica una permeabilidad de nuestra psique, una pérdida de las referencias individuales y de la membrana de paraexcitaciones que representa la teoría.

Escenas incongruentes, «recuerdos repentinos» más o menos olvidados, fragmentos de nuestra historia o de la de nuestros ancestros, vuelven y se imponen, fuera del contexto de lo que se dice en sesión. La historia indecible de la familia viene a decirse en la historia familiar del psicoanalista. *La genealogía de la familia a veces toma prestada la de los terapeutas.*

¿Cómo se presta el psicoanalista a recibir este material? Probablemente aceptando visitar su infancia, aceptando los reencuentros con sus propios recuerdos enterrados, a



veces prohibidos, aceptando reverdecir en los archivos familiares.

Poder dejarse tomar por tales pensamientos o imágenes fugaces, tolerar su intrusión, su efracción en nuestro sistema de pensamiento, su pasaje intempestivo, su incongruencia: es una de las dificultades pero también una de las necesidades de nuestra función terapéutica. Todas esas escenas servirán de intermediarios y de detectores a las prohibiciones y a los silencios transgeneracionales de la familia.

Sólo un análisis riguroso de esos elementos contratransferenciales nos autoriza a tomar la palabra entonces cargada del sentido de ese trabajo. Y la teoría está ahí para restaurar nuestra membrana paraexcitaciones y nuestra integridad psíquica por un momento amenazada e invadida por Visitantes Desconocidos.

Pero es preciso que tengamos algunos duelos en suspenso, algunos secretos inconfesables, algunos silencios transgeneracionales, algunos fantasmas errantes, para realizar este trabajo imposible...

## Bibliografía

- Freud, S. (1914) *Pour introduire le narcissisme*.
- Granjon, E. (1994) «L'élaboration du temps généalogique dans l'espace de la cure» en *Le groupe familial en psychothérapie*, RPPG N° 22.
- Granjon, E. (1995) «Traces et effets de traumatismes psychiques transgénérationnels» en *L'agressivité dans les groupes*, RPPG, N° 24.
- Granjon, E. (1997) «Figuration du traumatisme» en *L'objet, la figuration et le lien*, actas de las XII journées du COR, Arles.
- Kaës, R. (1993) *Le groupe et le sujet du groupe*, Dunod.
- Ruffiot, A. (1981). *La thérapie familiale psychanalytique*, Dunod.

## Resumen

*La autora retoma algunas nociones teóricas que atañen a la transmisión psíquica, el sufrimiento familiar, la indicación de terapia familiar psicoanalítica, para desarrollar más particularmente algunas hipótesis acerca de los traumatismos psíquicos antiguos o actuales, sus manifestaciones y sus efectos. Se aborda, a partir de la clínica, la posible transcripción de éstos en el espacio del tratamiento en terapia familiar psicoanalítica y el trabajo específico de análisis de la contratransferencia.*

## Summary

*The author takes into account some theoretical events that concern psychic transmission, family suffering and family psychoanalytic therapy indication to develop some hypothesis in particular those effects and manifestations of old and actual trauma.*

*Clinical approaching on their possible transcription during psychoanalytic family therapy and countertransference specific work is aborded.*

## Résumé

*L'auteur reprend quelques notions théoriques concernant la transmission psychique, la souffrance familiale, l'indication de thérapie familiale psychanalytique, pour développer plus particulièrement quelques hypothèses concernant les traumatismes psychiques anciens ou actuels, ses manifestations et ses effets. La reprise possible de ceux ci dans l'espace de la cure de thérapie familiale psychanalytique et le travail spécifique d'analyse du contre transfert sont abordés à partir de la clinique.*

# **Construcción del dispositivo y nuevas inscripciones \***

**Sara L. de Moscona \*\***

(\*) Agradezco al Licenciado Ignacio Lewcowicz sus valiosos aportes.

(\*\*) Miembro Titular y Vicepresidenta de la AAPPG. Socio Activo de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados (AEAPG) y coordinadora y docente del área de pareja y familia. Miembro Titular de APdeBA.

Bacacay 3251 (1406) Buenos Aires

Tel.: 4612-9981 - email: rmoscona@yahoo.com

### *Prácticas afectadas*

Según la mitología griega, Eros es fruto de la unión del recurso Poros, y de la pobreza Penía, por lo cual, lejos de ser un dios omnipotente, se presenta como una fuerza perpetuamente insatisfecha e inquieta. Del mismo modo funcionan para nosotros, los psicoanalistas, las teorías que supuestamente nos respaldan pero que no alcanzan a cubrirnos; ellas poseen algo de Poros y algo de Penía.

Por un lado, nos proveen de los instrumentos conceptuales para orientarnos en relación a los problemas que se van presentando en nuestro quehacer clínico cotidiano pero, por otra parte, son un intento siempre fallido de encarar lo inabordable dado que la clínica desafía y horada las teorías en juego.

Hoy no hay una teoría hegemónica. Se trata en cambio de poner a prueba conocimientos provisorios y situacionales que aspiran a plantear problemas, generar conjeturas e inventar recursos novedosos. En última instancia, se trata de legitimar nuestras prácticas, resaltando la importancia de un desorden fecundo dada la pluralidad conceptual que existe en el ámbito del psicoanálisis actual.

Una formación analítica debiera tener como eje esa diversidad teórica y clínica, y aún así esto no será suficiente.

Sólo el psicoanálisis que preserve su capacidad de implicación logrará inscribirse productivamente en el conjunto de prácticas. Esto no se consigue fácilmente. Se deberá perder la comodidad de lo instituido como saber renunciando a las suturas unificantes del pensamiento.

Al mismo tiempo, resulta imprescindible tener en consideración la dimensión ideológica como parte de la escucha analítica, lo que significa poner en cuestión la propia relación del analista con sus principios, modelos, reglas, costumbres, tradiciones, mitos y también con el sistema de valores imperantes en la cultura a la que pertenece.

En este sentido, la actitud freudiana hoy resulta paradigmática. Si algo se resistía a ser entendido, Freud no lo desechaba, sino que iba a la búsqueda de otro método o de otras teorías que lo hiciesen más comprensible. Como no disponía del cuerpo teórico del psicoanálisis por delante, debía descubrir sus contradicciones y limitaciones e intentar corregirse constantemente.

Por lo tanto, si hacemos honor a ese pasado, no sólo evocándolo, sino recuperándolo a los fines de asumir el presente en calidad de protagonistas, poniendo a prueba conocimientos provisorios y haciendo trabajar las teorías frente a la singularidad de los casos que las exceden, podríamos decir, parafraseando a Lacan, que «no renunciaríamos a unir nuestro horizonte a la subjetividad de la época».

Además de los desafíos de la clínica, actualmente son los nuevos paradigmas científicos los que nos colocan ante encrucijadas teóricas. Por un lado, el ideal epistemológico impone la exigencia de un objeto formal y abstracto, un método y una teoría que dé cuenta del campo a investigar. Pensamiento que para la ciencia epocal puede convertirse en una limitación y hasta en un obstáculo.

Por otro lado, nuevas posturas epistemológicas desdibujan las disciplinas y proponen un trabajo interdisciplinario. De modo tal que se las define, más que por el objeto, por los problemas y las estrategias de intervención. En este caso, se plantea la capacidad de poder identificar situaciones problemáticas y realizar intervenciones, cuya eficacia será evaluada con parámetros que están dictados por los efectos en el *a posteriori*.

Con esto quiero significar que, en lo que al psicoanálisis respecta, el avance se produjo no tanto por definir los límites de su acción sino por desafiar los límites de lo analizable, siendo que un límite no es sólo aquello ante lo cual algo se detiene, sino que puede considerarse también como un borde a partir del cual algo comienza a desplegarse.

Plantea G. Deleuze (1968) que sólo se piensa en el límite de lo no pensado y es así como se avanza hacia la conquista de nuevos territorios científicos.

Al aumentar el espectro de los límites de lo analizable y gracias a los pacientes que nos obligan a interrogar esos bordes, se abren nuevos campos para el psicoanálisis. Bordes de las teorías, bordes de las prácticas.

Poder situar al psicoanálisis como una práctica instituyente de subjetividad, reclama la posibilidad de teorizar acerca de las diversas prácticas en las que el analista está implicado, lo cual conduce a asumir el desfase entre el ideal y la práctica y a transformar ese recorrido en experiencia. Atravesamientos que también ponen en juego el reconocimiento y el peso que poseen las dimensiones científico-ideológicas en el compromiso con nuestro quehacer.

Propongo como hipótesis considerar *la variación de los dispositivos<sup>1</sup> como variación en la producción de subjetividad y no en el descubrimiento del objeto. No es ecléctica, sino que está reglada por la lectura a posteriori de los efectos.*

Si el dispositivo es variable, si la lectura de sus efectos es *a posteriori*, nos hallamos ante una temporalidad que no es la del proceso sino la de los tramos.

---

<sup>1</sup> A partir del origen etimológico, entiendo los diversos *dispositivos* psicoanalíticos («individual», de familia, de pareja, de análisis institucional) como recursos o instrumentos que *dispone* el analista, en un marco estipulado por las reglas del contrato analítico, y que favorecen la *disponibilidad* para propiciar condiciones de simbolización y subjetivación aptas para el despliegue de la situación analítica, situación esencialmente vincular, que aspira al abordaje de lo inconciente.

*Tramos y/o proceso*

En un trabajo anterior sostuve que el dispositivo desplegado en tramos de una trama, es una construcción conjunta analista-paciente; es el vínculo el que va haciendo aparecer las diferentes figuras del dispositivo.

Pero a esta altura se hace necesario distinguir entre tramos y proceso.

*Tramo* es un recorrido que forma parte de una trama. Trayecto al que le sucederán otros en cada uno de los cuales es posible leer los efectos, porque cada tramo tiene valor de producción por sí mismo.

En la noción de *proceso*, en cambio, el tramo es un segmento que forma parte de una recta que está configurada como parte de una totalidad. En términos de proceso, se tienen que integrar lógicamente momentos 1,2,3, etc.; lo cual exige la identidad continuada porque, por definición, proceso significa que todo varía menos una condición que es la que permite que todo varíe. El proceso va de comienzo a fin aunque el fin está en la base.

Pensado en términos de tramos, ya no importa variar el dispositivo, lo que sí importa son las lecturas que se hagan de esos tramos y los efectos que se produzcan en cada uno de ellos.

Lectura desde los efectos pero no desde una invariante, por lo que es mucho más radical la idea de cambio si en cada tramo tenemos que variar el instrumento para leer el cambio.

*Para cada tramo corresponde una construcción del dispositivo.* Como es dable observar, las ideas de tramo-trama y construcción del dispositivo resultan así muy solidarias. Esto supone la idea de un inconciente que produce efectos y sentidos conmoviendo el orden de lo ya establecido.



A su vez, esto empalma en el paradigma de la complejidad, de la multiplicidad.

Se podrá argumentar que ésta es una situación caótica en el sentido de que, a la vez que cambia el fenómeno, cambia el instrumento para leer el fenómeno, por lo que ya no tendremos nada fijo.

Si bien es cierto que estos posicionamientos nos dejan más desamparados, con las prácticas se han ido afinando algunos instrumentos en el psicoanálisis de pareja, familia, grupos, etc. Herramientas éstas que resultaron útiles y necesarias para la interpretación, el abordaje y la lectura de esos tramos. Lectura que, como ya dijimos, es cualitativa. Significa que el tramo no es una parte de un todo, ni una medida ni el segmento de una recta, de modo tal que se puede variar el dispositivo sin que el abordaje analítico pierda racionalidad dado que éste posee coherencia estratégica regulada por el principio del *a posteriori*.

El hecho de que los tramos no se puedan considerar como un todo, porque son otra cosa, conlleva consecuencias en la práctica. Por ejemplo, un sueño relatado en una sesión de psicoanálisis de pareja, no es lo mismo que dicho sueño contado en una sesión de análisis personal.

*La multiplicación de los dispositivos es simultáneamente la multiplicación de los instrumentos de lectura y de las capacidades para interpretar cada tramo. Sin embargo, tanto la indicación de tratamiento como la responsabilidad y el compromiso con el mismo, es competencia exclusiva del analista.*

#### *Acerca de la incertidumbre y de la indeterminación*

La incertidumbre se define como desconocimiento de las determinaciones que el objeto posee; en cambio la indeterminación, se podría entender como la naturaleza propia de lo que es.

En lo que concierne a las variaciones del dispositivo, es posible considerar dos vías.

Una de ellas es pensar que hay una incertidumbre esencial respecto del objeto; por lo que es posible variar el dispositivo para mejor conocer el objeto que siempre se escapa. Otra vía considera que los cambios se suscitan porque hay una indeterminación en el ser mismo de la subjetividad, por lo que al variar los dispositivos se van produciendo otras vías de subjetivación.

Si, además de la incertidumbre, está la indeterminación, entonces cada dispositivo no sólo dará acceso al conocimiento de zonas opacas o mudas imperceptibles desde la óptica de otro dispositivo, sino que determinará nuevas producciones de subjetividad.

*La dimensión de la indeterminación hace que la variación de los dispositivos además de alumbrar zonas ocultas, produzca zonas inexistentes previamente.*

A los fines de poder dar cuenta de estas conceptualizaciones, es necesario distinguir entre regla y ley, así como también entre diferencia y asimetría.

#### *Acerca de la regla y la ley*

Es Baudrillard (1998) quien diferencia el espacio de lo horizontal, como un lugar de producción de reglas, que es diferente a la evidencia de la ley: «Lo que se opone a la ley no es en absoluto la ausencia de la ley, es la regla». «*La regla juega con un encadenamiento inmanente de signos mientras que la ley se juega en un encadenamiento trascendente de signos. La regla es ciclo y recurrencia mientras que la ley es continuidad irreversible*» (el resaltado me pertenece).

Ocurre muchas veces que la ley, en su intento de establecer pautas generales que apunten a la universalidad,

termina siendo arbitraria y hasta inconsistente, ya que lo consensual tiende a la cosificación clasificatoria y estadística; tornándose por esta vía desconocedora e indiferente de las singularidades y de las particularidades.

Otro de los autores, Wittgenstein (1988), analiza la complejidad y la consistencia de los diferentes tipos de reglas; concibe reglas de diversas categorías y obligatoriedades:

- 1) Constitutivas, de nivel taxativo e inmodificable.
- 2) Procedimentales, de nivel histórico-contingente pero estables y fuertemente establecidas.
- 3) De evolución abierta, que dejan lugar para nuevas combinaciones creativas.

El mismo Wittgenstein plantea que es fundamental entender las reglas como parte del «juego social», de la interacción, ya que no son abstracciones ni entelequias, ni encadenamientos puramente formales. Surgen del compromiso del propio grupo, que prioriza lo vincular.

En la misma línea, Needham (1990) refiere, a partir de Confucio, la convivencia de dos tipos de legalidades en la cultura del pueblo chino: «Fa», que es la ley trascendente y vertical y «Li», que reglamenta los usos y costumbres que surgen como producto de los intercambios recíprocos.

Si el paciente, o la familia o una dada configuración a través de uno de sus miembros, pide que se modifique o se suplemente el dispositivo, entonces en gran parte es el vínculo analista-paciente, y no el saber del analista o su audacia, lo que va haciendo aparecer las distintas figuras del dispositivo.

Si así fuera, el dispositivo mismo es una producción vincular.

En ese caso, no sería el analista, por más libre y creativamente que se desempeñe en su labor, el que crea el dispositivo sino que será el analista vinculado (lo que no

excluye que éste se encuentre exento de dogmatismos teóricos y/o de prejuicios).

«El encuadre posibilita la instalación de un dispositivo que va a ir constituyendo sujetos de análisis que nunca podrán ser los mismos que aquellos que se constituyen en ausencia del analista y por lo tanto en otros contextos», (Puget, J., 2001). En consecuencia, la variación del dispositivo se debe no sólo a que se analizan vínculos diferentes sino a que los sujetos se entraman en composiciones vinculares diferentes.

Desde este punto de vista, *el dispositivo es la producción inmanente de reglas*. Se construye en presencia de paciente y analista, lo que plantea una transferencia vincular.

Este eje horizontal se suplementa y se retroalimenta en un circuito de intercambio recíproco con el eje vertical, el cual funciona sobre la producción trascendente de la ley. Esta trascendencia, en nuestro caso específico, nos refiere a los principios éticos del psicoanálisis, lo cual no debería confundirse con variabilidad táctica.

La horizontalización no suprime el eje vertical; mientras que este último está marcado por leyes básicas y principios éticos, el eje horizontal lo suplementa sin sustituirlo. Este suplemento agrega, altera, a la vez que inaugura un nuevo lugar.

### *El dispositivo como un pensar el vínculo desde el vínculo*

El objeto se construye con el otro, en un estado de precariedad permanente, abriendo posibilidades de intervención sobre el vínculo complejizado en la clínica de la presencia, en un estar-siendo-entre, que acontece cada vez.

Pensar el vínculo desde el vínculo es considerar que es la vincularidad lo que genera subjetividad y no el sujeto el

que se relaciona y hace vínculo con otro sujeto. Pensarse otro con otro, ésa es la cuestión.

Una subjetividad motorizada permanentemente por las exigencias de la vincularidad.

Al incluirse como posibles herramientas una diversidad de dispositivos, se multiplican los movimientos. Se da la oportunidad de elaborar la imposible reducción de la presencia del otro del vínculo a la representación que de ese otro se tiene.

*A su vez, pensar desde el dispositivo no es pensar desde el lugar desde donde ocurre el vínculo sino que es el mismo vínculo. Alude al estar-siendo-entre, que acontece cada vez, pero este cada vez entre pacientes y analista, es un pensar desde el dispositivo en un estar estableciendo las reglas en cada tramo.*

Tal vez parte del obstáculo para entender este abordaje consiste en que, desde la tradición psicoanalítica, el analista aparece como el que instituye las reglas del juego.

Habría un modelo, una subjetividad instituida de analista, formado por las marcas instituyentes de su análisis personal y/o vincular; la propia formación recibida por los maestros, seminarios y cursos en grupos de pares. Aun así, en el mejor de los casos, si este modelo no se revisa, puede ser poco plástico para la construcción del dispositivo, ya que si todo está instituido en su perfil, el analista opera sólo desde una legalidad trascendente.

No cabe duda de que hay múltiples leyes que el analista sostiene permanentemente, donde la abstinencia en todas sus formas está en la base, pero esto no significa que el dispositivo sea una ley, pues llevaría a confundir los principios éticos del psicoanálisis con las reglas del dispositivo, con lo cual se suprime la capacidad de producir reglas que vayan variando el dispositivo; lo que atentará contra la creatividad vincular que es esencialmente situacional.

En síntesis, sostengo que el dispositivo se construye en una labor-con; en un trabajo en colaboración. Es el espacio de producción de la regla y no sólo una terceridad trascendente, por lo que no es fijo sino que puede variar en función de una regla inmanente. Un entre-dos que habilita la producción de aperturas inéditas.

Sin embargo, se impone una aclaración: el devenir del analista en inmanencia, no significa un «todo vale», como tampoco se trata de «autogestión». La clave de la validación está en la lectura *a posteriori* de los efectos.

#### *Acerca de la asimetría y de la diferencia*

Todas estas ideas nos conducen a repensar el concepto de asimetría. Temática, si bien cara para el psicoanálisis, muy difícil de dilucidar, ya que en general tendemos a ver asimetría allí donde hay diferencia.

*Diferencia* significa que no hay equivalencia entre analista y paciente. En tanto que *asimetría* implicaría que de un lado hay más y del otro hay menos, lo que conduciría rápidamente a imaginarnos que el poder puede estar de un lado y la sumisión del otro, por lo que la ética del psicoanálisis consistiría en regular el poder que se posee.

Trabajos importantísimos, como «La dirección de la cura y los principios de su poder» (J. Lacan, 1958), o textos como *La violencia de la interpretación* (P. Aulagnier, 1975), dan cuenta de ello.

La transformación de alguno de estos trabajos en puntos de certeza cristalizó la evidencia de la asimetría, siendo ésta encubridora de la diferencia.

El dispositivo, pensado desde la asimetría, es una disposición del analista; es éste quien se dispone a... y, en el mejor de los casos, por su capacidad y sus dotes personales, será un analista creativo.

El dispositivo pensado desde la diferencia, es una *construcción con* los pacientes y ya no tiene que ser libre porque ya lo es, sino que tiene que «dejarse tomar» por la configuración vincular de que se trate, y allí se jugarán las diversas modalidades de la transferencia. En este caso es el vínculo con los pacientes lo que dispara la creatividad del conjunto.

No cabe duda de que hay muchas situaciones de asimetría. También debe de haber muchos puntos de diferencia y una tarea bastante importante es encontrar los caminos para discernir cuándo se trata de una y cuándo se trata de otra.

Plantea Puget (2001) que «La transferencia tradicionalmente transcurre en el espacio organizado por las diferencias sexuales, generacionales, fantasía, realidad, etc. Mientras que en el vínculo la transferencia emerge de la relación con otro producida por el efecto “otro” o sea el efecto de imposición.»

*«Asimetría» marcaría un más y un menos; «diferencia» es heterogeneidad cualitativa. Según la diferencia que se va produciendo, va a aparecer la regla capaz de potenciarla y de realizar una producción novedosa, que tendrá que ver con cada situación, donde la regla consiste en construir la regla.* Perspectiva ésta que trata de ampliar el campo de la responsabilidad de y por los vínculos, en un devenir otro con otros.

Pensar en términos de asimetría lleva, aunque no se quiera, a un planteo moral; pensar en términos de diferencia lleva a una ética.

*Dispositivos vinculares, marcas instituyentes, praxis de una ética*

El psicoanálisis, en este sentido, podría considerarse como la praxis de una ética, donde la situación analítica

como experiencia, instituye marcas y puede constituirse en un espacio productor de subjetividad en la medida en que la vincularidad entre analista-paciente produzca un trabajo de simbolización permanente sobre las diferencias y sus efectos, donde la presencia del otro, en tanto alteridad, conlleva implícita la idea de un diferente-semejante, un prójimo-prójimo, por lo que éste tiene de propio y de ajeno.

Es una apuesta a la vincularidad y a la ligadura que, en tanto complejidad estructurante, está en franca oposición a la desinversión.

Dice Berenstein (2001): «Lo vincular funda otra ética: la que se deriva de la consideración de lo ajeno del otro, la que desecha quererlo o aceptarlo por ser un semejante y propone al sujeto la tarea de incluirlo o aceptarlo (diferente de amarlo), en tanto otro ajeno».

Ética que se opone a otra ética, que funciona con la semejanza o la identidad en la base, donde el «somos todos iguales» no es más que la subsunción de lo otro en lo mismo.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Partiendo de la conceptualización de G. Deleuze (1968), se podrían remarcar dos modos o dos posibilidades de pensar la diferencia: –Un pensar la diferencia desde la semejanza, siendo esta última del orden de la identidad o por el contrario, –un pensar la semejanza desde la diferencia. Esto significa que en vez de estar tomados por la identidad como base, somos devenires, manifestaciones puntuales de singularidades.

«Somos todos diferentes» en vez de «somos todos iguales», por ende, no tenemos una idea fundamentada en la identidad del concepto. *Estar-siendo-entre* que acontece cada vez, (ver pág. 5), es lo que llamaríamos repetición de la diferencia. Ese *cada vez*, es un entre que construye semejanzas a partir de las diferencias. Se trata de dos proposiciones de valor desigual e incompatibles.

Respecto a pensar la semejanza desde la diferencia, dice Deleuze: «... que sea la diferencia en sí misma articulación y ligazón, que relacione lo diferente con lo diferente sin ninguna mediación de lo idéntico a lo semejante, lo análogo o lo opuesto»... «Es preciso



El goce «civilizado» de la cultura del malestar hoy, es, según S. Colette (1996), el impulso hacia lo mismo, la homogeneización, la unificación masiva de los modos de vida y la fragmentación del lazo social. «Las grandes consecuencias se ven en el lazo social global, en el régimen de competencia feroz que preside las relaciones entre los seres». La autora considera la vigencia de un «narcisismo cínico», que no respeta ninguna forma, donde todas las jugadas están permitidas.

Estas encrucijadas hacen que no podamos tener esperanza de predecir el futuro del hombre, pero podemos influir sobre él. El sentido que cada sujeto imprime a su vida lo responsabiliza, pero también lo trasciende. Nosotros, sus compañeros de la humanidad, heredamos ese legado y a su vez adquirimos una deuda con las futuras generaciones.

«Heredar transformando» para lograr mejores condiciones de vida, es una decisión ética que cada generación debe asumir. Legado freudiano que nos implica y que nos responsabiliza como sujetos pertenecientes al universo y al momento histórico que nos toca vivir.

Herencia es la operación que realiza el heredero para diferenciar lo que es patrimonio de lo que es lastre; lo que es obstáculo de lo que es recurso. Hay un trabajo de deconstrucción, de creación de nuevos sentidos y no sólo un legado.

Estas temáticas nos movilizan a seguir investigando acerca de cómo se construye el camino de la subjetivación. Cómo poder significar lo propio y a su vez reconocer la alteridad y lo ajeno sin desvalorizar, destruir o aniquilar, al semejante en los distintos anudamientos que actualmente pueden coexistir como modos diferentes de producir lazo social.

---

mostrar cómo la diferencia va difiriendo». «Teatro sin nada fijo, o laberinto sin hilo (Ariadna se ha colgado)».

Coincido con el pensamiento de Kovadloff (2001), cuando dice que: «La ética irrumpiría como un acto de vigilia en favor de la preservación de la diferencia, entendida, no como un rasgo jerárquico entre uno y otro, sino como la consideración del otro en el sentido de la estima solidaria que hace de uno alguien. El anonadamiento y la desestima del otro en cambio, hace de uno nadie».

No hay ética que no sea tal respecto a la producción de diferencia simbólica. Este punto es válido para ambos ejes, horizontal y vertical. Pero, por otro lado, cada agrupamiento y cada vínculo produce sus propias estipulaciones y sus reglas inmanentes, situación por situación.

Podría decirse que la ética perteneciente al eje vertical es prescriptiva, general y trascendente; mientras que la ética de los vínculos que apoyan sobre el eje horizontal, es situacional.

Se trata de una ética del tiempo que rehabilita el futuro, pero que debemos empezar a demostrar en el aquí y ahora, tomando como ejes la implicación y la responsabilidad, si logramos sostener la angustia como señal en el yo sin apartarla ni disiparla y si no nos acomodamos fácilmente al malestar.

Pienso en una ética que propicia la vincularidad como valor generador de marcas instituyentes y que a su vez sostiene la instalación de límites que garantizan la preservación de los espacios culturales, sociales y naturales, donde el diferente es un semejante, en su dimensión de alteridad irreductible, donde el otro es un prójimo-próximo.

## Bibliografía

- Aguiar, E.; Moscona, S. (coord.) y otros (1997) «Intervenciones en la clínica vincular. Tramos para la trama». XI jornadas A.A.P.P.G. *Actas*.
- Aulagnier, P. (1984) *El aprendiz de historiador y el maestro brujo*. Buenos Aires. Ed. Amorrortu, 1986.
- (1975) *La violencia de la interpretación*. Amorrortu Editores, 1977.
- Baudrillard, J. (1998) *De la seducción*. Editorial Cátedra. Madrid, 1998.
- Berenstein, I. (2000). *El sujeto y el otro: de la ausencia a la presencia*. Editorial Paidós, 2001.
- Campagno, M; Lewcowicz, I. *La historia sin objeto. Prácticas situaciones, singularidades*. 1998.
- Deleuze, G. (1968) *Diferencia y repetición*. Júcar Universidad. España, 1988.
- Gaspari, R. (2001) «¿Cómo pensar la abstinencia desde una perspectiva psicoanalítica vincular?». *II Congreso Argentino de psicoanálisis de familia y pareja. Teoría y clínica de los vínculos. Foro Tomo II*.
- Glasman, G.; Palonsky, S.; Spanier, S. (2000) «El Objeto cuestionado». *II Congreso Argentino de Psicoanálisis de Familia y Pareja. Foro, Tomo II*, 2001.
- Kovadloff, S. (2001) «Ética y confianza». Conferencia Sociedad Hebraica Argentina, 12/1/2001.
- Lacan, J. (1964) La dirección de la cura y los principios de su poder. *Escritos II*. Bs.As., 1987.
- Lewcowicz, I. (2001) *Comunicación personal*.
- Matus, S.; Rojas, M.C. (2000) «Clínica de las redes: Otra perspectiva en el psicoanálisis de los vínculos». *FAPCV. III Jornadas Nacionales: Teoría y clínica vincular psicoanalítica año 2000*.
- Mauer, S.; Moscona, S.; Resnizki, S. (1995) «Encuadre de supervisión». XVII Simposio y Congreso Interno de APdeBA. 1995.
- Mauer, S.; Moscona, S.; Resnizki, S. (2001) «Acerca de la ética». XXIII Simposio y Congreso Interno ApdeBA, 2001.
- Morin, E. (1994) *Epistemología de la complejidad en nuevos paradigmas cultura y subjetividad*. Paidós 1994.
- Moscona, S. «El trabajo interdisciplinario». Panel AA-PPG: Dto de familia, 1999.
- Moscona, S. «Vínculos que apoyan en el eje de la paridad». *Revista de Psicología y Psi-*

- coterapia de grupo*, Vol. XXIV, Nro 1 (2001).
- Moscona, S. «Construcción del dispositivo». *II Congreso Argentino de Psicoanálisis de Familia y Pareja*.
- Needam, J. (1990) *Ciencias y sociedad en oriente y occidente* Bs. As. Alianza, 1990.
- Puget, J. (2001) «Final de análisis enclave de diferencia» Mesa Redonda AAPPG, 2001.
- Rajnerman, G. (2000) «¿Vicisitudes? del encuadre en la clínica vincular». *Rev. AAPPG. Los ideales, entre modelo y obstáculo* XXIII; 1, 2000.
- Soler, C. (1996) *La maldición sobre el sexo*. Manantial, Bs. As. (2000)
- Wittgenstein, L. (1988) *Investigaciones Filosóficas*. Ed. Crítica Barcelona, 1988.

## Resumen

*El dispositivo desplegado en tramos de una trama, es una construcción conjunta analista-paciente. Un modo de «estar-siendo-entre que acontece cada vez».*

*Esto significa que no sólo pueden cambiar las distintas figuras de los dispositivos (en simultaneidad y/o en sucesividad), sino también los instrumentos para leer dicho cambio.*

*Variación que no es ecléctica, sino que está reglada por la lectura a posteriori de los efectos.*

*Para poder dar cuenta de esta compleja red de subjetivación y apuntalamiento, la autora intenta diferenciar: tramo y proceso, incertidumbre y determinación, regla inmanente y ley trascendente, así como también diferencia y asimetría.*

*Es una apuesta y un intento de pensar el vínculo desde el vínculo.*

*La autora se refiere, por último, a los dispositivos vinculares como productores de marcas instituyentes; lo relaciona a la ética del psicoanálisis; ética de la diferencia.*

## Summary

*The setting displayed in sections of one net is an altogether construction analyst-patient. A way of «being between that takes place each time». This signifies that not only different persons can change from these settings (simultaneously or successively) but also that the instrument to read changes.*

*This variation is not eclectic, it is ruled by a posterior effect's reading.*

*To give notice of this complex not of subjectivation and support the author means to differentiate: woof process, uncertainty determination, immanent rules of transcendent law, also difference in asymetry.*

*It is a bet and an intention of thinking link from itself.*

*Lastly it refer to link settings as productors of instituting marks. The author relates them to psychoanalysis ethics, ethics of the difference.*

## Résumé

*Le dispositif déployé dans les parcours d'une trame est une construction d'ensemble entre analyste et patient. Une façon d'«être-en étant-entre qui a lieu à chaque fois».*

*Ce qui signifie que non seulement les différentes figures des dispositifs peuvent changer (simultanément ou successivement), mais encore les instruments qui permettent d'appréhender ces changements.*

*Une variation non éclectique, mais plutôt régie par la lecture en après-coup des effets.*

*Pour pouvoir rendre compte de ce croisement complexe de subjectivation et d'étayage, l'auteur essaie de différencier: trajet de processus, incertitude de déter-*

*mination, règle immanente de loi transcendante, ainsi que différence d'asymétrie.*

*C'est un pari, et une tentative de penser le lien à partir du lien lui-même.*

*L'auteur fait allusion, finalement, aux dispositifs des liens en tant que producteurs de marques instituanes: elle lie cela à l'éthique de la psychanalyse, éthique de la différence.*

**Dinámica vincular:  
territorios creados  
en el juego**

**Denise Najmanovich \***

(\*) Doctora por la Pontificia Universidad Católica de San Pablo, Brasil. Profesora Titular de Epistemología de las Ciencias Sociales, Universidad CAECE, Argentina. Vicepresidenta de FUNDARED (Fundación para la Promoción de las Redes Sociales).  
E-mail: najmanov@mail.retina.ar - Tel.: 4771-2676 y 4778-7715.



*«Pero el hecho de ser dos, todo lo cambia. Y no es que la tarea se vuelva dos veces más fácil, no: de imposible se vuelve posible».*

René Daumal, *El monte análogo*

### *Los vínculos existen sólo cuando pueden no existir*

Esta presentación puede parecer paradójica, y justamente por eso la considero un buen punto de partida, en la medida en que he elegido seguir los sabios consejos de Bachelard e ir por donde la razón gusta de estar en peligro.

Las relaciones que tenemos como necesarias, esenciales, obligatorias e irrevocables no pertenecen a lo vincular, sino que se inscriben dentro de lo identitario<sup>1</sup>. Al hacer esta aclaración, ya estoy adelantando el punto de vista desde el cual quisiera que nos ubiquemos para poder pensar los vínculos con una óptica distinta a la que se ha privilegiado en Occidente desde la antigüedad. Entidades y relaciones fueron pensadas como totalmente definidas, determinadas, absolutas y eternas desde los lejanos tiempos de Platón hasta los más cercanos del Positivismo Lógico o del Estructuralismo. Sin embargo, en las últimas décadas otros paradigmas, otras perspectivas conceptuales han comenzado a crear la posibilidad de pensar de una manera diferente.

El modo clásico de abordar la cuestión nos constriñe a un mundo abstracto, a relaciones fijas, a entidades cerradas, completamente determinadas y definidas, y a leyes eternas e inmutables. Múltiples perspectivas contemporá-

---

<sup>1</sup> Es importante destacar que un pensamiento rigurosamente identitario resulta completamente estéril y se detiene en la afirmación de la unidad, concebida como eterna, inmóvil e indivisible. Parménides ha sido el pensador que más cerca estuvo de esta postura, pero ni siquiera él logró construir una filosofía completamente pura e incontaminada.

neas han aceptado el desafío de pensar de otra forma, de abordar la complejidad, de dar cuenta de la diversidad y el cambio. En las últimas décadas ha surgido con fuerza un modo de pensar que nos permite salir del mundo platónico, del «Topos Uranos» poblado de arquetipos eternos e ideas puras: el enfoque de la complejidad.<sup>2</sup> Se trata de encarar un pensamiento capaz de dar cuenta de la dinámica, es decir, una mirada que incluya al tiempo como variable interna, como expresión del cambio y la transformación. En esta concepción los vínculos no son conexiones entre entidades (objetos o sujetos) preexistentes, ni estructuras fijas e independientes, sino que los *vínculos emergen simultáneamente con aquello que enlazan en una dinámica de autoorganización*. Se trata entonces de pasar de un *único mundo compuesto por elementos y relaciones* fijadas por las leyes de la lógica clásica a «*multimundos*» donde «*unidades heterogéneas*» y *vínculos*<sup>3</sup> no tienen un sentido unívoco, no están completamente determinados, no existen independientemente sino que emergen y co-evolucionan en una dinámica creativa: el juego de la vida.

Antes de proseguir nuestro itinerario es imprescindible hacer una advertencia: la manera en que usamos el lenguaje habitualmente trae embebida la perspectiva conceptual identitaria y tanto las corrientes del positivismo lógico como las estructuralistas han contribuido a consolidar esta posición. Por lo tanto, tendremos que extremar las precau-

---

<sup>2</sup> Utilizo la expresión «enfoque de la complejidad» para nombrar a un conjunto heterogéneo de teorías y programas de investigación que han aceptado el desafío de pensar en una dinámica que no es un despliegue de lo mismo, un mero desplazamiento regido por leyes causales eternas, sino una transformación emergente en un proceso no totalmente determinado, abierto al azar y a la creación de novedad.

<sup>3</sup> Utilizo la denominación de «unidad heterogénea» para aquellas organizaciones complejas que se forman en una dinámica al mismo tiempo que participan en ella, más adelante trataré en detalle la cuestión. Tomé la idea de Edgar Morin pero cambiando su «Unidad Múltiple» por «Unidad Heterogénea» para destacar más aún la paradoja implícita en su concepción.

ciones en nuestra presentación, dado que no tenemos otro instrumento que el propio lenguaje para hacerla. Se trata entonces de generar un territorio capaz de rebasar sus propios límites para dar cuenta de otras posibilidades conceptuales. Seguiré para ello los sabios consejos de Jorge Luis Borges cuando nos dijo que «*la literatura es un juego de convenciones tácitas. Violarlas parcial o totalmente es una de las numerosas alegrías (una de las numerosas obligaciones), cuyos límites se desconocen*». <sup>4</sup> La tarea es tan ardua como deliciosa, y en este camino nos encontraremos muchas veces con encantadoras criaturas que ya forman parte del paisaje vital contemporáneo, a pesar de ser totalmente indigestas para la lógica identitaria. Términos paradójicos como «Realidad Virtual», «Estructuras Disipativas», «Unidades Heterogéneas», «Sujeto Encarnado», «Cuerpo Colectivo», «Caos Determinista» y «Sistemas Autoorganizados» van impregnando el imaginario social de otras posibilidades y nos desafían a abrir el campo del pensamiento hacia nuevas dimensiones.

La perspectiva desde la que propongo pensar los vínculos será entonces aquella que nos lleve a desachatar el mundo monológico <sup>5</sup> signado por la pretensión identitaria. No se trata de un pensamiento «alternativo» o de una «visión complementaria» a la de la lógica clásica, sino más bien de insuflar sentido, de ir más allá, de abrir una puerta evolutiva que nos permita pensar multidimensionalmente.

La lógica clásica nos provee de un sistema para garantizar la transmisión de la verdad a través del razonamiento deductivo. Sin embargo, sus presupuestos distan mucho de ser tan «evidentes» como sus creadores y divulgadores han

---

<sup>4</sup> Citado por Dupuy, J. P. en «En torno a la autodeconstrucción de las convenciones» en *El Ojo del Observador*, Watzlawick, P. y Krieg, P. (comp.), Gedisa, Barcelona, 1994.

<sup>5</sup> Entendiendo monológico en el doble sentido de *una sola lógica* (la lógica clásica o lógica identitaria) y como una *incapacidad constitucional para el diálogo*.

sostenido y perseveran en afirmar, a pesar de las múltiples fisuras que el sistema ha mostrado, especialmente en lo que respecta a la concepción del lenguaje sobre la que se ha construido. El universo de las «leyes lógicas» nos presenta un mundo plano en el que se privilegia la pregunta por la verdad dando por supuesta la univocidad y plenitud del significado, es decir, suponiendo que es posible cuadrangular la experiencia humana del mundo en compartimentos estancos completamente definidos e independientes unos de otros. Los desarrollos contemporáneos nos llevan hacia otros paisajes, mucho más ricos y complejos, en los que *la pregunta por el sentido precede a la pregunta por la verdad*, y en los que la polisemia ha adquirido carta de ciudadanía en una filosofía del lenguaje que se aleja velozmente de la pretensión de «claridad y distinción» y de la búsqueda de estructuras y leyes eternas y abstractas, para reconocer que *el juego lingüístico pertenece al ámbito más amplio de las interacciones humanas en la corriente de la vida*. Particularmente importantes son las líneas de investigación que se abrieron a partir de los trabajos de Wittgenstein sobre los «Juegos del lenguaje»: los trabajos de Rosh en teoría de la categorización y los de Lakoff y Johnson en lingüística y filosofía del lenguaje.

El mundo humano está embebido en el lenguaje: nuestra forma de vincularnos con el mundo y de producir conocimiento es fundamentalmente lingüística, aunque desde luego no es la única forma de interacción ni una vía exclusiva o separada de otros vínculos con el mundo. Lejos de las pretensiones estructuralistas<sup>6</sup> y de los supuestos de positivismo lógico, muchas perspectivas contemporáneas *están privilegiando la pregunta por la producción de sentido desde una concepción multidimensional de la experiencia*

---

<sup>6</sup> Pretensiones que muy injustamente le atribuyen a Saussure mucho más –y también mucho menos– de lo que este autor ha afirmado. La afirmación saussureana del lenguaje como sistema, no implica necesariamente la creencia en una estructura *a priori* y eterna, esta afirmación corre por cuenta de ciertas interpretaciones estructuralistas que han achatado el riquísimo pensamiento de este autor.

*humana del mundo*. Por ese motivo he considerado que resultará sumamente productivo acercarnos a la problemática de los vínculos *considerando simultáneamente tanto la dimensión lingüística del problema como la dimensión interactiva más general*. En esta búsqueda, las paradojas, lejos de presentarse como ofuscaciones del pensamiento, nos darán un horizonte de sentido diferente: nos mostrarán los límites insalvables de la lógica clásica y nos permitirán lanzarnos a otros mundos posibles. Lo que desde el punto de vista tradicional es una barrera infranqueable, un callejón sin salida o un círculo vicioso, habrá de convertirse en una oportunidad para ampliar el paisaje cognitivo y el campo experiencial. Tomando las sabias palabras de Heinz von Foerster, *podemos utilizar las paradojas «como dispositivos creativos o círculos virtuosos»* (von Foerster, 1991). Seguiré el camino iniciado con los aportes de Castoriadis que cuestionan el privilegio de la lógica conjuntista identitaria, los desarrollos en lógicas borrosas, el enfoque de Morin sobre el pensamiento complejo y la dinámica organizacional, las contribuciones de Atlan, Maturana y Varela sobre la autoorganización.

Aquello que la lógica identitaria asume como principios –Identidad, No Contradicción y Tercero Excluido– establecen lo que es posible para esa forma de pensar<sup>7</sup> y también definen aquello que queda excluido de su campo: todo lo que sea borroso, indeterminado, vago, confuso, fluido, múltiple, irregular, cambiante, vincular, azaroso, híbrido, ambiguo, poroso, permeable. La lógica clásica (identitaria o «conjuntista identitaria» como gusta llamarla Castoriadis) es una forma de pensar que *se basa en la exclusión de la diferencia, en la afirmación del ser como absolutamente determinado, en la excomunión del tiempo y en el establecimiento de límites infranqueables*. Las paradojas nos muestran los bordes inexpugnables de la lógica clásica, lo

---

<sup>7</sup> No para el pensar en general, sino para esa peculiar instancia del pensamiento: la de la racionalidad clásica, que petulantemente se ha concebido a sí misma como la única forma correcta de pensar, relegando a todas las demás a la categoría de irracionales.

que podemos lograr con ella, y lo que está fuera de sus posibilidades. Es por ello que un pensamiento que se ha supuesto a sí mismo como absoluto y total, como universal y eterno, ha luchado por desalojar esos seres molestos del mundo del conocimiento. Por suerte el intento ha sido vano, porque su expulsión hubiera significado el aniquilamiento del pensamiento mismo: la pureza por definición es estéril.

*Más allá de la inmaculada concepción*

*«Alcanzamos significado mediante nuestros vínculos».*

Connie Palmen, *La amistad*

Para poder abrirse a un pensamiento que haga lugar a los vínculos –entendidos en el sentido dinámico y no como relaciones prefijadas–, a la diversidad<sup>8</sup> y a la transformación, es imprescindible un cambio de mirada cuyo punto crucial es el abandono de la perspectiva instaurada por la lógica clásica y la «Filosofía de la Escisión». Es preciso *«poner las paradojas en movimiento para que puedan aparecer nuevos planos de realidad, nuevos mundos posibles para explorar y enriquecernos»* (Najmanovich, D., 2001a).

Comenzaremos esta tarea llamando la atención sobre el hecho de que uno de los primeros frutos de la reflexión<sup>9</sup> identitaria llevó al surgimiento de la forma de pensar dicotómica. La filosa lógica Parmenidea, al mismo tiempo que afirmaba sólo la existencia del «ser», no pudo dejar de

---

<sup>8</sup> En el mundo de la pureza, la diversidad no tiene lugar. Sólo se admite una multiplicidad combinatoria, es decir, una apariencia de diversidad reductible a la unidad.

<sup>9</sup> La reflexión es justamente un procedimiento imposible si se cumple a rajatabla los requisitos de la lógica identitaria. No hay forma, desde sus presupuestos, de producir un bucle de auto-referencia, un proceso necesariamente reflexivo, porque ésta es la forma en que se engendran las paradojas. Reflexionar implica salirse del ser, aceptar su apertura, su no-completud, su variabilidad.

mencionar al «no-ser». Aunque sólo lo nombrara para negarlo, le dio consistencia y lugar en su propio discurso. Como esto resultaba intolerable, la operación fue acompañada de otra que escindió al universo en «apariencia y realidad» iniciando un proceso infinito de producción de divisiones binarias. *Episteme* y *doxa*, unidad y multiplicidad, cambio y estabilidad, continuo y discontinuo, finito e infinito, sensible e inteligible, forma y materia, acto y potencia, cuerpo y mente, sujeto y objeto, son algunas de las dicotomías que han brotado a partir de la simiente que plantó Parménides y que sus discípulos hicieron germinar en los campos del pensamiento Occidental dando lugar la tradición que denominamos «Filosofía de la Escisión».

Sólo podremos salir del jardín de las bifurcaciones dicotómicas si somos capaces de atravesar la compuerta de la paradoja que originó este paisaje: la afirmación parmenídea del «ser» como único e indivisible, es decir, no escindido. *Esta unidad original sin fisuras (en griego, átomo, es decir, indivisible) es la condición de posibilidad de la infinidad de bifurcaciones, rupturas y desgarramientos que ha caracterizado a la filosofía occidental.*

Si, en lugar de partir de una entidad concebida como unidad pura, indivisible e impenetrable, ladrillo básico de una única realidad (concebida como LA REALIDAD), iniciamos nuestro camino desde una no-dualidad fundante, podremos construir una perspectiva que, en lugar de eludir las paradojas achatando el espacio del pensamiento, nos permita hacernos cargo del desafío que nos plantean y darnos la oportunidad de salir del círculo vicioso de las oposiciones dicotómicas, creando un círculo virtuoso merced a una dinámica creativa.

Desde la perspectiva del pensamiento identitario, toda entidad es eterna, está absolutamente determinada y puede ser definida unívocamente. Esto es válido tanto para los elementos físicos, como para las palabras o los conceptos. *El pensamiento no dualista, en cambio, está fuertemente enraizado en el tiempo entendido como creación, como*

*producción de diferencias, como transformación, como devenir.* De esta manera, subvertimos radicalmente nuestra forma usual de pensar y de hablar, basada en un lenguaje y pensamiento de «objetos» (sustantivos) dotados de existencia propia e independiente, para pasar a un juego lingüístico centrado en la acción, en los verbos, es decir, regido por una perspectiva dinámica de transformación e intercambio. Si llevamos estas nociones al campo de las relaciones humanas podemos decir que el «sujeto» no «es» sino que «adviene» y «deviene» en y por los intercambios sociales en los que participa y en cuyo ambiente está embebido. Esto nos lleva a una concepción completamente distinta a la Moderna respecto del hombre. Es más, si somos consecuentes, implica la necesidad de dejar atrás el «Sujeto» y comenzar a pensar en términos de producción de subjetividad en una dinámica vincular,<sup>10</sup> ya que no nacemos «sujetos», llegamos a serlo a partir de juegos sociales específicos.<sup>11</sup> Desde esta mirada, la sociedad tampoco es una colección de sujetos-individuos, ni la realización de una estructura preestablecida, sino un producto particular de la interacción sostenida de seres humanos que genera configuraciones relacionales dotadas de una estabilidad relativa<sup>12</sup> y que varían en el tiempo, dando lugar a una historia que no está prefigurada ni tiene un destino marcado. *La sociedad emerge en un momento dado por un proceso de auto-organización y en el mismo proceso se gesta el sujeto.* No hay sujeto previo ni independiente de la sociedad, no hay sociedad anterior a la interacción. Toda emergencia

---

<sup>10</sup> Nótese que vamos deslizándonos hacia la utilización de «dinámica vincular» en lugar de «vínculos» para resaltar la diferencia con la noción atomista o estructuralista de relaciones fijas, abstractas y *a priori*.

<sup>11</sup> Juegos que se han dado en la modernidad a partir de la vida urbana, el desarrollo del capitalismo y la organización social propia de las democracias modernas.

<sup>12</sup> No se trata aquí de una sociedad abstracta, sino de las que los distintos colectivos humanos crean a partir de las formas peculiares de interacción entre sí y con su medio ambiente, sociedades particulares que no pueden subsumirse en ningún arquetipo único (ni estructural ni de ninguna otra clase).



es siempre una co-emergencia: no hay dicotomía sino no-dualidad. No todo colectivo o conjunto humano es una sociedad, sólo tiene sentido hablar de sociedad cuando se ha dado una cierta *configuración*, se han establecido lazos dotados de una cierta *consistencia y estabilidad*, se ha generado un modo común de producción de sentido, dentro de una dinámica que tiende a generar una distinción entre un adentro y un afuera que se mantiene en y a partir de las interacciones. Es por eso que es posible considerar que las sociedades surgen por un proceso de autoorganización: no hay líneas causales, no hay fuerzas externas que gobiernen el proceso, sino una dinámica que genera una configuración nueva. Sólo cuando emerge la sociedad como sistema autoorganizado, tiene sentido hablar de «partes» o «elementos» –en este caso, sujetos.

Si prestamos atención a la narración anterior, podemos ver un peculiar devenir temporal en forma de bucle: *la sociedad crea los sujetos que crean a la sociedad que los hace ser tales*. Esta dinámica es característica de todos los procesos de auto-organización. Al nacer una organización, se generan bordes y límites, se establecen diferencias entre un adentro y un afuera, se diferencia lo propio de lo ajeno. Pero *es por y a través de la dinámica que las cosas existen como tales*: los límites no son absolutos, las propiedades no son esenciales, los destinos no son eternos; los sistemas autoorganizados nacen y viven en los intercambios, no existen antes o independientemente de los movimientos que les dan origen.

Entender la dinámica de la autoorganización, implica dar cuenta de lo que Francisco Varela llamó «Circularidades creativas», es decir, del hecho de que pensar los orígenes es adentrarse en el terreno de las paradojas y dejar atrás el territorio conocido. Los mapas conceptuales de la filosofía de la escisión ya no resultan útiles. *Necesitamos nuevas cartografías, y sobre todo, nuevas formas de cartografiar: debemos buscar otros instrumentos conceptuales y crear nuevas herramientas que nos permitan movernos sobre terrenos en movimiento.*

*Cartografiando territorios fluidos*

«Diversas aguas fluyen para los que se  
bañan en los mismos ríos,  
Y también las almas se evaporan en las  
aguas».

Heráclito

Para comprender la dinámica vincular autoorganizadora, es preciso repensar el concepto de límite que había sido establecido por el pensamiento heredado según oposiciones insalvables entre términos completamente puros en sí mismos y radicalmente independientes: lo propio y lo ajeno, el Yo y el Otro, adentro y afuera. Desde la mirada dicotómica, el límite separa drásticamente un exterior y un interior, no hay comunicación entre una entidad y el medio que la circunda. A estos límites insalvables he de llamarlos «límites-limitantes» y son los únicos que legítimamente pueden entrar en los mapas cognitivos forjados por la perspectiva identitaria. Sin embargo, sabemos bien que no son la única clase de límites que somos capaces de concebir y vivenciar: las fronteras entre países son transitables, la membrana celular es permeable, la piel es porosa, el lenguaje no es unívoco. *En todos estos casos, el adentro y el afuera se definen y se sostienen a partir de una dinámica de intercambios.* Ya no estamos hablando de barreras insuperables, sino de la conformación de una «unidad heterogénea» como una célula, un organismo, un imaginario social, que es siempre una «organización compleja», producida en una dinámica, que va formando límites que llamaré «límites fundantes». Estos límites no son fijos, ni rígidos, no pertenecen al universo de lo claro y distinto: son *interfaces mediadoras*, sistemas de intercambio y en intercambio, se caracterizan por una *permeabilidad diferencial* que establece una alta interconexión entre un adentro y un afuera que surge y se mantiene –o transforma– en la dinámica vincular.

La unidad compleja que nace en y por la dinámica de interacciones no es una unidad en el sentido admitido por

el pensamiento identitario, que sólo acepta la homogeneidad, sino que se caracteriza justamente por su heterogeneidad, por su carácter híbrido, no-dual, paradójico. Estas unidades<sup>13</sup> u organizaciones complejas, como hemos mencionado, surgen en la dinámica de relaciones y su organización se mantiene y evoluciona «a través de múltiples ligaduras con el medio, del que se nutren y al que modifican, caracterizándose por poseer una *autonomía relativa*» (Najmanovich, D., 2001a). De esta manera, lo propio no está escindido de lo ajeno, por el contrario, están en mutua relación en múltiples dimensiones: no hay independencia absoluta, no hay escisión radical, sino autoorganización de sistemas complejos en sus ambientes con y en los que coevolucionan. La unidad compleja logra su autonomía en la multiplicidad de los vínculos. Estamos ya muy lejos de pensar en una independencia o autarquía; la autonomía refiere sólo a la emergencia de una organización diferenciada que no puede explicarse a partir de las leyes de otro nivel<sup>14</sup> pero tampoco prescindiendo de ellas.

*Como podemos ver, esta forma de pensar destaca la dinámica vincular como la fuente de donde manan tanto los elementos como las relaciones de una unidad compleja, que emerge en la propia dinámica. Ni los elementos, ni las relaciones, ni la unidad existen antes o independientemente de la dinámica que los ha parido. No hay un «a priori», un «modelo ideal» un «arquetipo» o una «estructura». Lo que encontramos son configuraciones vinculares, que por cierto no son tampoco tales por sí mismas, ni para sí mismas, ni en sí mismas, sino que se forman a partir de*

---

<sup>13</sup> El mantenimiento del término «unidad» se relaciona con una dinámica autoorganizadora caracterizada por su «circularidad virtuosa» que produce una organización diferenciada de su entorno aunque siempre altamente ligada a él.

<sup>14</sup> Si pensamos en el «Sujeto Complejo» –es decir una subjetividad a la vez encarnada y socializada, biológica y simbólica, imaginaria y afectiva–, podemos decir que no puede ser explicado ni por las leyes más básicas –como la física o la química– ni más amplias, como la sociología o la lingüística.

*nuestra interacción, de nuestra forma de relacionarnos con el mundo y de producir sentido.*

Pensamos esas configuraciones a partir de nuestras vivencias expresadas en el lenguaje y es por ello que, para comprender a fondo esta dinámica de producción de conocimiento, debemos ligar las concepciones lingüísticas y los modos de producción de sentido humano de una manera multidimensional, que nos permita «desachatar» el mundo plano de las dicotomías. El pensamiento complejo constituye no sólo una nueva forma de abordaje, sino que nos brinda ante todo una forma diferente de interrogación. *Los desafíos de la contemporaneidad, más que dar nuevas respuestas, nos plantean más bien el reto de generar un campo problemático diferente.*

Al partir de una afirmación de una perspectiva no-dualista, enraizada en una concepción dinámica, se hace imprescindible re-pensar el Sujeto para poder verlo a la vez como producto y productor de socialidad, como nodo de un campo rico de interacciones, como agente de cambio y campo de afectaciones de las transformaciones, en las que co-labora y co-evoluciona. Es más, si somos consecuentes con esta perspectiva, debemos buscar otras formas lingüísticas –y por lo tanto otros juegos lingüísticos– para «traer al mundo» estas nuevas perspectivas. Necesitamos pensar más bien en una producción de subjetividad enraizada en la historia y el cuerpo, atravesada por la sociedad y el medioambiente cultural y natural. Un «Sujeto», entendido como algún tipo de «Estructura psíquica» definida *a priori* no tiene cabida en el pensamiento complejo más que como una noción achatada, rigidificada y empobrecida debido al sometimiento a un esquema teórico. Si los seres humanos estamos en la historia, entonces no podemos inscribirnos en un sistema de leyes eternas, sino que debemos emprender una búsqueda de sentido abierta, tanto a nuestro devenir como al de las configuraciones vinculares en las que estamos embebidos, que nos conforman y a las que damos forma. Debemos para ello salir del «carozo identitario» que encapsula al sujeto en una forma prefijada

y única, se llame Edipo, Estructura Psíquica, o de cualquier otra manera. El hecho de negar la existencia de una única historia o de una estructura invariante no nos condena al abismo del sinsentido. Muy por el contrario, nos da la oportunidad de dar cuenta de una vivencia mucho más rica y multifacética, de construir experiencia a partir de una diversidad de enfoques y puntos de vista. Abandonar el «esquema formal heredado» no implica dejar de pensar las formas, sino que nos reta justamente a ello, en la medida en que pensar es «cambiar de ideas» (Palmen, C., 1996). No se trata de abonar la idea de una subjetividad amorfa, sino de salir del chaleco de fuerza de una subjetividad congelada y achatada. Pensar en términos de una dinámica vincular, nos posibilita el darnos cuenta de que devenimos sujetos entramados en múltiples configuraciones, que tienen una estabilidad relativa, y es a partir de ellas que tiene sentido pensar el espacio de posibilidades de transformación, que ya no será abstracto, sino que estará ligado a la historia particular de interacciones. Es más, no devenimos sujetos de una vez y para siempre, sino que estaremos deviniendo mientras estemos abiertos a los intercambios. Los seres humanos no vivimos en el espacio de los mitos clásicos, ni en las coordenadas de los esquemas estructurales, sino en tribus, en un grupo social determinado, instituciones sociales, en un contexto específico, en un momento histórico atravesado por imaginarios que le son propios y respecto de los cuales habrá de darse el espacio de posibilidad para la producción de subjetividad. Es fundamental darse cuenta de que, desde una perspectiva vincular, la dicotomía sujeto-objeto se disuelve para dar paso a un bucle de co-producción de subjetividad y mundos humanos: no sólo no entramos en un mismo río dos veces, como bien lo dijo Heráclito: también las almas se disuelven en las aguas. En la contemporaneidad, junto al «Mito de la Objetividad» está cayendo también el «Mito de la Subjetividad». Aunque tanto hoy como ayer, nos cueste mucho más renunciar al segundo que al primero.<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> No en vano la continuación de la cita de Heráclito sobre la disolución de las almas ha tenido mucha menos difusión que la que refiere a la variabilidad del río.

Cuando salimos de este hechizo dualista, nos enfrentamos al vértigo de la complejidad, a la perplejidad que nos generan las paradojas, y el largo adiestramiento en el pensamiento dicotómico nos hace creer que, si el conocimiento no es total y absoluto, vamos a caer en el abismo del sinsentido. Es hora entonces de que aceptemos que, como bien ha afirmado Barnett Pearce, «no se puede cambiar de paradigma sin atravesar un terremoto», y al mismo tiempo, debemos aceptar con Kuhn que «no se deja un paradigma para saltar al abismo». Estamos pues en una encrucijada, debemos hacer lo imposible. Y esto se logra en el propio hacer, dejando atrás como lastre el pensamiento heredado y arriesgándonos a las dificultades de explorar una «terra incógnita». En estos nuevos paisajes podremos ir poniéndonos en contacto con una subjetividad caleidoscópica que se produce en una red compleja de interacciones, una red multidimensional (corporal, lingüística, imaginaria, afectiva, emocional, cognitiva, estética, ética, motriz, etc.) de un ser humano con su entorno, particularmente con otras personas, en una sociedad que ha tejido una trama vincular específica. *Esta emergencia no es el resultado directo de una causa, sino el producto de múltiples interacciones, que constituyen su condición de posibilidad, pero no la determinan linealmente.* Es por ello que no podemos dar «explicaciones exhaustivas», ni construir una teoría del sujeto, pero sí podemos producir sentidos, crear orden, concebir itinerarios, crear nuevas figuraciones.

Adoptar una concepción dinámica, y por lo tanto emergentista, significa renunciar a las ilusiones de descripción absoluta o explicación de la historia, abandonar toda ilusión de acceder a una teoría (en el sentido de modelos apriorísticos). Esto no implica en absoluto renunciar al pensamiento, sino sólo abdicar de los absolutos y emprender la tarea riesgosa, pero potente y ética, de la elucidación y la producción de sentido contextual y responsable.

La emergencia no es obra de nadie en particular, nosotros somos parte de su condición de posibilidad, pero no somos agentes causales de la emergencia, porque «*nadie es*

*responsable de una emergencia, nadie puede vanagloriarse; ésta se produce siempre en el intersticio»* (Foucault, M., 1994).

Complementando la invitación inicial de Bachelard, me gustaría que la lectura de este trabajo sea un convite para pensar nuevas posibilidades de producción de sentido para los vínculos y la producción de subjetividad, construyendo un nuevo paisaje conceptual en el que el misterio no desaparezca bajo el peso de las respuestas.

## Bibliografía

- Atlan, H. *Entre el cristal y el humo*, Ed. Debate, (1979), Madrid, 1990.
- Briggs, J. y Peat, D. *Espejo y reflejo*, Gedisa Barcelona, 1990.
- *Las siete leyes del caos*, Grijalbo, Barcelona, 1999.
- Capra, F. *La trama de la vida*, Anagrama, Barcelona, 1998.
- Castoriadis, C. *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets 1983.
- *Los Dominios del Hombre: Las Encrucijadas del laberinto*, Gedisa, Barcelona, 1987.
- *El avance de la insignificancia*, EUDEBA, Buenos Aires, 1997.
- *Hecho y por hacer*, EUDEBA, Buenos Aires, 1998.
- Foucault, M. *Microfísica del poder*, Planeta Agostini, Barcelona, 1994.
- Lakoff, G. y Johnson, M. *Metáforas de la vida cotidiana*, Cátedra, Madrid, 1991.
- Maturana, H. y Varela, F. *El árbol del conocimiento*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1990.
- Morin, E. *El Método*, IV volúmenes, Ediciones Cátedra Madrid.
- *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa, Barcelona, 1994.
- «La noción de sujeto» y «Epistemología de la complejidad», en *Nuevos Paradigmas, Cultura y Subjetividad*. D. Schnitman (comp). Paidós, Buenos Aires, 1994.
- Najmanovich, D. «De la Cibernética a la Complejidad: el devenir de la reflexión», en *Más allá de pactos y traiciones. Construyendo el diálogo*.

- go terapéutico*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1997.
- «El lenguaje de los vínculos», en *Redes. El lenguaje de los vínculos. Hacia el fortalecimiento de la sociedad civil*. Elina Dabas y Denise Najmanovich (Comp.). Buenos Aires, Paidós, 1995.
- «La metamorfosis de la ciencia», *Suplemento Futuro Página/12* 1991.
- «Paradojar», *Zona Erógena* 12-62, 1992.
- «Del reloj a la red. Nuevas metáforas que enseñan a ver el mundo», *Suplemento Futuro Página/12*, 1993
- a- «Pensar la subjetividad», *Campo Grupal* N° 21, Buenos Aires, 2001.
- b- «O sujeito encarnado», DP&A editora, Rio de Janeiro, 2001.
- Palmen, C. *La amistad*, Anagrama, Barcelona, 1996.
- Prigogine, I. *La nueva alianza*, Alianza, Madrid, 1983.
- *La estructura de lo complejo*, Alianza, Madrid, 1987.
- Varela, F., Thompson, E. y Rosh, E. *De cuerpo presente*, Gedisa, Barcelona, 1992.
- von Foerster, H. *Las semillas de la cibernética*, Gedisa, Barcelona, 1991.
- Wittgenstein, L. *Investigaciones Filosóficas*, UNAM/Crítica, Barcelona, 1988.

## Resumen

*El pensamiento clásico ha concebido lo vincular desde una mirada identitaria, estática y abstracta; en este trabajo la propuesta es explorar otras perspectivas conceptuales contemporáneas, que están creando la posibilidad de pensar de una manera diferente. Se trata de encarar un pensamiento capaz de dar cuenta de la dinámica, es decir, una mirada que incluya al tiempo como variable interna, como expresión del cambio y la transformación. En esta concepción, los vínculos no son conexiones entre entidades (objetos o sujetos) preexistentes, ni estructuras fijas e independientes, sino que los vínculos emergen simultáneamente con aquello que enlazan, en una dinámica de autoorganización. Se trata entonces de pasar de un único mundo*



compuesto por elementos y relaciones fijadas por las leyes de la lógica clásica, a «multimundos», donde «unidades heterogéneas» y vínculos no tienen un sentido unívoco, no están completamente determinados, no existen independientemente, sino que emergen y co-evolucionan en una dinámica creativa: el juego de la vida.

### **Summary**

*Classical thought has conceived links from an identity point of view, static and abstract. The proposal in this work is to explore other conceptual contemporary perspectives that are creating a different way of thinking.*

*It is about facing the thought able of giving notice of a dynamic view that includes time, an internal variable as an expression of change and transformation. Preexisting links in this conception aren't a connection between entities (objects of subjects) nor independent and unmovable structures but bonds that emerge simultaneously with that which links, a dynamic self organization.*

*It's about to pass from one unique world made up of elements and relationships fixed by classical logical laws to a multi-worlds where «heterogeneous units» and links haven't a accurate sense, are not complete determined, do not exist independently but emerge and can co-evolve a creative dynamic: life playing.*

### **Résumé**

*La pensée classique a conçu les liens dans une perspective identitaire, statique et abstraite; dans ce travail l'auteur propose d'explorer d'autres perspectives conceptuelles contemporaines qui créent la possibilité d'envisager la situation d'une manière différente. Il s'agit de considérer une pensée capable de rendre compte de la dynamique, c'est-à-dire une perspective à l'intérieur de laquelle le temps soit inclus en tant que variable interne, comme expression du changement et de la transformation.*

*Dans une telle conception, les liens ne sont pas des connexions entre des entités (objets ou sujets) pré-existantes, ni des structures fixes et indépendantes, ils surgissent simultanément avec ce qu'ils lient, dans une dynamique d'auto-organisation. Il s'agit donc de passer d'un monde unique constitué par des éléments et des relations fixés par les lois de la logique classique, à des «multimondes», dans lesquels les «unités hétérogènes» et les liens n'ont pas un sens univoque, ne sont pas complètement déterminés, n'existent pas indépendamment, mais plutôt surgissent et co-évoluent à l'intérieur d'une dynamique créative: le jeu de la vie.*

**Proceso originario,  
patologías de borde y  
nuevas inscripciones \***

**Susana Sternbach \*\***

- (\*) Parte del presente trabajo fue presentado en las Jornadas *Piera Aulagnier*, que se realizaron en el Hotel Bauen, en el año 2000.
- (\*\*) Licenciada en Psicología y Licenciada en Sociología. Miembro Titular y actual Presidente de la AAPPG.  
Conde 1556, 9 Piso, Ciudad de Buenos Aires  
Tel.: 4555-7394. E-mail: [susanasternbach@hotmail.com](mailto:susanasternbach@hotmail.com)

La cura clásica ha sido teorizada y llevada a la práctica fundamentalmente en términos de hacer conciente lo inconciente, utilizando un dispositivo y una técnica específicos: sesión bipersonal, utilización del diván, privilegio de la palabra bajo la consigna de la asociación libre y de la atención flotante por parte de uno y otro de los participantes del encuentro. Todo esto en transferencia y con el marco de referencia de la teoría psicoanalítica.

Hace ya años que este tipo de psicoanálisis, eficaz y vigente para el campo de las neurosis, cubre sólo una parte de los tratamientos que requieren las consultas que llegan a consultorios y hospitales. Hace ya años, por ende, que los psicoanalistas nos vemos convocados por demandas que, al enfrentarnos a la insuficiencia de nuestros saberes, nos brindan la oportunidad de hacer trabajar día a día nuestras teorías, de interrogar nuestras prácticas, de reinventar nuestro quehacer.

De modo que éste se amplía a otros abordajes y a intervenciones que exceden la interpretación metafórica clásica, dadas estas problemáticas cuya fragilización representacional torna ineficaces muchos de los parámetros teórico-clínicos que nos eran habituales.

En este sentido, los dispositivos vinculares constituyen una herramienta que ha demostrado ser de invaluable importancia para la cura, cuando las fronteras psíquicas son lábiles y el proceso de subjetivación es precario. Pero aun para el mismo análisis bipersonal, una perspectiva psicoanalítica vincular arroja nueva luz sobre estos cuadros en los que el cuerpo y el accionar han tomado la delantera respecto de funcionamientos imaginarios y simbólicos caracterizados por la dificultad en la ligadura y en la sustitución representacional.

Sea cual fuere el dispositivo más adecuado a cada situación, lo cierto es que allí el despliegue del proceso analítico transcurre, al menos en los primeros tramos de la cura, por los andariveles de funcionamientos arcaicos, a menudo

más acá o más allá de las operatorias del inconciente reprimido. No se trata, entonces, de tornar conciente lo inconciente, sino de trabajar en aras de una complejización psíquica que modere la tendencia a la descarga pulsional directa propia de la compulsión de repetición, y posibilite su despliegue por vías significantes.

Podríamos definir esta tarea, a la que por otra parte considero propiamente psicoanalítica, como aquélla que propicia el pasaje de un modo a otro de transcripción; algo así como la traducción de un lenguaje existente a otro posible. ¿Sería acaso posible pensar que la tarea del análisis promueve, junto con dicha transcripción, también la creación de inscripciones nuevas? Si así fuera, además de facilitar un movimiento representacional de creciente complejización, la cura lograría instalar algo de lo jamás advenido, haciendo marca en el campo mismo de lo originario.

Entre los muchos legados teórico-clínicos que nos ha dejado Piera Aulagnier, su concepción del proceso originario, como primerísima producción representacional, resulta un anclaje fundamental para la consideración de estas cuestiones.<sup>1</sup> Me propongo, pues, realizar aquí algunas articulaciones entre el aporte metapsicológico de esta autora y aspectos de la clínica actual, en particular en lo que concierne a la intervención analítica.

Uno de los ejes que vertebran la obra de Aulagnier es la perspectiva relacional desde la cual enfoca el psicoanálisis. Sustento de base de sus desarrollos, esta perspectiva es enunciada ya en los inicios del primero de sus libros, *La violencia de la interpretación*, al definir la condición humana a partir de la situación de encuentro. Encuentro de carácter anticipatorio, a través del cual el *infans* se aloja en

---

<sup>1</sup> Lo originario ha sido conceptualizado por Aulagnier como un primerísimo modo de metabolización del encuentro con el Otro, cuya modalidad de representación es el pictograma, que da cuenta de un modelo relacional en términos de placer-displacer.

un mundo vincular y cultural, constituyendo así una subjetividad entretejida con estas dimensiones que se harán carne y discurso en él. Situación de encuentro que, por lo demás, no se agota en la primera infancia, sino que quedará disponible para nuevas marcas a lo largo de la vida y de los encuentros que ésta depare. La noción de *contrato narcisista*, así como las de *potencialidad* y *efecto de encuentro* despliegan estas concepciones acerca de una subjetividad siempre entramada con los otros y con la vida social.

El concepto de represión, central en la teoría freudiana, es también desarrollado por Piera Aulagnier desde tal perspectiva.

Son en este sentido sumamente valiosas sus propuestas acerca de la transmisión de la represión en el vínculo primordial, y también como invariante transcultural. Las articulaciones entre el papel de la represión en la psicosis y su función en un sistema totalitario, tal como lo desarrollara respecto de *1984* de Orwell, constituyen una valiosa muestra de su mirada psicoanalítica abarcadora del lazo social.

No fue poco incluir esta mirada, allá por 1975, en el campo de la pulsión. Ese «límite entre lo psíquico y lo somático» fue rigurosamente trabajado por Aulagnier con relación a la dimensión del encuentro. Inscripción del encuentro inicial y dialéctica pulsional se entretejen, para ella, pues, de modo indisociable.

A partir de dicho encuentro, propio de la condición humana y asentado en la *Hilflosigkeit* freudiana, la dialéctica pulsión de vida/pulsión de muerte comenzará a desplegarse, dando lugar a los primeros esbozos de lo originario. Lejos de postular la dualidad pulsional como endógena al sujeto en ciernes, Aulagnier señala que su dinámica habrá de estar invariablemente sujeta al interjuego pulsional y deseante con el Otro. Hipótesis audaz, sin duda, que anuda inexorablemente la pulsionalidad al deseo de deseo/deseo de no deseo (tal su distinción entre Eros y Tánatos) que los otros primordiales albergan respecto del recién nacido.

Su aporte original a la metapsicología clásica con los conceptos de *proceso originario* y de *representación pictográfica*, da cuenta de la implantación y el decurso de la dimensión pulsional con relación a una trama vincular en la cual confluyen lo sensorial, lo erógeno y lo representacional. Así sostiene que «la primera condición de representabilidad del encuentro nos remite al cuerpo, a la actividad sensorial que lo caracteriza».

De modo que Aulagnier integra, en una formulación metapsicológica ampliada, el nivel de la dimensión pulsional y del afecto con las operatorias del inconciente y del proceso secundario propio del yo una vez constituido éste.

Las categorías de pulsión de vida y de pulsión de muerte cobran entonces importancia central, no sólo como basamento teórico sino como verdaderas categorías clínicas, presentes en el accionar y en el discurso de los pacientes. Dialéctica pulsional que se construye y se despliega de modo permanente a lo largo de la vida, en estrecha conexión con las tramas relacionales.

Considero que estos aspectos desarrollados por Aulagnier constituyen un sustento posible para la consideración de muchas de las problemáticas que predominan en la clínica actual. Las denominadas *patologías de borde*, es decir, esas afecciones caracterizadas por un importante déficit representacional a nivel imaginario y simbólico, merecen, desde mi punto de vista, ser examinadas y tratadas con herramientas conceptuales y técnicas para las cuales las ideas de Aulagnier pueden resultar de enorme importancia.

En particular, sus formulaciones respecto del pictograma como modalidad de metabolización primitiva que permanece como trasfondo representativo constante ligado a los procesos de investidura y desinvestidura subsidiarios de Eros y Tánatos, respectivamente. Vale decir, los territorios de más allá del principio de placer, lugar de interjuego de afectos arcaicos no ingresados aún en los circuitos distorsivos de una palabra que les otorgue estatuto de sentimiento.



En algunos de los trastornos predominantes en el abanico psicopatológico actual, por ejemplo las anorexias y bulimias, la manifestación del conflicto evoca de inmediato modos de metabolización que nos reconducen a lo originario. En estos casos, la dimensión motriz, jugada en torno a la avidez/rechazo, se liga a esa modalidad arcaica de satisfacción pulsional relativa al tomar en sí-rechazar, propia del procesamiento pictográfico. Lógica del *todo o nada* que resulta parcialmente reacia a las estrategias representacionales propias de los procesos primario y secundario, y que abarca tanto la relación con el alimento como el vínculo con los otros.

*Marisa, paciente bulímica que en los momentos de crisis devora sin placer hasta aquellos alimentos que por lo general le producen rechazo, instala una lógica parecida en sus vínculos amorosos, caracterizados por la fluctuación repetitiva de situaciones en las que devora/es devorada, que alternan con otras en que vomita/es vomitada por sus partenaires.*

La clínica actual, caracterizada predominantemente por este tipo de funcionamientos psíquicos en que los órdenes imaginario y simbólico se hallan precariamente contruidos y la operación represiva ha fracasado parcialmente, nos convoca a intervenciones que exceden la clásica interpretación metafórica, eficaz para las neurosis de transferencia.

Al decir de Green, hoy el analista debe ser un verdadero políglota, apto para descifrar y también para intervenir en una diversidad de códigos según las peculiaridades del funcionamiento psíquico de cada analizante.

En este caso, se trata de incluir y prestar especial consideración a ese lenguaje cercano al cuerpo sensorial y a la acción, lengua arcaica que remite a la representación pictográfica.

Pero esto plantea numerosas cuestiones que atañen a la posición del analista, las que seguramente difieren del escenario de la cura en las neurosis de transferencia clásicas.

En aquellas problemáticas en las que el procesamiento a nivel de lo originario toma la delantera, resulta sin duda fundamental la *presencia* del analista, tanto como su modalidad de enunciación. La noción de *escucha invistiente* propuesta por Piera Aulagnier para el abordaje de ciertas problemáticas de gravedad, ligada a una adecuada teorización flotante, nos es de particular utilidad para estas situaciones, donde la investidura de la palabra del paciente y del trayecto analítico por parte del analista constituyen un zócalo imprescindible para el despliegue ulterior de los mismos.

La recuperación de la investidura del lado del analista nos conduce a un tema esencial: la incidencia de la función del placer en el proceso de la cura. Si la experiencia de placer es condición inaugural necesaria para la constitución de la actividad de representación, también la exigencia de trabajo que el análisis requiere debe contar con la promesa de una prima de placer, condición y basamento particularmente importante en las situaciones de precarización representacional. Así es que Aulagnier sostiene que «la investidura del proceso analítico por el analista y de la particularidad del trabajo psíquico que exige, no bastan para provocar la del analizando, pero su ausencia hace muy probable su imposibilidad para el *partenaire*».

En el marco de la escena analítica, del lado del analista la investidura abarca múltiples dimensiones. Por una parte, se refiere al lugar del paciente como sujeto cuya palabra merece ser escuchada, y al vínculo transferencial mismo como encuentro con potencialidad transformadora. Por la otra, y en estrecha relación con lo anterior, resulta fundamental la investidura del pensamiento. Un pensamiento que posibilite pensar lo inesperado y buscar nuevas significaciones; o aun, la experiencia de un placer relativo al acto de pensar que tal vez nunca advino previamente. Placer que requiere, en ocasiones, incluso del pasaje por una experiencia arraigada en lo sensorial, tal como lo considera Aulagnier cuando reconduce el deseo de aprehender a las improntas previas ligadas al placer de oír.

*Juan, voluminoso empresario que padece toda suerte de trastornos psicossomáticos y que transita su análisis en una dimensión predominantemente formal, un día me sorprende. «¿Puedo grabar las sesiones, licenciada?» No se trataba, tal como imaginé de entrada, de apropiarse de mis palabras. Quería llevarse mi voz. Una voz que, según dijo, lo calmaba. Placer sensorial y deseo de oír que podría, eventualmente, propiciar el acercamiento a una palabra aún no suficientemente investida por este hombre que desconfiaba profundamente de una cura que no se basara únicamente en la medicación habitual.*

La cura requiere aquí prestar especial atención a la presencia de un analista fuertemente comprometido con el decurso de cada recorrido terapéutico.

*Ana se esfuerza por querer anular todo vestigio que remita a un posible placer del cuerpo. Se alimentaría a pastillas –de hecho padece ciertos trastornos de alimentación y a menudo se «olvida» de comer–, la vida sexual le resulta una pesada carga conyugal con la que cumple esporádicamente, hasta detesta que la saluden con un beso en la mejilla.*

*Al terminar una sesión cuyas dos características salientes han sido un peculiar clima emocional y un «plus» de diez minutos agregados a su horario habitual, me mira. Dice: «me comí un rato más de sesión» y se despide, sonriente.*

Esto plantea sin duda importantes cuestiones relativas a la abstinencia. En tanto confundida con una neutralidad a menudo rayana en cierta desimplicación, puede, en especial en estas situaciones, ser decodificada como distancia. Distancia que, para los códigos que evocan los funcionamientos de lo originario, será significada como rechazo.

Lo cual implica que, y a diferencia de lo que ocurre en las neurosis clásicas, una posición analítica que espere la formulación de la demanda por parte del paciente, puede resultar inapropiada. Es el analista, en estos casos, quien

debe ocupar por un tiempo el lugar del demandador y de aquél que inviste la escena terapéutica, frente a un paciente que a menudo no está en condiciones psíquicas de hacerlo. En este sentido, la intervención deberá ser en todo momento respetuosa del nivel simbólico del paciente. Con esto me refiero, no sólo al contenido interpretativo, sino sobre todo al plano de la enunciación analítica. Vale decir, desde qué lugar habla el analista y a quién destina aquello que enuncia. No se nos escapa la dificultad de esta posición, que compromete fuertemente al terapeuta en su propio narcisismo, y en su posibilidad de aceptación de la alteridad y ajenidad del otro. No sólo con la diferencia en el nivel de la significación, sino sobre todo en lo que concierne al plano de las lógicas psíquicas en juego. Pero aun salvaguardando una posición analítica que intentara respetar al máximo la abstinencia –abstenerse en relación al propio goce–, la pregunta inaugural que nos formuláramos permanece en pie.

En aquellas situaciones terapéuticas en que la tarea central no pasa por hacer consciente lo inconciente, sino por propiciar la complejización psíquica para que el *aparato de acción* devenga aparato psíquico, vale decir, por construir inconciente, ¿hasta dónde es posible esa construcción? Más específicamente: ¿es factible la producción de nuevas marcas al operar sobre lo originario? ¿Es posible trabajar, a partir de nuestros dispositivos y recursos, sobre la dimensión pictográfica propia de lo pulsional?

Sin duda, no es igual situar el psicoanálisis como herramienta eficaz para levantar represiones, que considerarlo como posibilidad terapéutica para la construcción de lo no advenido. Posibilidad a la que, por otra parte, no considero como preliminar a un tratamiento psicoanalítico sino que entiendo como parte de la cura, siempre y cuando asiente en una lectura psicoanalítica de los funcionamientos psíquicos y se despliegue en transferencia en la escena clínica.

La tarea, en tal caso, consiste en propiciar el pasaje de la acción a la representación, de la posición de objeto a una

subjetivación creciente, a partir de recursos que operen sobre las patologías de lo originario. Esta tarea por cierto no es sencilla y requiere de un trabajo conceptual aún por realizar. En todo caso, la metapsicología que nos legara Piera Aulagnier constituye uno de los sustentos psicoanalíticos posibles para su abordaje.

Todo esto nos invita a un riguroso trabajo de complejización teórica. No sólo eso, sino que también nos convoca a un cuestionamiento permanente de nuestras propias tendencias a la alienación en la teoría, condición de base para pensar pensamientos nuevos y para hacer lugar a aquello heterogéneo a los saberes instituidos. Pero además, estas cuestiones, tal como he sugerido, implican a la persona misma del analista, a su propia posibilidad de investidura de cada proceso analítico con el que se compromete. Es decir, a su propia implicación en relación a ese trasfondo representativo en que se actualiza indefinidamente el conflicto entre Eros, como investidura y tendencia a la complejización y Tánatos, como tendencia a la reproducción de lo mismo. Posicionamientos eficaces e ignorados, que sin duda habrán de presentificarse, del lado del analista, en cada trayecto analítico singular.

## Bibliografía

- |   |   |
|---|---|
| Aulagnier, P. <i>La violencia de la interpretación</i> , Amorrortu, 1975. | Sternbach, S. La intervención en patologías de borde, <i>Rev. AAPPG</i> , 1997. |
| — <i>El aprendiz de historiador y el maestro brujo</i> , Amorrortu, 1979. | — Panel Jornadas 2000 Piera Aulagnier.  |
| Green, A. <i>De locuras privadas</i> , Amorrortu, 1994.                   |   |

**Resumen**

*La autora se interroga acerca de la posición e intervenciones del analista en la clínica actual, en particular en lo que refiere a las denominadas patologías de borde y a la posibilidad de la producción, en la situación psicoanalítica, de nuevas inscripciones psíquicas. Para ello se apoya en la noción de proceso originario desarrollada por Piera Aulagnier, retomando consideraciones relativas a la función del placer en la tarea analítica.*

**Summary**

*The author asks herself about the analyst' position and interventions in nowadays clinics, in particular in the so called border pathology. She also inquires about the possibility of production of new psychic marks during the analytic process.*

*She «holds up» on the concept of originary process developed by Piera Aulagnier retaking relative considerations to the pleasure function in the analyst task.*

**Résumé**

*L'auteur s'interroge au sujet de la position et des interventions de l'analyste dans la clinique de nos jours, en particulier en ce qui concerne ce que l'on appelle les pathologies «borderline» et sur la possibilité de produire, à l'intérieur de la situation psychanalytique, de nouvelles inscriptions psychiques. Elle s'appuie pour ce faire sur la notion de processus originaire développée par Piera Aulagnier, en reprenant des considérations relatives à la fonction du plaisir au sein du travail analytique.*

**Interrogaciones**  
*Acerca de los malestares  
institucionales actuales*

**Graciela Ventrìci \***

(\* ) Médica Psicoanalista. Miembro Titular de la AAPPG; Docente del IPCV, Integrante del Departamento de Grupos de Adultos, Directora del Departamento de Análisis Institucional.



**Revista:** *¿Podría hacerse una caracterización de los malestares actuales en las instituciones?*

**G. Ventrici:** Dos aclaraciones previas: la primera, voy a hablar de *institución* en el sentido de organización comercial, científica, de salud, etc. y no de las instituciones sociales como la justicia, la familia, el sexo, el dinero, etc.

La segunda aclaración viene por el lado del sentido de *caracterizar*: me parece que ya no se trata de describir, y acaso clasificar, los malestares; se trata más bien de intentar nominar las condiciones actuales para la vida de las organizaciones y en las organizaciones.

Asistimos a un cambio radical: el Estado ha abandonado su dimensión de meta-institución, ha dejado de ser el modelizador implícito, la matriz desde la cual, con mayor o menor capacidad metafórica, cada organización lo metonimizaba en la microsociedad que conformaba. El Estado tiende a transformarse en una institución técnico administrativa que legisla y regula las relaciones entre los distintos agentes que lo componen. Si hoy una organización intentara reproducir los valores del Estado, debería declararse algo así como Consejo de Administración, Ente Regulador, lo cual, para una organización, es un vacío de sentido.

El Estado meta-institución se expresaba a través de sus organizaciones directas: escuelas, hospitales, empresas de servicios, instituciones destinadas al desarrollo científico y técnico, además de otros organismos de carácter administrativo y de bienestar social.

Se expresaba también en su función reguladora del sector privado en estos mismos rubros. Esta regulación se manifestaba no sólo en la forma jurídica, sino de manera más o menos explícita en los valores que sustentaban los objetivos de la organización; de esta manera, un grupo de ciudadanos se proponía un emprendimiento de cualquier naturaleza y algo del bien común figuraba entretejido en la misión y, si no estaba, se esmeraba en simularlo.

Muchas de las organizaciones educativas, científicas, de salud, eran fundadas en base a una demanda grupal que no estaba satisfecha en el espectro de organizaciones existentes, y se la construía con una racionalidad acorde a sus propósitos centrales, entre los cuales muchas veces la racionalidad económica no tenía más ingerencia que la estricta necesidad de subsistencia.

El pasaje del capitalismo organizado, el del Estado Providencia, al del capitalismo tardío o avanzado que comienza en 1973, Argentina lo transitó invisibilizado por el terrorismo de Estado (1976-83). Podría decirse que el terrorismo de Estado sofocó las instituciones democráticas de tal manera que promovió su idealización. Al final del proceso militar, todo cambio perceptible fue interpretado como producto del terrorismo; se ilusionó que la revitalización de las organizaciones y el rescate de las instituciones (sobre todo la Justicia) alcanzarían para sanar poco a poco las tremendas heridas del genocidio, no se percibió que la tensión entre el Estado y el Mercado se había modificado en beneficio del segundo, y que esto traería serias consecuencias a la estructura y funciones del Estado, alteraciones que transformarían de fondo –y no de forma– los modos de subjetivación y el sentido mismo de la subjetividad instituida: ésta deja de ser ciudadana –a pesar de conservar el derecho y obligatoriedad del voto, y de muchos otros dispositivos ciudadanos– y deviene consumidora, tenga o no recursos para efectivizarlo en plenitud.

Sin la posición-meta del Estado apuntalando el sentido de las organizaciones en el movimiento instituido-instituyente, que fuera la matriz dinámica de transformación social en la lógica ciudadana, y con la imposibilidad instituyente del Mercado en perpetuo movimiento en dirección del interés, las otrora instituciones-organizaciones, se transforman en galpones<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> *Galpones* es la metáfora que trabaja Mariana Cantarelli –en el grupo de investigación que co-coordina con Ignacio Lewcowicz, sobre «Subjetividad contemporánea»–, para diferenciar las instituciones-

Éste, para mí, es el cambio radical. En lógica ciudadana, el movimiento instituyente marcaba un paso más en el camino progresivo a una autonomía imaginada absoluta en su momento final. En lógica consumidora, no hay nada para instituir, a lo sumo, hay algo para imponer lo más que se pueda en tiempo y espacio en función de un interés que no tiene en cuenta ninguna trascendencia.

Los ahora galpones, son espacios colectivos pasibles de ser habitados, de ser transformados en espacios habitables, ordenados en base a unas reglas autogestionadas, a unos objetivos también autogestionados, que no se apuntalan en ninguna oposición ni utopía generalizable. Son pura afirmación de la necesidad y el deseo de existir para ese colectivo que es su agente, que lo instituye y se instituye en él.

Entonces, si alguna forma de malestar es característica de las organizaciones actuales, es precisamente la tensión en su interior entre las formas todavía existentes –aunque no eficaces– de las instituciones ciudadanas y los galpones que, devenidos habitables, exigen un permanente trabajo sobre sus bordes, una constante reflexión-acción sobre sus sentidos, en fin, un trabajo de fidelidad al proyecto, ya que no se apuntalan más allá del mismo acto de subjetivación que los enuncia.

¿Cuáles son los indicadores de esta tensión?

1) La discusión de las políticas vinculadas a la tarea central de una organización dada, tiene su tope en razones de orden económico-financiero que empobrecen la capacidad productiva del conjunto, cuando no subvierten o entran en contradicción con el proyecto.

2) Las estrategias políticas devienen estrategias administrativas, que anulan el valor de otras dimensiones que sería importante discutir para su elucidación, y dan por

---

organizaciones en situación de Estado Nación de las instituciones-  
organizaciones en situación de sociedad de Mercado.

sentado la conveniencia en función de tener alguna presencia en el Mercado.

3) Los debates, si los hay, son imposibles de sostener, alcanza con haberlos convocado como gesto democrático, pero no se dispone del tiempo necesario para que se cumplan en toda su plenitud. De esta forma, se crea una situación paradójica por la cual ningún miembro de la organización tiene claridad de su participación en la toma de decisiones, pero tampoco puede decir que no participó. Finalmente esto no importa demasiado, porque las decisiones hay que efectivizarlas y las coyunturas cambiantes hacen que las consecuencias no parezcan tan graves. Se produce algo así como un consumo de procedimientos democráticos donde se acumulan opiniones y donde las razones finales se encuentran en las relativas a algún valor indiscutible de Mercado.

1, 2 y 3 determinan un malestar difuso que se expresa en resignación ante las diferencias; en indiferencia a las acciones grupales; en retraimiento respecto de ocupar cargos directivos; en un hacer para mantener y mantenerse en un colectivo donde más o menos se está bien, porque fuera de él no hay otra cosa. Esto adquiere dimensiones dramáticas si la pertenencia es laboral y no sólo social.

Tomo esta forma de malestar como analizador, cuya deconstrucción nos lleva a reconocer en él la forma ciudadana que tensa, resistiendo la evidencia del cambio: la organización es otra, los procedimientos y las prácticas deben ser otras para ser efectivas. La consulta colectiva ha de realizarse sobre la base de construir, fundar y no de perfeccionar y preservar, aunque el organismo haya sido fundado en otros tiempos.

El Mercado –muchas veces bajo el ropaje cómplice del Estado– promete el éxito por la excelencia, pero no aclara que lo excelente para él no se mide en capacidad efectiva, sino que es sinónimo de valor económico, aunque a veces enmascarado en cualquier otra forma de capital: cultural, simbólico, etc.

La política no puede ser de subsistencia sino de pura afirmación de la existencia del proyecto, del deseo colectivo de ese proyecto que tiene sentido para ese grupo y su perímetro de influencia, pero que es aleatorio que se conecte con otros proyectos afines. No estoy pensando sólo en organizaciones-sociedades científicas como la nuestra y la mayoría de las organizaciones «psi». Estoy pensando también en organizaciones educativas, de la salud, del deporte, laborales, dependan o no del Estado. Cuando las organizaciones se afirmen sobre sí mismas, sobre sus propios agentes (la idea de agentes aquí abarca también a los usuarios: clientes, pacientes, educandos) van a poder interpelar al Estado en forma efectiva, obtener su respuesta como ente legitimador de una legalidad, pero no de un sentido, a la vez que encontrar formas reticulares de existencia para una comunidad dada.

En suma, la fuente de malestar es el persistir en la idea de que el Estado es dador de sentido, institución que contiene a todas las instituciones, y por lo mismo entidad rectora (¿deseante?) para una organización dada, por lo cual dicha organización queda en posición demandante, victimizada, y proclive a caer en maniobras corruptas con el fin de mantenerse a flote.

**Revista:** *¿Cuáles son las motivaciones que fortalecen las propuestas de redes interinstitucionales? ¿De qué manera establecerlas?*

**G. Ventrìci:** Me parece que la idea de construir redes tiene motivaciones de dos niveles:

– Uno, es la ilusión de recuperar el apuntalamiento perdido, se jerarquiza de la red sólo los elementos «llenos» y no se tienen en cuenta los vacíos, se corre el riesgo de no reconocer que este puntal no es vertical sino horizontal; se valoriza el número en función de un consenso capaz de otorgar criterios de verdad y fuerza de presión ante un instituido<sup>2</sup> (lleno) que se resiste a la demanda.

---

<sup>2</sup> Instituido como lleno y vacío aluden a la calle. En situación ciuda-

– Otro, es la búsqueda de apuntalamiento horizontal que ofrece posibilidades diferentes: no será un referente simbólico, será un otro que habita un espacio similar y comparte problemáticas cuyas soluciones pueden ser pensadas en conjunto. Esta concepción de la red parte de un movimiento subjetivo que interpela, no demanda, y lo hace tanto al Estado si es necesario hacerlo, como a otras organizaciones participantes del Mercado.

Estos dos niveles coexisten conflictivamente en las organizaciones actuales, y esa coexistencia requiere ser trabajada porque el acto de instituir actualmente no significa lo mismo que antes: instituir es habitar, es hacer habitable un espacio vacío, darle sentido y no un sentido diferente al que tenía como en tiempos de subjetividad ciudadana, donde instituir desplazaba, hacía caer un sentido para ubicar otro.

La metáfora de la red en situación de capitalismo organizado podría pensarse como centrípeta, el Estado ocupando el epicentro; actualmente la red metaforiza múltiples anudamientos y puntos nodales desde los que pueden establecerse relaciones de sentido para los nudos y vinculaciones estratégicas para los nodos; el Estado como institución es un nodo privilegiado por sus funciones de regulación y legislación para las relaciones interinstitucionales, está él mismo constituido en una trama de interacciones. Un ejemplo interesante lo constituyen las redes zonales donde los Centros de Gestión y Participación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires convocan diferentes organizaciones para debatir y resolver problemas comunitarios. Los sentidos serán productos de las prácticas que allí tengan lugar, donde cada organización ofrece servicios desde sus posi-

---

dana, la calle es un espacio habitable, lleno de sentido. En situación consumidora, la calle no es un espacio habitable, es tan sólo transitable, vacío de sentido; para habitarla requiere de una operación colectiva cuyo accionar, mientras dure, dará sentido a la calle (recitales, actos políticos, culturales, marchas, manifestaciones, «escraches», etc.)

bilidades y va creando nuevas instancias en su interior y con otras organizaciones conforme a las necesidades existentes. Tengo la impresión de que todavía no se aprovecha en plenitud las posibilidades que esta red contiene, hay algo del temor a la pérdida de identidad, junto con la persistencia en «tener presencia» en la red, que hace obstáculo al uso pleno de la potencia que tiene, pero confío en que la práctica será el agente de transformación privilegiado. No obstante, en otras redes interinstitucionales, el Estado, si está presente, lo está tan sólo como ente de regulación jurídica.

Identidad y presencia devienen lastre para la acción, en tanto son los vectores por los cuales una organización gasta enormes esfuerzos en estar presente en el Mercado, en fabricar productos consumibles en base a una supuesta demanda, en muchos casos llamada Estudio de Mercado. Aquí es importante diferenciar entre organizaciones comerciales, en última instancia al servicio del capital –en las cuales la racionalidad económica lidera indiscutiblemente, al punto que son agentes activos en el desarrollo del capitalismo y en la institución de la subjetividad consumidora–, de las organizaciones científicas, culturales, educativas, de la salud.

En estas últimas se observa una tendencia a convertir los espacios destinados a la elaboración, el cuestionamiento, la elucidación, el intercambio de las problemáticas que hacen a las prácticas que allí se llevan a cabo, en dispositivos negociados con una voluntad *marketinera* inefable, so pena de estar «alejado de la realidad». Digo voluntad, como una forma cuasi abstracta de existencia que cualquiera puede encarnar, es algo así como el nuevo instrumento de censura-autocensura, analizador de la subjetividad instituida por el Mercado (existir o no existir) y fuente indiscutible de malestar.

**Revista:** *Los fuertes cambios culturales, políticos, sociales, económicos y, dentro de nuestro quehacer, también clínicos, enfrentan a las instituciones con grandes exigencias de adaptabilidad y de urgencia de las respuestas. Si lo*

*propio de las instituciones es ser garantes de ciertas estab-  
lidades, ¿no les plantean estas urgencias una situación  
dilemática?*

**G. Ventrìci:** Esta pregunta así formulada insiste en la idea de institución como lo invariable, lo estable, lo que perdura en el tiempo. Entiendo que esta valoración de la dimensión *invariancia* del concepto institución atravesó hegemónicamente la modernidad, hasta el punto de ser necesaria y hasta suficiente para una definición. Esto no es un dato menor respecto de los sentidos ontológico, epistemológico y político implicados en esta hegemonía: ontológicamente implica una relación de exterioridad de la institución con relación al sujeto; epistemológicamente adscribe a una concepción del mundo organizado en objetos discretos, cognoscibles en totalidad por un observador objetivo; y políticamente supone agentes que intervienen en términos de representantes de una estructura trascendente a ellos y en última instancia ajena, se trata de mantener la organización con un mínimo de movimiento adaptativo y un máximo de sacrificio subjetivo.

El efecto de este modelo es la naturalización de ciertas concepciones de la identidad, de los tiempos institucionales, de la transmisión, que impiden pensar la organización como espacio de participación y subjetivación.

El *dilema* que puede plantearle a la vida institucional la situación actual cambiante, tendría su raíz en cierta alienación por la cual es más importante la estabilidad –en estos términos inevitablemente burocrática y al servicio de algún poder concreto o imaginario–, que la preocupación por sostenerse como espacio habitado y habitable –y por eso en equilibrio inestable– para resolver las necesidades y deseos de un colectivo dado.

Si la preocupación central es esta última, la situación cambiante actual lo que le plantea son *problemas* que no hacen sólo a la dinámica, sino que van a poner en cuestión los contenidos y la manera de pensarlos en la medida en



que se reconozcan los referentes paradigmáticos desde los cuales se estaba trabajando. En este sentido, diría que el esfuerzo de trabajo es productivo, *va produciendo con la situación que lo mueve a producir*, no es un mero esfuerzo adaptativo a una situación acabada, aunque puede parecer que lo está por efecto de la asimetría. Pero acaso, la producción que en torno al psicoanálisis venimos haciendo en la AAPPG ¿hubiera sido la misma en condiciones de continuidad del capitalismo organizado? Tal vez, la inercia de pensar las instituciones como organismos que regulan el flujo anárquico de la imaginación creativa en beneficio de la estabilidad, no nos deja percibir hasta dónde son ellas mismas usinas productoras, y no fundamentalmente reproductoras de lo ya imaginado y agotado en su potencia efectiva, o neutralizado en lo que a ella respecta. Esta inercia es lo que René Lourau llama «transversalidad estatal», que «es bien real y opera masivamente por lo imaginario y lo simbólico».<sup>3</sup>

Bajo la hegemonía del Estado, las organizaciones tendían a reproducir sus modos jerárquicos y su destino burocrático; bajo la hegemonía del Mercado las organizaciones se ven compelidas a convertirse en empresas o a quedar en ese estado que llamé galpones. Entonces, para hacer habitables los galpones, cada organización deberá trabajar:

- a) su rémora de transversalidad estatal;
- b) su relación con la subjetividad instituida por el Mercado (¿transversalidad mercantil?);
- c) su decisión de ser espacio de subjetivación en torno a las problemáticas que trabaja.

Se trata entonces de ir más allá de la función encuadre de las instituciones concebidas por el pensamiento psicoanalítico, que a Kaës le permite pensarlas como una externalización de un espacio interno; el borde social del apuntalamiento del psiquismo, que puede ser entendido como un

---

<sup>3</sup> René Lourau, *Libertad de movimiento* (pág. 76), Eudeba, 2001, Buenos Aires.

sistema de vinculación que precede, sitúa e inscribe a los sujetos en sus vínculos y en sus discursos.<sup>4</sup>

Esta manera de pensar no discrimina la relación del psiquismo con la subjetividad instituida (estatal o la que fuere) y las instituciones que la sostienen, de la relación con la institución como organización; aparecen pensadas como dimensiones de distinto grado de generalización. Evidentemente lo impensable para el psicoanálisis es esta diferencia, abordarla implica el riesgo de develar la transversalidad estatal en el interior del psicoanálisis, como institución teórica, porque como organización, a esta altura de los hechos, la transversalidad estatal es tan obvia en ella como en cualquier otra organización que se detenga a mirar dónde está/ba apuntalada.

Es interesante detenerse a pensar en la idea kaesiana «...No podemos pensar la institución, en su dimensión de trasfondo de nuestra subjetividad, si no es en el tiempo inmediatamente siguiente a una ruptura catastrófica del marco inmóvil y mudo que ella constituye para los procesos psíquicos» (1987, pág. 16); *¡¡y esto es doblemente válido: para los ciudadanos y para las organizaciones!!* La función encuadre del Estado ha quedado limitada a su expresión meramente jurídica, no confundible con ninguna ética, por lo tanto el Estado regula, pero no por eso encuadra en un sistema de normas y valores. La vida de la organización depende de sus propias reglas de funcionamiento para adentro y para afuera de ella, tiene el máximo potencial de subjetivación ya que debe autoformular su misión, crear su encuadre y acaso su entorno donde interactuar y apuntalarse simétricamente. Eso sí, en compensación a tanta autonomía, hay una exigencia de fidelidad al proyecto que no significa precisamente la simple custodia de las reglas, sino su revisión y reformulación permanente, ya que no hay metainstitución que las garantice.

---

<sup>4</sup> René Kaës (1987) «Realidad psíquica y sufrimiento en las instituciones». *La institución y las instituciones*. Paidós, Buenos Aires, 1989.

**Revista:** *Si la urgencia en las respuestas, novedosas y adaptadas a situaciones también nuevas, obstaculiza la posibilidad de «parar a pensar», ¿cómo podrían sobrevivir a esas exigencias las instituciones psicoanalíticas?*

**G. Ventrìci:** Urgencia y pensamiento suelen concebirse en oposici3n, y de hecho lo est1n en infinidad de circunstancias, donde *a posteriori* decimos que si la urgencia no hubiera impedido pensar hubi3ramos hecho otra cosa... Pero en esta cuesti3n me parece que se juegan otras oposiciones paradigm1ticas de un modo de concebir la pr1ctica psicoanal1tica, como la oposici3n pensamiento-acci3n, que es precisamente un atravesamiento de la subjetividad instituida por la modernidad que hace obst1culo para pensar qu3 efectivamente es pensamiento y qu3 efectivamente es acci3n en la situaci3n anal1tica.

Decía esto para romper la densidad de cierta naturalizaci3n de categorías en oposici3n, porque entiendo que, m1s all1 de la cuota de malestar que el cambio en sÍ provoca en la vida colectiva, cambio en tanto desequilibrio, la urgencia ante la novedad es inevitablemente una provocaci3n para el pensamiento.

Ahora bien, como este cambio no es coyuntural, sino radical, exige a las organizaciones e instituciones pensar sus bordes, esos impensables de su propia conformaci3n, para lo cual tendr1 que pedir prestadas herramientas a otras disciplinas-instituciones: en este caso la sociopolítica, la antropología, la filosofía, la historia y esa tolva<sup>5</sup> compleja que es su medio hermano, el an1lisis institucional.

La urgencia es entonces un analizador: urgencia por responder a las circunstancias econ3micas, urgencia por responder a las nuevas maneras de «vivir» los espacios de la organizaci3n, urgencia para responder te3ricamente a lo

---

<sup>5</sup> Mezzano, A.C. de (1996) *La tolva y el obrador: dos met1foras sociales*. Secretaría de Cultura, Facultad de Psicología, Serie Cat1logos. Buenos Aires, 1996.

que está presentándose en la clínica, urgencia por... La pregunta que se impone es entonces acerca de la urgencia: ¿me alcanza el orden de lo existente establecido para dar respuestas a ella?; ¿cuáles son los obstáculos para pensarla?; ¿por qué ahora no son efectivos los recursos que antes lo eran? No me parecen tan ajenas al proceder de un psicoanalista estas preguntas, pero sí me parecen distantes del modo en que las instituciones psicoanalíticas están dispuestas a pensarse.

El «parar a pensar» se vuelve una paradoja pragmática si parar es condición para pensar, porque si paro corro el riesgo de morir, y si no me detengo no puedo pensar. El obstáculo es que pretendo que pienso en exterioridad a la vez que creo que interrogo mi práctica. En exterioridad respecto a un territorio heterogéneo que reconozco sólo eficaz en los bordes del encuadre, al que le adscribo las características de lo indiscriminado, lo inefable, lo violento, lo psicótico que debe ser inmovilizado. Esta forma de entender el encuadre de la cura se hace imperceptiblemente extensible a los bordes de la organización, los cuales se pretende que son impermeables e independientes de variables sociohistóricas, de manera que un pensar psicoanalítico acerca de la institución no puede avanzar más allá de los avatares de la libido y la fantasmática construida en el conjunto, lo cual, si bien no es poca cosa, si es la única herramienta para el análisis, está condenada a ignorar tanto sus ordenamientos microsociales (poderes, jerarquías, racionalidades) como su transversalidad institucional. Entonces el campo de intervención queda restringido a la producción inconciente libidinal y el campo de análisis limitado a ello.

Pienso que la institución psicoanalítica no es la única que, para poder resolver los problemas que la situación actual le plantea, deba reconocer la insuficiencia de sus estrategias y herramientas de pensamiento sobre sí misma. Cualquier institución que trabaje más o menos directamente sobre la subjetividad (educación, salud, justicia), se verá seriamente comprometida en sus fundamentos si se atreve

a abrir el campo de análisis e intervenir sobre su transversalidad estatal. Entiendo que ésta es la forma más perdurable y fortalecedora de, para ser pichoneana, *adaptación activa* que, en los términos en que lo digo, significa habitar un espacio hasta el momento inexistente, lo cual no es posible sin un cambio en la posición subjetiva.

**Revista:** *¿Afectan las nuevas formas socio-económico-culturales a las fuentes de legitimación de los liderazgos institucionales? ¿Conservan éstos las formas con que los conocemos?*

**G. Ventrici:** Entiendo que *fuentes de legitimación* alude a filiación. El modelo social de filiación es el Estado, en la sociedad occidental el modelo individual de filiación es el nombre del padre, y estas dos formas se vienen reproduciendo en el devenir de las generaciones en la vida institucional-organizacional. Posiblemente en este momento lo que se manifieste es un híbrido, en el sentido de que se conservan las formas instituidas de filiación para legitimar liderazgos y lugares, pero no tienen la fuerza ni el peso subjetivo de antes. Los rituales pueden mantenerse o empalidecer un poco en su esplendor, pero han perdido gran parte de su significación. Mientras se van perfilando otros modos, no del todo definibles.

Me parece que se está insinuando un movimiento tendiente hacia lo fraterno, lo cual no será fácilmente instalable, ni visible a corto plazo; por ahora sólo se observa una horizontalización de las decisiones de hecho, que no se refleja en los organigramas.

Los modelos de gestión empresarial que comenzaron a liderar ante el agotamiento del modelo *fordista*, ineficaz para el capitalismo avanzado, parece ir insinuándose en otro tipo de organizaciones que no están al servicio de capitales económicos, sino culturales, científicos, educativos.

En la aldea global todo parece mimetizarse, pero no deberíamos naturalizar esta idea, sería bueno interrogar las

distintas prácticas para entender sus diferencias: por ejemplo, tiendo a pensar que el modelo *managerial* de las empresas que fue pensado para agilizar y optimizar el incremento de capital, más allá de la fuerza patógena que tiene para sus agentes,<sup>6</sup> va dejando un resto. El ejercicio de la toma de decisiones desborda el maniqueísmo empresarial burlando sus fronteras y creando nuevos sentidos para la subjetivación. Las organizaciones que no están centradas en el incremento de capital económico, van modificando sus modelos de gestión revalorizando al equipo, redescubriendo el placer de trabajar con otros como forma de lazo social y no como oposición a una autoridad alienígena. ¿Se tratará de una fratria que no está sostenida por la culpa de un crimen compartido, sino por la sinergia de un espacio construido, o sea, por el amor? Por ahora, una expresión de deseo que podría devenir decisión, o quizá la decisión ya está en marcha.

**Revista:** *La pertenencia a las instituciones «psi», ¿sigue respondiendo prioritariamente a la necesidad de un sostén de la identidad profesional?*

**G. Ventrici:** Posiblemente sí, sólo que es probable que la idea de identidad profesional no responda tanto a la filiación, como a la afiliación. En un momento de tanta desagregación del lazo social, la no pertenencia pone en juego ansiedades de no asignación y de exclusión que la ilusión de pertenencia es la única capaz de mitigar. Muchas veces es el único apuntalamiento posible para esa identidad, de ahí que el vínculo con la institución sea sentido como violencia.

Entonces, la diferencia estaría dada porque el apuntalamiento de la identidad profesional no tiene su epicentro en la identificación –con el grupo, con los maestros, con los ideales profesionales e institucionales–, sino que el apuntalamiento es en los bordes de la identidad y del grupo-institución. No es una diferencia menor, tampoco una dife-

---

<sup>6</sup> Ver *El Coste de la Excelencia* de Aubert y de Goulejac. Paidós.

rencia positiva, pero que se acerca a la realidad de lo predominante.

Contrariamente, hay otra forma de pertenencia que se apuntala en el grupo, en búsqueda de la autonomía como trabajo de subjetivación, que es otra forma de trabajar a la que no sé si llamar identidad profesional; me parece que va más allá, no está centrada en la afiliación, ni en la filiación, no se opone a ellas, más bien está en posición de elucidarlas, que es el habitar la situación profesional.

***“Tu familia - mi calvario”.***  
**Recorridos clínicos**  
**en terapias de pareja**

**Miguel Alejo Spivacow \***



(\*) Psiquiatra. Psicoanalista. Miembro Titular con función didáctica de APdeBA. Miembro Adherente de la AAPPG.  
Ortiz de Ocampo 2561. 9° «A» Cap. Federal. Rep. Argentina. TE:  
4804-8080.

Los motivos explícitos por los que las parejas piden ayuda terapéutica varían infinitamente. Un ámbito frecuente de disputas se refiere a «*cómo es tu familia*», «*tu educación*», «*cómo son las cosas en tu casa*», «*lo que hace o dijo tu familia*». Suelen sintetizar «*tenemos muchas peleas por la familia de cada uno*» y plantear, como lo resume el título, que la familia del otro es una suerte de calvario horrible de soportar.

En las líneas que siguen relataré algunos materiales clínicos y los recorridos que esos tratamientos y/o entrevistas despertaron en mí: los dinamismos vinculares que privilegié, el modo en que jerarquicé los elementos en juego. La idea es ocuparme de algunas problemáticas presentes en parejas cuyos miembros sostienen intensas investiduras endogámicas que entran en conflicto con la investidura de la pareja actual.

## I

*Gabriel y Rosa consultan porque les cuesta hablar y hacer cosas juntos. Temen terminar separados y la perspectiva los angustia mucho.*

*Gabriel: mi hijo me preguntó de qué religión era. Me agarró desprevenido.*

*Rosa: tiene siete años y los compañeros de colegio se lo preguntaron. Yo tampoco supe qué decirle.*

*Gabriel es de origen judío y Rosa de origen católico. El chico tiene un apellido que en Argentina es considerado judío, pero la religión y tradición que mejor conoce es la católica.*

*En la sesión anterior habían relatado una disputa respecto de la decoración de la habitación matrimonial. Rosa –según Gabriel– quería una decoración idéntica a la de la pieza de sus padres. Gabriel –según Rosa– no se ocupa de la decoración porque es un adicto al trabajo y lo único que hace es obstaculizar cualquier decoración posible.*

Un diálogo como el anterior ilustra una cuestión referida al *funcionamiento de los espacios comunes*: la educación de los hijos, los programas conjuntos de fin de semana, las vacaciones, la organización del hogar, las relaciones sexuales, los modos de organizar el tiempo. Todas estas cuestiones varían mucho su desarrollo según los miembros logren o no consensuar códigos y funcionamientos comunes. Tarea de consenso que siempre implica renuncia y/o duelo en relación al bagaje endogámico, dado que el otro ineludiblemente tiende a modificar los hábitos o códigos que el sujeto aporta («*Él quiere que yo cocine como su mamá*»).

Las parejas en las que no se consensúan estos códigos bilaterales respecto de los espacios comunes, suelen presentar caos, hiperdiscriminación, violencia, falta de comunicación, etc. En los funcionamientos caóticos y/o violentos, un polo hace algo que pasa por encima de las propuestas del otro (*Rosa, por ejemplo se había adelantado a encargarse cierta decoración que Gabriel rechazó*). En el caso de la hiperdiscriminación, cada uno hace su vida, por fuera del espacio común, en una suerte de interpenetración «retráctil».

Al revisar las causas de problemáticas como la descrita, surge en un primer plano que *la adhesión intensa a los objetos edípicos y/o pre-edípicos se opone a la investidura de objetos nuevos alternativos*, y por ende, a un intercambio transformador en la pareja, que consolide el proyecto de pareja exogámica: el sujeto vive inconcientemente con angustia cualquier investidura que compita con los vínculos primarios. La prevalencia o intensidad de lo endogámico, al no disminuir, traba la investidura y valoración de un encuentro con un otro exogámico y no permite el necesario reordenamiento para la construcción de códigos comunes, nuevos y exogámicos. Lo que el otro significa, en tanto nuevo y disruptivo, atenta contra lealtades primarias y empuja más a la retirada que a la consolidación de la pareja.

Toda relación amorosa, en tanto reencuentro, recoge valencias edípicas y/o preedípicas, investiduras con las que

entra en conflicto y/o equilibrio, según la pareja y el momento vital. *La cuestión es cuánto y cómo se metabolizan estas investiduras.* Cuando sobre el otro se desplazan intensas investiduras parentales poco transformadas, esto puede no producir conflicto en lo inmediato. Pero, así las cosas, el vínculo con este otro investido con valencias edípicas poco transformadas no está en buenas condiciones para enfrentar los conflictos que surgen cuando se requiere construir un espacio con nuevas semantizaciones, diferentes de las de las familias de origen.

## II

En el abordaje clínico de este tipo de conflictos, el terapeuta no debe tener *una actitud admonitoria o enjuiciadora en que la exogamia aparezca como «mejor» que la endogamia*, manifestando preferencia por una u otra. Lo terapéutico es mostrarles a ambos que la dificultad de construir entre los dos un espacio de ambos, o sea una forma más sólida, vital y activa de interpenetración, no depende tanto de las «convicciones concientes» (que es el terreno en que suele darse la discusión entre ellos, y que son siempre legítimas, como el divorcio), sino de la dificultad de tomar alguna distancia con los propios mandatos y/o amores endogámicos/narcisistas. La pareja, en efecto, suele discutir estas cosas en el terreno de las convicciones concientes, sin considerar las conexiones inconcientes.

Se trata de levantar represiones y desplegar en la conciencia de cada uno lo que se juega inconcientemente en el ámbito de los vínculos amorosos, desplegar cómo las fijaciones infantiles traban la construcción de un espacio exogámico. Espacio nuevo y diferente que, desde la perspectiva de la repetición endogámica, aparece como angustiante y amenazador. La idea debe ser mostrar opciones, no valoraciones.

*El padre de Soledad tiene una importante empresa de alarmas y servicios de seguridad. Está ligado a sectores*

*éticamente turbios del grupo gobernante en el momento de la consulta, no obstante haber hecho su fortuna mucho tiempo atrás.*

*Soledad llega a sesión con Germán. Se sientan y Soledad dice estar muy perturbada porque hoy, estando en una de las oficinas de su padre, con el que trabaja, fue a visitarla un primo que está «colifa». Cuenta una larga historia de este primo, que trabajó con ellos, y al que luego separaron del cargo, «por lo loco que está». Parece muy preocupada y cuenta que el padre le criticó haberle abierto la puerta al primo: no tendría que haberle abierto. En otras oportunidades el padre le hizo dar plata por la secretaria, pero no lo recibió en su oficina. Germán se muestra también preocupado, dice que esto es un problema externo, al que hay que darle una solución «de una vez por todas», dado que este primo no sólo está «colifa», sino que además tiene relaciones con gente «pesada»: hace tres años, cuando estos problemas empezaron, dos desconocidos se acercaron a la única hija de la pareja, Remedios, de 15 años, y le preguntaron datos de la familia. Germán relata entonces confusamente una situación peligrosa, tipo secuestro, en la que finalmente los desconocidos se fueron en un patrullero policial.*

*Le reprocha a Soledad que hablaron varias veces en el día por teléfono y que no le dijo nada. Ella le explica que lo olvidó. Cuentan que antes, cuando vivía, el que resolvía estos problemas era el abuelo paterno, un personaje muy influyente en el país. Germán dice que él sabe cómo se resuelve este problema, que va a hablar con el padre de Soledad, y explica su solución. Soledad permanece en silencio. Luego dice que ella fue esa tarde a hablar de esto con un sacerdote con el que su familia tiene mucha relación. Cuenta lo que él dijo. Germán se enoja y dice que fue a ver al sacerdote y encima le quiere hacer creer que «se olvidó». Repite que es una situación externa de peligro y que hay que hacer algo. Soledad calla.*

*En su primera intervención, el terapeuta dice que una pregunta es si se trata de un hecho externo, como dice Germán, o de un hecho no tan externo: se entiende que el primo no pertenece al círculo íntimo –es externo–, pero lo que con él suceda afecta cosas muy internas de la familia, como la seguridad de su única y adorada hija Remedios.*

*La sesión continúa en un clima en el que alternan la discusión por variadas cuestiones y el aporte de nuevos datos.*

*El discurso de Germán se centra en que él va a hablar con el padre de Soledad y resolver las cosas, porque él, al no ser de la familia y ser alguien externo, está en mejores condiciones de encarar este problema, que nadie en la familia de Soledad puede afrontar. Ella calla frente a sus largos parlamentos. Germán propone en un momento hacer una reunión con la familia. Soledad dice que le parece buena idea. Germán dice que ella no tiene que participar y se precipita una discusión. Germán termina diciendo que la situación es grave y que hay que encontrar una solución.*

*La segunda intervención del terapeuta –habían pasado alrededor de cuarenta minutos– se centra en decirles que es cierto que hay que encontrar una solución, pero que lo que él puede aportar, tal vez no pueda tener tan rápida eficacia como la que esta situación de peligro pareciera requerir. La idea, al decir esto, fue explicitar cuál puede ser el trabajo posible en una terapia de pareja, ya que ciertos relatos sobre el primo «colifa» generaban climas de extrema urgencia y peligro. Lo que sí puede hacer, como terapeuta de pareja, es ayudar a pensar cómo hablar algo que no es fácil hablar entre ellos. Pone como ejemplo los silencios de Soledad y dice que él no los enjuicia, que el desarrollo de la sesión permite comprenderlos. Propone pensar que cada uno habla de este problema desde un diferente círculo. Germán, desde el círculo de ellos dos y Remedios, Sole-*

*dad desde este mismo círculo, pero también incluida en otros que abarcan a su padre, su abuelo, al que ella quería tanto, etc. Hay diferentes lealtades en juego, son todas legítimas y cualquier posibilidad de hablar el tema debe considerarlas, cosa que no ocurre cuando hablan entre ellos.*

*A continuación, Germán relata cuánto quería él al abuelo paterno, y a la familia de Soledad, pero se queja de que si Soledad va a la reunión, todo se «emputece» y termina siendo a «la manera de ellos», que siempre hay que ir a Mar del Plata a la casa familiar de veraneo, que siempre tiene que haber una comida familiar los sábados al mediodía, etc.*

*El terapeuta dice que él cree que las palabras de Germán son una especie de respuesta a lo que él dijo: que Germán está de acuerdo en considerar todas esas lealtades contra las que él no tiene objeción. Pero que en muchas oportunidades en que parece que eso va a suceder, lo que Germán siente es que no se le da un lugar importante, que quiere un lugar de mayor importancia.*

### III

La labilidad o ambivalencia en la investidura a un otro puede originarse en muy diferentes situaciones. La situación a que vengo refiriéndome es la adhesión libidinal predominante o casi exclusiva a los objetos primarios, infantiles; son los casos en que suelen aparecer peleas por las familias en los contenidos manifiestos. Otra situación, también frecuente, es la investidura exclusiva de las propias representaciones narcisistas. En el primer caso, las parejas transmiten un clima de deslealtad o secuestro («*está prisionera/o de sus padres*»), en el segundo, la acusación que circula suele aludir al egoísmo o la indiferencia («*No te importa ni lo que hago ni lo que pienso: vos sos el centro del mundo*»). Uno y otro caso plantean diferentes problemas clínicos, hay *diferentes formas de interpenetración*

(gráficamente, una es «filiocéntrica» –gira alrededor de la posición de hijo/a de un cónyuge con sus padres– y la otra es «egocéntrica» –gira alrededor del narcisismo distrófico de uno u ambos *partenaires*). Otra causa habitual de investidura lábil o ambivalente al *partenaire* se da en los segundos matrimonios. El «reincidente» vive a su nueva pareja como una deslealtad para con sus hijos del primer matrimonio.

En el curso de los tratamientos es importante ir mostrando las diferentes semantizaciones, explicaciones o motivaciones que surjan en el análisis acerca de la labilidad o ambivalencia en la investidura. A medida que el tratamiento progresa, conviene que el terapeuta sea cada vez más sensible a la variedad de determinaciones psíquicas que puedan desprenderse del material. De otra manera, *si en el análisis de los conflictos el analista enfatiza excesivamente las determinaciones que provienen de la ligazón a la endogamia, se repite en el tratamiento el encierro endogámico del que la pareja pidió ayuda para salir.*

#### IV

El concepto de *interpenetración o penetración recíproca* esclarece algunos dinamismos de la relación de pareja. En un trabajo previo (1998) lo propongo como un término «ómnibus» que abarca una variedad de intercambios descritos por diferentes autores: desde la sociabilidad sincrética conceptualizada por Bleger, hasta los modos verbales más discriminados de comunicación. Intercambios de diverso nivel, variados y multiformes, en el seno de un vínculo que funciona aquí y ahora. La interpenetración da cuenta de la producción recíproca de psiquismo en un vínculo, de los procesos de contacto e interinfluencias que llevan a que uno y otro modifiquen sus subjetividades en el encuentro. Tiene diferentes estilos y según el momento y la relación puede ser cliché, evitativa, vital, desvitalizada, retráctil, etc.



En las parejas con los conflictos que describo –dificultad de construir un espacio exogámico y fuerte adhesión a lo endogámico– hubo desde siempre en la interpenetración con el *partenaire* una poderosa investidura de lo endogámico que restaba vigor a lo que el otro, exogámico, ofreciera en cuanto a placer o proyecto. Los modos de presentarse esta situación pueden ser muy distintos en la fenomenología de la superficie de interacción: violencia, caos, incomunicación, celos, etcétera.

La observación y monitoreo de la interpenetración es una forma excelente de ver la forma en que se juega el vínculo con un objeto que, por lo diferente y nuevo, plantea conflictos de lealtad con lo viejo, los objetos endogámicos e incestuosos. *Es importante ver cómo en ella tiende a desmentirse la singularidad del otro; las diferencias y especificidades que hacen a la identidad del otro son registradas con fuertes interferencias, derivadas de las semantizaciones previas, resultantes de la endogamia.*

¿Cómo pensar, desde el concepto de interpenetración, el desconocimiento de la diferencia con el otro y de su singularidad?

El trabajo psíquico de la interpenetración, cuando se realiza en un vínculo no capturado en el polo de la repetición, supone una *diferencia reconocida concientemente entre el objeto externo y el interno y, por ende, desde el interior del sujeto, una propuesta de conocimiento*. Cuando se realiza en plenitud, se produce, como diría Janine Puget, «*en clave de diferencia*» (Puget J., 2001): de otra manera estamos en el terreno de las formas psicotiformes y regresivas de la interpenetración. Sabemos, en efecto, que la interpenetración se sostiene siempre en una captación libidinal del otro, radicalmente influida por los inconcientes en juego, con el consiguiente malentendido. No se apoya en una información precisa sobre cuestiones materiales, no se trata de una cognición «científica» ni de un registro fotográfico. Pero, si bien la captación es libidinal, tampoco se apoya en una percepción sin objeto

–alucinación–; si así sucede, estamos en el terreno de la más franca patología.

La escucha de un amigo se ubica como una experiencia única, no por lo idealizada sino porque *aspira a conocer la singularidad del otro y del encuentro*. ¿Qué diferencia el vínculo entre dos amigos o miembros de una pareja de una interacción de otro tipo, digamos con alguien que nos atiende en una ventanilla? La comunicación con una persona que nos atiende en una ventanilla, no se diferencia demasiado de la que se tiene con una computadora: interesa ahí la función que cumple y no la singularidad de su subjetividad ni del encuentro. Creo que a esto se refiere Saint Exupéry cuando, en *El Principito*, reflexiona acerca de la creación de vínculos y lazos entre seres humanos. El principito le dice a un posible amigo, el zorro: «*Serás para mí único en el mundo. Seré para tí único en el mundo*». (pág. 68)

El trabajo psíquico de la interpenetración tiende, en una relación no coagulada en el polo de la repetición, a conocer la singularidad del otro. En las parejas a las que me refiero, esta dimensión de la interpenetración suele estar fallida. Dicen tener conversaciones largas y difíciles, *de sordos*, en que *no se entienden*, que *necesitarían un traductor*. La interpenetración funciona como una percepción sin objeto: no se hace el trabajo de registrar al otro en su singularidad, peculiaridad o diferencia.

## V

La interpenetración en la pareja es un *trabajo psíquico cuya consolidación depende*, entre otras cosas, *de poder ir más allá del funcionamiento psíquico tipo «todo o nada»* característico del enamoramiento y del funcionamiento pasional amoroso (también de otros procesamientos psíquicos. [P. Aulagnier, 1975]). En los vínculos de pareja en que uno u ambos tienen una intensa investidura de sus objetos endogámicos, este tipo de funcionamiento «todo o

nada» está especialmente exacerbado, al servicio de sostener la investidura de la endogamia.

*Roberta: Estamos muy bien, parece mentira que en cuatro sesiones que vinimos, haya cambiado todo tanto. Yo pensaba dejar de venir o venir más espaciado, una vez cada quince días.*

*Pablo escucha en silencio.*

*Roberta: lo que me parece que todavía no está bien es que cuando nos peleamos, no sé...Relata confusamente una situación en que no se ponen de acuerdo en algo, por ejemplo el nombre para un futuro hijo: entonces «se pudre todo», en esos momentos ella quiere separarse. Describe una interacción muy apasionada entre ellos, que el terapeuta denomina blanco o negro, y ella está de acuerdo con esta descripción.*

En el enamoramiento, los desencuentros suelen desmentirse, o ser desinvertidos por algún otro mecanismo; los conflictos sufren por diferentes vías un proceso de minimización. Más allá del enamoramiento inicial, en toda pareja se presenta el trabajo psíquico de metabolizar desencuentros –no desmentirlos ni minimizarlos– y sostener una investidura, que, dado lo inevitable de la frustración, está amenazada.

En la dinámica del enamoramiento, la interpenetración tiene características disímiles, es masiva pero lábil: desde el imaginario de los *partenaires*, tiene la masividad del «todo o nada»; desde una perspectiva más centrada en el principio de realidad, la investidura del otro es, en realidad, frágil. Sin duda, la fragilidad no debe llevar a menospreciar la fuerza de la investidura. ¿Cómo trabajar esta dimensión de la vida de pareja? Un camino es mostrar que el funcionamiento de superficie «*poco tolerante*», «*hipersensible*», corresponde en lo inconciente a un funcionamiento cercano al principio del placer y a la correspondiente intolerancia a la frustración. En efecto, frente al displacer que llega del otro vía principio de realidad, se deposita/proyecta en él (Pichon Rivière E., pág. 49-50), vía princi-

pio del placer, la «responsabilidad» del sufrimiento. Al mismo tiempo, inconcientemente se inviste-*alucina* un encuentro con alguien que no implicaría los displaceres del *partenaire* actual. En las parejas con la conflictiva que refiero, este tipo de funcionamiento está particularmente activo y la exploración del material, cuando es posible, muestra que el objeto con el que inconcientemente se produce el encuentro mágico y aconflictivo suele tener el formato, la impronta de algún objeto endogámico e incestuoso.

*Pablo y Roberta siguieron hablando, y el terapeuta en silencio. En lo manifiesto del discurso, cada uno le echaba al otro la culpa del sufrimiento que atravesaba. Empezaron a aparecer críticas de Roberta a Pablo respecto de la música de «rock pesado» que le gustaba escuchar, cómo se iba del mundo escuchando a un cantante que se había suicidado y cuyas letras hablaban de matar a otro, cómo le hacía escuchar estas canciones a su sobrinita de cinco años, Yakira. Surgió el tema que había desencadenado la consulta: una depresión severa de Roberta a partir de la muerte de su padre. Aparecieron recuerdos de Roberta en los que cruzaba la calle sin mirar y hacía cosas peligrosas: «Sentía que no podía pasarme nada, que no podía morirme». El terapeuta dijo que a los dos les costaba trabajo salir del «blanco o negro» entre ellos, relacionando esto con la alternancia de Roberta en cuanto a la relación: en el comienzo habla de venir menos, porque «ahora, había cambiado todo tanto» y un instante después cuenta las ideas repentinas de separarse por una discusión sobre un nombre. Agregó que también cada uno consigo mismo tenía viejas y no resueltas dificultades en cuanto a funcionar «blanco o negro» y que de eso venían hablando: los climas oscilantes de Pablo (del no hablar y el «no pasa nada» al clima de suicidio) y de una bipolaridad «omnipotencia-derrumbe» en Roberta. En el discurso conjunto, siguieron apareciendo asociaciones con funcionamientos psíquicos de esta índole y el analista continuó conectando los funcionamientos entre ellos con los funcionamientos que relataban como historias individuales.*

## VI

El concepto de *acuerdo defensivo* (Jean Lemaire, 1979) ayuda a entender algunas de las dificultades que encontramos en el abordaje de estas problemáticas, el modo y estilo de la interpenetración, las violencias y crisis que en ella se suscitan. En su descripción de este concepto, Lemaire explica, con su terminología (pág. 67), que en la elección de pareja que corresponde a una intención de duración, la elección del compañero es estrechamente dependiente de la organización defensiva: las características del otro se eligen con vistas a reforzar los mecanismos de defensa destinados a cerrarle el paso a las pulsiones parciales vividas como amenazantes, principalmente las que son extrañas al conjunto pulsional «egosintónico». Este modo de pensar es cercano al que proponen Puget y Berenstein al describir el concepto de «contrato inconciente», «acuerdos» y «pactos» (1988, pág. 36). En las dos teorizaciones, se pone un gran énfasis en subrayar cuánto la elección de pareja duradera está sostenida por la contribución que implica «al equilibrio personal y a la organización defensiva del yo» (Lemaire, pág. 57).

En las parejas en que uno u ambos están fuertemente ligados a los objetos endogámicos, debe recordarse permanentemente que estas ligaduras hacen a la homeostasis narcisista y defensiva de ambos polos, con todo lo que esto implica en cuanto a la resistencia y dificultad de cambio. Es recomendable que el analista transmita a los pacientes, en el trabajo sobre estas ligaduras, la misma actitud que Freud propone en el neurótico hacia su neurosis, cuando dice que tendría que sacar de ella algún aprendizaje sobre sí, no mirarla como un objeto extraño, sino como «un fragmento de su ser que se nutre de buenos motivos» (Freud S., A. E. T. XII, pág. 154). Este tipo de actitud requiere del terapeuta un trabajo elaborativo importante sobre sí mismo respecto de la tendencia, en nuestra cultura, a plantear la exogamia como un imperativo moral («*Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y estará unido a su mujer, y los dos vendrán a ser una sola carne*». Génesis 2, 24). El

terapeuta, entonces, debe ser cauto y no mostrar «preferencia» por la exogamia –a sabiendas, por supuesto, de que la endogamia es lo regresivo–; así se evitan intervenciones fuera de *timing*, que muchas veces llevan a la interrupción de los tratamientos.

Los acuerdos defensivos inconcientes organizan cómo cada uno respeta de manera efectiva ciertas áreas conflictivas del otro. La crisis implica una necesidad de cambio y una oportunidad, pero no debe menospreciarse la dificultad de cambio, ya que si las cosas fueron como fueron, así lo requería la homeostasis narcisista de cada uno de los integrantes de la pareja.

## VII

Cabrían muchas consideraciones en lo referido a la *formulación de la intervención* –algunas ya las he expuesto. Mi experiencia personal y la discusión de casos con colegas y supervisiones me ha llevado a observar que, en ocasiones, en la línea interpretativa se infiltra la opinión de que los padres de uno o de ambos «*son los malos de la película*». Obviamente esto es una proyección, o como decía Meltzer, una forma de eludir la responsabilidad psíquica por los objetos internos.

Cuando la ambivalencia/desvitalización en la investidura al *partenaire* es fuerte y se asocia a una intensa investidura a objetos parentales, hay que evaluar cuidadosamente la conveniencia de mencionar explícitamente a los padres en la formulación verbal de la intervención, dado que puede favorecer el tipo de proyección de la que hablo: lo más conveniente, dentro de los límites de cualquier generalización, es tener a los padres de ambos como los restos diurnos de un sueño relatado, sin que el analista se precipite a relacionar explícitamente algo con ellos. Dejar que esta relación la establezcan los pacientes ayuda a evitar que los vínculos endogámicos queden rígidamente significados como malos y/o que se deposite en ellos lo que debe diri-

mirse en el terreno del sujeto. Con todas las consideraciones que merezca el *timing*, la cuestión debe irse ubicando en el terreno de las responsabilidades psíquicas de los miembros de la pareja, cómo compatibilizan sus lealtades y cómo se ubican frente a las del otro.

La formulación verbal de la intervención requiere un previo trabajo elaborativo en la subjetividad del terapeuta, lo que clásicamente se llamó contratransferencia. La endogamia no es mala: sólo muestra la organización psíquica regresiva en el/los pacientes. Tampoco hay en ella ninguna malevolencia ni intención maligna. Posiblemente, cuanto más se ama y valora todo lo que constituye nuestro bagaje endogámico, también sucede que éste halla un modo de vigencia, transporte, inclusión e integración en la identidad, que es el que más permite la inscripción de nuevas marcas, la investidura de nuevos otros, etc. Esto es muy importante que lo tenga claro el analista; así queda en mejores condiciones para interpretar adecuadamente el maniqueísmo que suele flotar en las discusiones entre los *partenaires* referidas a «*mi familia y tu familia*».

### VIII

Para terminar, un comentario sobre el *pronóstico*. ¿Cómo responden a un tratamiento de pareja este tipo de problemáticas? ¿Es posible decir algo que sea válido para una población tan heterogénea, a pesar de las semejanzas, en lo manifiesto, de los motivos de consulta? Sucede con estas problemáticas lo que en todo tratamiento de pareja: el mejor pronóstico es el de aquellos vínculos en los cuales los dos tienen mucho interés en mejorar su relación «*porque se aman, aunque se matan*». Esta transferencia con el *partenaire* es el mejor motor para un tratamiento. En mi experiencia, los mejores resultados –y pueden ser muy buenos– se obtienen en los pacientes que manifiestan el deseo de llevarse bien con el otro, al que sienten que aman, pero consultan porque al mismo tiempo entran en disputas que los consumen. En otro tipo de casos, los resultados son más

pobres. Por ejemplo, cuando ya estaba decidida la separación, pero antes de hacerlo se proponen «*un último esfuerzo*» y piden tratamiento.

## Bibliografía

- Aulagnier, P. (1975) *La violencia de la Interpretación*. Edit. Amorrortu, Bs. As., 1977.
- (1979) *Los destinos del Placer*. Ediciones Petrel, Barcelona, España, 1980.
- Berenstein, I.; Puget, J. (1997) *Lo vincular*. Edit Paidós, Bs. As., 1997.
- Framo, J. (1982) *Exploraciones en Terapia familiar y matrimonial*. Edit. Desclée de Brower, Bilbao, 1990.
- Freud, S. (1914) Recordar, repetir y elaborar. *O.C.* Edit. Amorrortu. T. XII, 1980
- Krakov, H. (1997) Psicoanálisis de pareja y angustia de vincularidad. Ficha.
- Lemaire, J. (1979) *La pareja humana: su vida, su muerte, su estructura*. F.C.E. México, 1986.
- Pichon Rivière, E. (1995) *Diccionario de términos y conceptos de psicología y psicología social*. Edit Nueva Visión, Bs. As., 1995.
- Pérez, A. (2001) *Psicoanálisis. Pediatría, Familia y Derecho*. Buenos Aires. 2001.
- Puget, J. (2001) Participación en la Mesa Redonda de la A.A.P.P.G. el 22-6-2001: Final de análisis en clave de diferencia. Ficha, 2001.
- Puget, J.; Berenstein, I. (1988): *Psicoanálisis de la pareja matrimonial*. Edit. Paidós, Bs. As. 1988.
- Saint Exupéry, A. (1946) *El principito*. Emecé. Bs. As., 1951.
- Spivacow, M. A. (1998) Bosquejo para una teoría del vínculo de pareja. Trabajo leído en la Reunión plenaria del Departamento de pareja de la A.A.P.P.G. el 4-9-1998. Ficha.



## Resumen

*El trabajo se centra en el abordaje clínico de parejas cuya problemática principal son peleas sobre «tu familia», la familia del otro, y en algunas características de su funcionamiento vincular. En los casos a que se refiere el artículo, la determinación fundamental pasa por una intensa investidura de objetos endogámicos en uno o en ambos miembros. Se analiza el modo de vincularse de estas parejas a la luz del concepto de interpenetración: en estos vínculos se da un pobre reconocimiento de la singularidad del otro, dado que su registro está interceptado o dificultado por las investiduras de los objetos endogámicos. Apoyándose en el concepto de acuerdo defensivo, se subraya lo mucho que debe considerarse la homeostasis narcisista de los polos al considerar el timing de la intervención, dada la influencia en esta homeostasis de los vínculos con los objetos endogámicos.*

*Se desarrollan algunas recomendaciones técnicas: en cuanto a la actitud contratransferencial, se advierte sobre el riesgo de que ésta sea enjuiciatoria; se propone que al evolucionar la terapia, el terapeuta tenga el cuidado de no enfatizar excesivamente las determinaciones que provienen de la ligazón a la endogamia y de abrir el trabajo a otras determinaciones psíquicas, cuidando de no repetir en el tratamiento el encierro endogámico del que la pareja pidió ayuda para salir. También se recomienda evaluar la mención explícita de los padres, teniendo el cuidado de no promover una depositación en ellos de la problemática.*

## Summary

*This paper is centred on a clinic approach of couples whose principal problems are fights about «your family» the others family and in some characteristic features from its links functioning. Patients taken into account in this paper, the main determination passes by an intense investment of endogamic objects in one or both members. Ways of being bound together are analyzed by the light of inter-*

*penetrating: in these relationships a poor recognition of the other singularity is found because it's registration is being intercut off by the endogamic object's investment. Supporting on a defense concept of agreement, it is underlined how it has to be considered the narcissistic equilibrium from opposite extremes at the moment of talking into account the «timing» of intervention, due to it's influence in homeostasis of this type of links (endogamic objects linkages).*

*Thecnic recommendations are developed: contra-trasferal attitude: it is pointed out the risk of a judgement intervention It is proposed to the therapist that with the evolution of therapy to take care not to emphasize determinations that come from endogamic laces and to open work to other psychic determinations taking care not to repeat during treatment the same endogamic prison from which the couple asked help to come out. Also, it is not recommended to make explicit parent's mention evaluating not to place inn them their problems.*

## **Résumé**

*Le travail est centré sur l'abordage clinique de couples dont la problématique essentielle est liée aux disputes concernant «ta famille», la famille de l'autre, et sur certaines caractéristiques du fonctionnement de ces liens. Dans les cas présentés ici, la principale détermination est due à un intense investissement des objets endogamiques chez l'un ou chez les deux membres du couple. Le lien qui se crée dans ces couples est analysé en partant du concept d'interpénétration: dans de tels liens, il existe une faible reconnaissance de la singularité de l'autre, puisque le registre est intercepté ou rendu difficile par les investissements des objets endogamiques. A partir du concept d'accord défensif, l'on souligne l'importance de tenir compte de l'homéostasie narcissique des pôles au moment de considérer le timing d'une intervention, vu l'influence, dans cette homéostasie des liens avec les objets endogamiques.*

*Quelques recommandations techniques sont développées: quant à l'attitude contre-transférentielle: l'on souligne le risque d'émettre des jugements de valeur; il est également proposé qu'au fur et à mesure que le traitement évolue, il est important que le thérapeute n'insiste pas excessivement sur les déterminations qui proviennent de la liaison à l'endogamie, en ouvrant le travail vers d'autres déterminations psychiques, pour ne pas rééditer à l'intérieur du traitement l'emprisonnement endogamique duquel le couple cherche à sortir avec l'aide du thérapeute. Il est finalement recommandé d'évaluer la mention explicite aux parents, en tâchant de ne pas déposer à ce niveau la problématique en question.*

# **PRESENTACIÓN A MIEMBRO TITULAR**

# **El primer narcisismo y el grupo**

**Mirta Segoviano \***

(\*) Licenciada en Psicología. Miembro Titular de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo y Profesora Titular de Teoría Psicoanalítica de los Grupos en el Instituto de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares.  
Monroe 2613, 1° P Depto.6 (1428) Ciudad de Buenos Aires  
e-mail: msegoviano@ciudad.com.ar

«Un helado día de invierno, los miembros de la sociedad de puercoespines se apretujaron para prestarse calor y no morir de frío. Pero pronto sintieron las púas de los otros, y debieron tomar distancias. Cuando la necesidad de calentarse los hizo volver a arrimarse, se repitió aquel segundo mal, y así se vieron llevados y traídos entre ambas desgracias, hasta que encontraron un distanciamiento moderado que les permitía pasarlo lo mejor posible»

Schopenhauer, 1851

¿Cómo llega a ocurrir que un conjunto de desconocidos pase a conformar lo que, a partir de entonces llamarán «grupo», y será visto por ellos mismos, y por quienquiera los observe, como una unidad: una unidad en la medida en que «aspira» a actuar como tal, en la medida en que parece hacerlo?

### *1. Antecedentes*

En su *Psicología de las masas y análisis del yo*, al tratar juntas las dos formaciones que enlaza en el título, Freud inicia el despliegue de lo que en psicoanálisis ha insistido como un nudo problemático: la relación conflictiva entre el grupo y el narcisismo individual<sup>1</sup>, en cada humano «llevado y traído entre ambas desgracias».

Freud propone que el grupo es posible gracias a la idealización de un intermediario: persona o idea con un estatuto y una jerarquía diferentes a los que corresponden a los miembros del grupo, quienes a consecuencia de la comuni-

---

<sup>1</sup> Por su parte, René Kaës (1993) ha señalado la «afinidad conflictiva» entre psicoanálisis y grupo.

dad en la idealización, pueden identificarse entre ellos. Se ocupa entonces de las relaciones que mantienen entre sí los mecanismos de identificación e idealización, que explicarían la «resolución» de lo que sería el conflicto yo/grupo de otro modo infranqueable.

En un primer momento, Freud indica que identificación e idealización serían mecanismos opuestos, desde el punto de vista del enriquecimiento o empobrecimiento del yo en cuanto al aflujo de libido. En la identificación, la libido tiene por destinatario al yo, abandonando al objeto; en la idealización abandona al yo para sobrestimar al objeto a expensas de la investidura narcisista.

Sin embargo, dice Freud, tal oposición es en realidad un espejismo. Ambos mecanismos pueden efectivamente coexistir, puesto que es posible distinguirlos de otro modo, dice, según «*que el objeto se ponga en el lugar del yo o en el del ideal del yo*». En ese caso, el objeto *perdido*, puesto que su pérdida es la condición de la identificación, podrá ser sin embargo conservado en la idealización, como objeto *idealizado*.

Vemos así cómo, lo que resultaba un conflicto entre investiduras dirigidas al yo e investiduras dirigidas a algo que le era externo, el objeto, se convierte en un conflicto entre instancias psíquicas. Esta «solución», con la que afirma concepciones que lo llevarán a formular su segunda tópica, indica el interés privilegiado de su estudio: no tanto la especificidad *del grupo como objeto*, sino sobre todo *el análisis del yo*.

Cuando W. R. Bion (1948) emprende sus investigaciones, se posiciona de un modo muy diferente al de Freud: su objeto de análisis *es* el grupo –quiere *comprender al grupo*–, y se interroga por esos modos de comportarse un «agregado» de personas «como si se hubieran puesto de acuerdo». Propone entonces que algunas formaciones inconscientes de cada uno son aportadas unánime, anónima e involuntariamente en un continente que llama «mentalidad



grupal». La «mentalidad grupal» entra en conflicto con «el individuo», es decir, las necesidades *individuales*, produciéndose entonces una formación de compromiso, la «cultura de grupo». Apuntemos aquí que esta formación fantasmática –constituida por los supuestos básicos, derivaciones de una *fantasía de escena primaria muy primitiva*– resultaría entonces, por su capacidad de *administrar* las relaciones entre lo individual discriminado y lo colectivo indiscriminado, una *formación intermedia*ria.

La diferencia de acento entre las perspectivas de Freud y de Bion, interesado uno más bien por el objeto *yo* y el otro sobre todo en el objeto *grupo*, tiene más de una consecuencia. Al partir de una mirada que podríamos llamar «grupalista», Bion contribuye a la comprensión del fenómeno grupo con ideas decisivas. Por un lado, pese a definir a la unidad grupo como una fantasía, es la *realidad material* del grupo la que promueve la activación de aquellas formaciones psíquicas que le son específicas.<sup>2</sup> Por otro lado, deja de ver a la persona del líder como lo que reúne en primer lugar al conjunto, para considerar al propio liderazgo ya como un fenómeno de producción grupal.

No obstante, y más allá de sus divergencias, tanto Freud como Bion encuentran en el nudo de la relación individuo/grupo un conflicto cuya superación exige la presencia o la creación de un intermediario.

Por su parte, Didier Anzieu (1978), que retoma en sus propias contribuciones la idea de Bion acerca de la fantasía como mediadora en esa relación individuo/grupo, desarrolla la fecunda hipótesis de una *analogía entre grupo y sueño*. Analiza entonces las conexiones entre el grupo y el yo desde el punto de vista de las regresiones que ambas situaciones –tanto el grupo como el sueño– suscitan. Entre ellas, aunque alude a la regresión hacia los narcisismos

---

<sup>2</sup> Posteriormente René Kaës ha desarrollado la idea de una especificidad de la *realidad psíquica* propia del grupo. Cf. el concepto de *aparato psíquico grupal* (1976, 1993).

primario y secundario, se ocupa, tal como lo anuncia en el texto, sólo del último (op. cit. pág. 83). Y es seguramente por este motivo que no encuentra obstáculo en indicar *al mismo tiempo* que el grupo es una *amenaza primaria* para cada yo que quiere verse como la *unidad independiente* que pretende haber llegado a ser, y también que los humanos *entran al grupo como al dormir entran al sueño*.

La primera proposición, del grupo como amenaza para el individuo (indiviso), indica evidentemente la presencia del conflicto yo/grupo. Pero, ¿qué decir de la segunda? ¿es el sueño igualmente amenazante?

Cuando experimentamos o percibimos la inquietud que la conformación de un nuevo grupo produce, no podemos menos que decirnos que la entrada al sueño no es generalmente tan perturbador: *queremos dormir, queremos soñar*, y es más bien *cuando esto no ocurre* que nos sentimos angustiados. Por lo tanto, más allá del notable aporte que debemos a la aguda formulación de sus analogías, debe de haber alguna diferencia esencial entre «entrar a un grupo» y «entrar al sueño».

## 2. *El primer narcisismo*

En cuanto al conflicto yo/grupo, realmente parece difícil considerar de otro modo que conflictiva esa relación si sólo tomamos en cuenta el narcisismo que inviste al yo como objeto. Pero, si en cambio nos remontamos más atrás en el desarrollo evolutivo y nos ubicamos en los comienzos de la vida mental, evidentemente grupo y yo no pueden oponerse, sino que constituyen una misma y única realidad psíquica.

Tomando las indicaciones de Freud (1914) acerca del origen del narcisismo del niño como una herencia y una continuación del narcisismo de los padres, idea que Piera Aulagnier (1975) formalizaría en su concepción del contrato narcisista, resulta claro que *el primer narcisismo es*

*compartido*. Es compartido en el sentido de la *indiscriminación*, puesto que la investidura, conjunta, tanto de la madre (o de los padres) como del niño, recae sobre la continuidad, esa unidad madre-niño de la que *sólo luego surgirán el yo y el objeto*. Pero, puesto que la madre ya ha pasado, mal o bien, por esos procesos diferenciadores, el primer narcisismo también es compartido en el sentido de la *reciprocidad*, de lo que podríamos representarnos como un *feed-back* narcisista.<sup>3</sup>

*La creación-hallazgo del yo. El no-yo*

El *nuevo acto psíquico* por el que se constituye el yo como una diferenciación, como una nueva unidad, tendrá lugar precisamente *dentro de aquella primitiva entidad*, surgiendo desde ella. Y es sólo entonces que el narcisismo podrá establecerse, novedosamente, como «individual».

El narcisismo individual, el que inviste al yo como objeto, es por lo tanto *secundario* al primero, y no puede producirse sino a partir de ese antecedente: la investidura narcisista primaria de la unidad formada con la madre.

El *nuevo acto psíquico* por el cual el yo deviene objeto es el de una creación-hallazgo. El yo es efectivamente un objeto *hallado* porque ha sido anticipado y posibilitado *en la mente de otro/s*, es decir en un espacio psíquico que lo precede. Sin embargo, esta anticipación no basta para ga-

---

<sup>3</sup> Con respecto a la mutualidad en el narcisismo primario, cf. el esclarecedor análisis de P. C. Racamier en su *Antædipe et ses destins*, cuando describe la *seducción narcisista*: «proceso activo, potente, mutuo, que se establece originalmente entre el niño y la madre, en el clima de una fascinación mutua de naturaleza forzosamente narcisista. Subtendiendo esta seducción: una fantasía de unísono, de complesión y de omnipotencia creativa. Una divisa: “juntos al unísono, hacemos el mundo, a cada instante y para siempre”. Después de todo la seducción narcisista no está solamente en la fantasía. Está en la interacción. Pasa por el cuerpo. Sus instrumentos: la mirada y el contacto cutáneo.» (pág.21-22)

rantizarlo, porque, llegado el momento, tendrá que ser *creado*, justamente por un *nuevo acto psíquico*. La anticipación es solamente –y también, nada menos que– una *disposición significativa*. Pero la *significación* en sí exige una apropiación, un trabajo psíquico de retoma, por cuenta propia, de lo que está allí para ser tomado.

Esta creación-hallazgo de la que resulta el yo sólo puede ocurrir por apuntalamiento: apuntalamiento en el cuerpo y el psiquismo propios, en el cuerpo y el psiquismo de la madre, en el grupo y en la cultura.

Como lo ha mostrado René Kaës (1978, 1984, 1993), el apuntalamiento del psiquismo en su proceso de construcción y desarrollo es múltiple. Su investigación ha puesto de relieve cómo la obra freudiana tomada en su conjunto autoriza a considerar más de un lugar de apuntalamiento para la psique. Ya no se trata de un único puntal, el que toma la pulsión en el cuerpo propio, descrito en los *Tres ensayos* –y devenido clásico en la literatura psicoanalítica. Tanto la construcción del yo como la del objeto encuentran apuntalamiento en la relación con las funciones maternas. La creación del yo se apuntala, por ejemplo, en la función paraexcitadora primero cumplida por la madre; la elección anaclítica del objeto toma como puntal la relación antes establecida con ella. Por otro lado, como se desprende de las investigaciones emprendidas por Freud en *El porvenir de una ilusión* y en *El malestar en la cultura*, las instancias ideales, las identificaciones, las imagos, los complejos son formaciones colectivas que se apuntalan en el grupo y en la cultura. El conjunto de estos lugares de apuntalamiento constituye precisamente la red que posibilita la mentalización.

Siguiendo esta misma concepción, que el yo sea creado por apuntalamiento sobre el narcisismo primario significa que entre lo que funciona como puntal y aquello que se apuntala existe una relación compleja, en la que intervienen los tres elementos con que R. Kaës caracterizó a este mecanismo. En primer lugar, un *apoyo*: en un punto, el

puntal y lo apuntalado *hacen cuerpo*, es decir que, en ese punto, no podríamos distinguir uno del otro. En segundo lugar, lo apuntalado *se modela sobre* lo que sirve de puntal: como, por ejemplo, cuando el mecanismo psíquico de identificación toma su modelo de la incorporación oral. En tercer lugar, entre el puntal y lo apuntalado existe una separación, un espacio de entreapertura donde el puntal está *ausente*. En ese espacio de separación entre puntal y apuntalado, ese espacio de *ausencia* del puntal, deberá ocurrir, aunque nada lo garantiza, un pasaje transformador, una transcripción creadora de la que resulta entonces algo nuevo. Esa ausencia del puntal es la condición que permite, aunque, como decíamos, no asegura, este pasaje de un nivel a otro, o de un objeto a otro. Es en ese momento y en ese acto que el puntal se constituye a la vez como un «objeto» y un no-objeto, en la medida en que, perdido, resulta al mismo tiempo el trasfondo del nuevo objeto creado.

Por lo tanto, la constitución del objeto-yo por apuntalamiento significa que el narcisismo individual, secundario, que lo inviste, además de haberse *apoyado en y modelado sobre* el narcisismo primario, ha debido entonces en parte «perderlo». La «pérdida» de esa continuidad, es condición de la creación del yo. Esa ausencia, y el trabajo de elaboración de esa ausencia de la unidad indiferenciada, son el lugar y el proceso de construcción del nuevo objeto. En tanto por su parte, la estructura que ha funcionado como puntal equivaldrá en este caso, en su dimensión de no-objeto, al *no-yo*.<sup>4</sup>

Así, la grupalidad narcisista primaria tiene con el yo una relación a varias vías. Por un lado, es indistinguible de él en un punto donde ambas estructuras convergen y se confunden. Por otro lado, está metafóricamente reconstruida en el yo que se ha modelado sobre ella. Finalmente, la

---

<sup>4</sup> Tal perspectiva es coincidente con la que, desde presupuestos diferentes, sostiene José Bleger (1971) cuando describe a la sociabilidad sincrética como el no-yo.

grupalidad narcisista primaria *es el negativo del yo*, lo que el yo ha debido perder-abandonar para ser.

### *Narcisismo y apuntalamiento*

Según esta perspectiva, es evidente que la relación entre narcisismo y apuntalamiento no se puede definir unívocamente como de oposición, como podría hacerlo parecer a primera vista la distinción que Freud propone cuando describe las dos modalidades de la elección de objeto.

Así, la relación entre narcisismo y apuntalamiento se dejaría describir más bien como una tensión entre tendencias. Por una parte, la tendencia propia de la dimensión narcisista, como tendencia a la conservación del modo y los objetos de satisfacción ya conseguidos, con rechazo de la pérdida, de la ausencia y de la prohibición.<sup>5</sup> Por otra parte, la tendencia propia del apuntalamiento, como disposición al reconocimiento de que algo falta y a su reemplazo en una *multiplicación* de los modos y los objetos capaces de producir en su lugar la satisfacción –con el consecuente trabajo de duelo por *lo único*.

Pero debemos tener en cuenta que, desde el punto de vista según el cual el móvil último de todo trabajo de desprendimiento y de construcción es la aspiración a la perpetuación y la ampliación de la unidad, ambas tendencias son complementarias: toda creación tiene algo de pseudopodio, algo de extensión y de afirmación del yo. En última instancia, es esta búsqueda narcisista de recuperación de lo que *habría sido y podría volver a ser un todo* lo que funciona como motor e incentivo para el trabajo psíquico. Es ella la que incita el trabajo de elaboración de la pérdida, ya sea que esta elaboración se exprese en una

---

<sup>5</sup> Acordamos en esto con el sentido que P. C. Racamier prefiere dar a *narcisismo*, que «designa menos la orientación de las investiduras (centrípeta) que su *cualidad* (justamente, inmóvil).» (*op.cit.*, pág. 42).

nueva identificación o en la creación-encuentro de un nuevo objeto de amor.

### 3. *Narcisismo primario, masa, grupo*

#### *La angustia de dilución*

Ahora bien, ¿qué significa para el yo una regresión al narcisismo primario?

Por lo que hemos expuesto, la predominancia que, en cualquier caso que consideremos, pudiera adquirir el narcisismo primero, previo a la constitución del yo, y que por lo tanto no supone al yo como *acto*, sino sólo –y eventualmente– como una *potencialidad*, como una *anticipación en la mente de otro*, significa para él una puesta en crisis.<sup>6</sup> El yo, formación transicional, objeto primero ofrecido y luego creado, es puesto en crisis en el aspecto según el cual se piensa como «no debiendo nada a nadie». En este sentido, la crisis afecta a la creencia del yo en cuanto a ser una unidad autónoma desde el origen y por lo tanto amenaza cuestionar su capacidad autogenésica.

Proponemos, entonces, que *las angustias que inundan al yo en el momento de verse puesto junto con otros, de encontrarse en un conjunto de desconocidos, corresponden al desapuntamiento del narcisismo secundario, en la actualización del narcisismo primario*. Esa grupalidad primaria que antecede al yo, no necesariamente lo pre-supone, como no sea en la mente de otro, de cuya representación psíquica depende entonces imaginariamente el yo para llegar a ser. *El afecto que caracteriza a esta puesta en crisis es la angustia de dilución y su más clara manifestación es el estado de anonadamiento*.

---

<sup>6</sup> Es evidente que lo que esta puesta en crisis implica para cada yo considerado singularmente, es también singular. Volveremos sobre esto más adelante, al confrontar los puntos de vista de W. R. Bion y de R. Kaës a propósito de la regresión en los grupos.

*Masa e hipnosis*

Tal estado de anonadamiento es detectable en situaciones absolutamente cotidianas. Lo vemos, lo experimentamos, por ejemplo, al participar en una disertación. Si tras ella se da lugar a las preguntas *del público*, a esa propuesta de «cambio de foco», sucede un silencio, una incomodidad: son muchas las sillas, las posiciones que no terminan de resultar confortables; se evitan las miradas y el propio cuerpo o el piso de la sala parecen atraer o distraer toda la atención. A veces, alguno o algunos se recomponen, se «recentran», y hacen preguntas *con valor de enunciado*. A veces, alguno o algunos, todavía en dificultades, hacen preguntas *con valor acciones*, como indicando sobre todo mediante esa señal su posición en el espacio:<sup>7</sup> dando y dándose así un primer punto de referencia. *La acción* en sí misma, aquí, de preguntar, de intervenir, de hablar y escucharse hablar, será un principio de convocatoria a la recuperación posicional del yo vacilante. Finalmente, a veces, no hay preguntas, se impone el anonadamiento.

¿Diremos que *el público, cada espectador*, ha quedado como «hipnotizado»? Quizá vale la pena detenernos un momento a reconsiderar esta ya tradicional analogía. En 1921, Freud decía, por un lado, que la hipnosis y la formación de masa eran, más que comparables, idénticas. Pero, por otro lado, también decía que buena parte del fenómeno de la hipnosis se sustraía todavía a la comprensión. Y lo aún inexplicado de la hipnosis podía sintetizarse en dos observaciones: «(...) un suplemento de parálisis que proviene de la relación entre una persona de mayor poder y una impotente, desamparada (...) y el hecho enigmático de que ciertas personas son aptas para ella [la hipnosis], mientras que otras se muestran por completo refractarias (...)» (pág. 109).

---

<sup>7</sup> Cf. sobre este punto el trabajo de M. Bernard (1982) «La estructura de roles como lenguaje y el status de los procesos inconcientes en la terapia grupal».



Hemos ilustrado cómo este «suplemento de parálisis», tan evidente en la hipnosis, no falta en la masa, aun cuando su manifestación sea en ella menos ostensible y más fugaz. Pero lo explicamos diversamente: se debe al anonadamiento del yo puesto en crisis por la actualización del narcisismo primario. En este caso, la relación asimétrica «entre una persona de mayor poder y una impotente, desamparada», no sería ya *la causa* de la parálisis. Sería, o bien un fenómeno colateral, o bien un efecto de las defensas elementales estimuladas por tal actualización.

Por otra parte, si recordamos ahora aquel «espejismo» de encontrar una oposición entre identificación e idealización, cuya efectiva coexistencia Freud justificaba gracias a la división entre instancias intrapsíquicas, este punto adquiere también un matiz diferente. Las formaciones psíquicas propias del narcisismo primario no suponen, evidentemente, una distinción entre instancias, como no suponen una separación yo/objeto. Por lo tanto, en esa unidad continua, tanto las investiduras –identificatoria e idealizante– como su(s) destinatario(s) –el yo y el objeto–, no pueden oponerse porque no son discernibles.

Por último, no es indiferente en esta revisión que hayan transcurrido ochenta años desde la primera comparación entre masa e hipnosis. Nuestra clínica actual, como otras prácticas trabajadas por la época, nos muestran con nitidez dramática una gran variedad de situaciones que no todo sujeto es capaz de tolerar. Hoy sabemos que, como entonces con la hipnosis, no cualquier yo puede permitirse la participación en una multitud, o el enamoramiento, sin temores, incluso sin pánico.

Del mismo modo, numerosas observaciones clínicas nos inducen a sospechar que muchas personas que no enfrentarían graves inconvenientes al ser incluidas en grupos psicoanalíticos ya conformados, difícilmente tolerarían en cambio las circunstancias iniciales de la formación de un grupo. Aunque no nos extenderemos aquí en esta cuestión correspondiente a la psicopatología, una investigación

orientada a la tolerancia frente a la actualización del narcisismo primario y la consecuente puesta en crisis del yo en los comienzos de un grupo sería un aporte indispensable al ya antiguo debate de las indicaciones con relación a los dispositivos de análisis y/o tratamiento.

### *Grupo y sueño*

La perspectiva propuesta, según la cual el encuentro inicial de desconocidos reunidos para constituir un grupo implica la puesta en juego en primer plano de las formaciones propias del narcisismo primario, nos lleva a considerar que existe una diferencia crucial entre «grupo» y «sueño».

En el sueño, el yo que (se) sueña no arriesga su propia existencia; no va más allá de objetos internos que, tranquilizadores o terroríficos, ya están, del modo que fuere, incluidos en él.

En el sueño individual el yo es, para sí mismo, *su* presupuesto; el yo puede allí «realizar» *su* deseo, incluso la más primordial de sus aspiraciones: a la vez ser el grupo y poseerlo, lo que equivale a conseguir *simultáneamente* la unidad y la separación. Salvo patología, la grupalidad primaria se mantiene en el sueño como un fondo ya estabilizado, que no será puesto en cuestión, y sobre el que es posible el despliegue de la escena del contenido manifiesto.

El proyecto de grupo, en cambio, incluye al yo de inmediato, y aunque provisoria, masivamente, en aquello que no sólo *no es él* –distinción sólo posible desde el narcisismo secundario–, sino más bien en *eso donde él no es*, y donde podría, tal vez, no ser. Porque, como lo hemos indicado, el encuentro con la grupalidad primordial no es para el yo un encuentro con un opuesto, sino el riesgo de una inmersión en lo disolvente.

*Del «sentimiento oceánico» a la ilusión grupal*

La definición bioniana del grupo como «un agregado de individuos en el mismo estado de regresión» resulta aparentemente rebatida por la posterior afirmación de René Kaës (1993) acerca de la singularidad de la regresión para cada yo comprometido en un grupo. ¿Debemos, entonces, juzgar contradictorias ambas postulaciones, o, como nos inclinamos a pensar, una y otra se refieren a diferentes niveles de análisis?<sup>8</sup>

Considerando el nivel donde se juega la más primitiva formación psíquica, esa que cronológica y estructuralmente antecede a la diferenciación tanto del yo como de todo objeto, incluido el grupo como objeto, entendemos la pertinencia de la propuesta de Bion: en referencia al primer narcisismo, la regresión sería idéntica en todos los sujetos en cuanto a la activación de la *grupalidad primaria*.

Aunque asimilamos tal estado al *sentimiento oceánico*, pensamos que éste se dejaría describir mejor como *ilusión oceánica*, en la medida en que el afecto que lo acompaña no es universalmente uniforme: es distinto en cada sujeto singular dentro de la polaridad placer-displacer. En el interjuego entre tales afectos y entre las respuestas singulares que suscitan, aparecen las fuerzas y los medios capaces

---

<sup>8</sup> Es interesante señalar que, si bien las inferencias de ambos autores parten de la observación de grupos, los grupos que observan no son idénticos. W. R. Bion hace su «experimento», como lo llama, en el sector de adiestramiento de un hospital psiquiátrico militar. Es decir, reúne en pequeños grupos a personas que *pertenecen a una misma institución* (militar) y que han sido primero puestos juntos *en un mismo sector* por esa institución. Es evidente que en tales circunstancias encuentra ya realizada y estabilizada buena parte de la puesta-en-común exigida por la formación de un grupo. Los grupos de los que principalmente habla R. Kaës reúnen a *desconocidos* que han expresado su demanda de participación en un grupo a una institución que la ofrece, y esto es todo lo que «los une» antes del primer encuentro.

de producir los primeros movimientos tendientes a la *organización* del grupo. Por lo tanto, la necesidad y la posibilidad de esa organización es tributaria de las «diferencias de potencial» afectivas e ideativas, las diferencias propias de cada subjetividad y las diferencias que se suscitan en y por el encuentro de varios. Es en este sentido que evidentemente no podemos hablar de una regresión que sería idéntica para todos los individuos.

Ahora bien, ¿qué es, imaginariamente para el yo, «formar un grupo»? «El grupo» es eso que el yo *ha perdido para ser*, y aquello que jamás dejará de intentar recuperar: es su referencia primera, y constante, lo que, paradójicamente, *necesita para ser «enteramente»*. Así, hacer grupo, hacer un grupo, es primero, en el deseo de cada uno, *ser un grupo*, hacer coincidir los bordes del yo y del grupo, sin intersticios, sin distancia.

Aunque la realización imaginaria de tal aspiración conoce en los distintos agrupamientos diversos avatares, existe un fenómeno notable, que Didier Anzieu (*op. cit.*) describió como «estado psíquico particular» que se expresa espontáneamente en frases como «estamos bien juntos»; «somos un buen grupo» y que llamó *ilusión grupal*, cuya modalidad de funcionamiento es análoga a la del *yo-ideal*.

El afecto eufórico que caracteriza a este fenómeno señala con toda evidencia un triunfo: el de la coincidencia, el de la ilusión de la coincidencia. Esta ilusión de coincidencia, sin embargo, debe ser considerada según dos aspectos complementarios. I) La ilusión individual, de la coincidencia entre el yo y el grupo ¡sin conflicto!: ser a la vez uno y más de uno en función de la supuesta confluencia de los deseos, que se han vuelto «uno» y ya no singularizan. II) La ilusión colectiva, según la cual cada yo —pero no solo, no como en el sueño, sino ahora con «otros»—, es, sin conflicto, un grupo, porque varios yo, «unificados» para eso, coinciden así en sus bordes con el del grupo que han *autocreado*. Y, precisamente, se trata de las condiciones de la ilusión grupal: por un lado, una alianza pone en suspenso las dis-

tancias y las diferencias que podrían impedir la unificación; por otro lado, es esta alianza la que genera al grupo *como de sí mismo*. La consumación de esta alianza inconciente, de este *nuevo acto inter y transubjetivo*, da lugar, mediante la apropiación transformadora común que implica, a la creación de un objeto nuevo. La euforia celebra esa *creación* del objeto (narcisista) grupo, por parte del, desde ese mismo momento, «grupo» que se verifica como una entidad en su propio acto de creación.

#### *La anticipación en la mente de otro*

Así, el comienzo del proceso de organización del grupo coincide con el proceso de reorganización del yo. Para el caso del grupo como dispositivo metodológico, el grupo *ha sido ofrecido* por una institución, un/os analista/s, que por lo tanto ha/n anticipado su existencia, y cada uno de los integrantes ha sido admitido, mediante cualquier operación que se haya implementado, para formar parte de él. A partir de esa anticipación, esa representación *en la mente de otro* que supone el deseo de ese otro de *formar un grupo*, se han reunido ahora y aquí esos yo que realizan así *a la vez* el propio deseo y aquel deseo fundador. Por lo tanto, «quién es/quienes somos “el grupo”», «quién/es *lo forma/mos*» y qué deseo ha logrado (omni)potentemente reunirlos, son las preguntas cuyos avatares de respuesta forzarán el trámite de las uniones y las separaciones, las fusiones y las discriminaciones, que, *si todo va bien*, producirán al grupo como objeto. Este objeto, anticipado en la mente de quien/es ocupa/n el lugar del fundador, ha sido de ese modo ofrecido. Ahora deberá ser creado por los agrupantes en una apropiación transformadora: será un objeto común, intermedio, transicional.

#### *4. Los dispositivos psicoanalíticos de grupo*

Es indiscutible que la puesta en evidencia de la actualización de estas formaciones y procesos psíquicos encuentra un lugar privilegiado de manifestación en el dispositivo

analítico de grupo, donde además podrá ser objeto de análisis y eventualmente de interpretación.

Cabe sin embargo hacer una distinción entre los grupos psicoanalíticos de reflexión o de formación y los terapéuticos.

El primero, reunido justamente para hacer la experiencia de la formación y construcción de un grupo, hace foco, desde la oferta misma del dispositivo, como desde el momento de enunciación de las consignas, en tales procesos.

El grupo terapéutico, en cambio, reúne a personas que han consultado a un mismo profesional, o en una misma institución, pero a quienes el dispositivo grupal como medio de tratamiento *les ha sido indicado*, o acordado, entre otros posibles, y además, por lo general, nunca a su sola demanda. También constituye una diferencia el hecho de que *cada uno* de los participantes se ha visto llevado a la consulta, más que por *el deseo* de conocer acerca de sí mismo, por *la necesidad* de aliviar un sufrimiento. El relato de ese sufrimiento, altamente individualizado, fuertemente cargado de historia singular y singularizante, con frecuencia además *novelado*, proporciona en esos primeros momentos a cada sujeto individual una representación-meta organizadora del polo yoico discriminado.

En suma, estos fenómenos que nos ocupan, aunque no por eso dejan de ocurrir en él, en el grupo terapéutico cursan por lo general como subyacentes. Mientras que, en el grupo psicoanalítico de reflexión, en esos primeros momentos *previos a la organización* que hará –para cada uno– del agregado un grupo, el anonadamiento del yo se evidencia muy dramáticamente, en el silencio o en la apelación, *en urgencia*, a movimientos de contrainvestidura frente a la dilución imaginaria.

#### *Las demarcaciones en urgencia*

En 1982, a propósito de esos primeros momentos del encuentro, André Missenard decía: «se produce un borra-

miento de gran parte de las referencias identificatorias de cada uno, creando, si no un vacío, al menos un estado que puede calificarse en el plano imaginario de “urgencia identificatoria” (...) A la difuminación y a la angustia responde la búsqueda de diversas referencias que eventualmente deben encontrarse: en los otros, cuyo rostro y cuerpo aportan una imagen de sí a la cual se está ligado por la mirada; en *el pequeño grupo, cuya totalidad formal se percibe rápidamente, antes de definir sus otros contornos*; en lo que con aproximación ha sido llamado “clivajes” entre los participantes, y se definiría mejor hablando de “división”: hombres/mujeres, “psi”/no-“psi”, “conservadores”/progresistas, etc., teniendo estos subgrupos la particularidad de darse por pares, opuestos y simétricos» (pág. 16-17, el destacado es nuestro).

Hemos observado claramente estos fenómenos en nuestros grupos de reflexión. Sin embargo, hemos notado que la totalidad formal del pequeño grupo no se percibe de inmediato, sino que, por el contrario y justamente, precisar los bordes del agrupamiento constituye un primer motivo de interés y de búsqueda.

A la hora indicada de comienzo, los agrupantes van entrando en la sala de reunión y, mientras terminan de ubicarse en las sillas, antes de la enunciación de las consignas, surgen preguntas como «¿falta alguien?»; «¿cerramos la puerta?»; etc., que, sin llegar a dirigirse directamente al o a los analistas, son evidentemente una interpelación a ellos. Se trata de la búsqueda de lo que llamaremos *demarcaciones en urgencia*, que apuntan precisamente a *circunscribir los bordes del grupo*, una representación en ese momento sólo ubicable en la mente de quien/es han anticipado el grupo como objeto.

Lo mismo ocurre cuando, tras la enunciación de las consignas de trabajo, la procura de estas *demarcaciones en urgencia* se expresa en los pedidos de aclaración de las reglas, de las consignas mismas, o en sus puestas en debate, en los ensayos de re-definición positiva de la tarea que

reúne al grupo, en la apelación a conceptualizaciones teóricas del psicoanálisis, etcétera.

En nuestra perspectiva, todas las búsquedas *en urgencia*, las que apuntan a determinar los bordes del grupo, como las destinadas a la recuperación de los bordes del yo, reconducen necesariamente unas a otras. En ese momento, no podríamos dejar de inferir tras la pregunta «¿estamos todos?», otras evidentemente subyacentes a ella: «¿quiénes somos “todos”?»; «¿cómo nos hemos/han juntado?»; «¿qué deseo, de quién, nos ha reunido?». Los recursos interpuestos *en urgencia* para precisar límites, del yo, del grupo, a la vez que se apoyan mutuamente unos en otros, muchas veces son en esos primeros momentos difícilmente diferenciables entre sí: *mientras* se ofrecen/demandan referencias identificatorias, se va definiendo a la vez por esa vía un *contenido* del grupo que participa en la definición de los límites del *continente*. Simultánea e inversamente, las ofertas y demandas de *referencias demarcatorias* de los límites del conjunto, implican la evocación de rasgos, en ese momento aun si toscamente, individualizantes.

Estas manifestaciones, indicios de la actualización de las formaciones correspondientes al narcisismo primario, donde efectivamente yo-grupo no están discriminados, donde ambos coinciden dentro de esos límites que son los que primero importa circunscribir, ilustran el interés más imperioso: determinar justamente *un borde*, un «adentro» *definido por y que define* a su vez, un continente, *definido por y que define* a su vez, un contenido. Son movimientos que apuntan a lograr una *objetivación*, pero donde no podría precisarse aún el objeto de que se trata.

En los grupos ya conformados, en cambio, existe un juego entre *demarcaciones en urgencia* e *identificaciones en urgencia* capaz de producir fenómenos específicos. Por ejemplo, y esto se verifica incluso en los grupos naturales, cuando tiene lugar una puesta en crisis de los límites del grupo por la partida de algún miembro significativo, o de varios miembros en forma simultánea o en un intervalo



temporal demasiado corto para la elaboración paulatina de la pérdida, y una *angustia de vaciamiento* invoca la reconstrucción de los límites, la *urgencia demarcatoria* parece predominar sobre la *identificatoria*. Cuando lo que se producen son nuevos ingresos, la *urgencia demarcatoria* puede encubrirse en la depositación de la *urgencia identificatoria* en el recién llegado. Entonces, o bien se operan maniobras de exclusión, imposición de «derechos de piso», destinados a la reafirmación de los bordes del grupo contra la amenaza de confusión, o bien se impone una inclusión tan directa, masiva e indiferenciada que deposita brutalmente la confusión en el/los recién llegado/s, depositario/s también así de la *urgencia identificatoria* que permaneció encubierta en los miembros «antiguos».

##### 5. *El conflicto y/o grupo*

La grupalidad primaria constituye esa parte de *lo común* que viene dada. Su actualización en el encuentro con otro/s puede ser o no tolerada, y si lo es, lo es de diferente modo por cada yo implicado en él. La singularidad de cada yo, que se puede indicar en primer lugar por la presencia o la ausencia de esa tolerancia, se especifica luego y sobre todo por los recursos con que cada yo enfrenta ese estado indiferenciado que, como decíamos antes, *no lo supone*, como no sea en potencia y en anticipación en la mente de otro.

Por lo tanto, el conflicto yo/grupo sólo puede resultar del conflicto narcisismo primario/narcisismo secundario, porque es en ese pasaje donde cada vez el yo se encuentra-inventa al precio de tener que encontrar-inventar en lo sucesivo, cada vez, lo que lo une y lo separa, es decir, lo transicional. El *conflicto yo/grupo* asegura, por lo tanto, en el vínculo, una parte de la exigencia de trabajo psíquico que produce o desarrolla los procesos de mentalización.

## Bibliografía

- Anzieu, D. (1978) *El grupo y el inconciente*. Biblioteca Nueva, Madrid. 1ª ed. 1978.
- Aulagnier, P. (1975) *La violencia de la interpretación*. Amorrortu editores. Buenos Aires, 1977.
- Bernard, M. (1982) «La estructura de roles como lenguaje y el status de los procesos inconcientes en la terapia grupal», en *El grupo y sus configuraciones*, Puget, J.; Bernard, M. y otros. Lugar editorial. Buenos Aires, 1982.
- Bernard, M.; Edelman, L.; Kordon, D.; L'Hoste, M.; Segoviano, M.; Cao, M. (1995) *Desarrollos sobre grupalidad. Una perspectiva psicoanalítica*. Lugar editorial. Buenos Aires, 1995.
- Bion, W. R. (1948) *Experiencias en grupos*. Paidós. Buenos Aires, 1963.
- Bleger, J. (1967) *Simbiosis y ambigüedad*. Paidós, Buenos Aires, 1984.
- (1971) «El grupo como institución y el grupo en las instituciones» en *Temas de Psicología. Entrevista y grupos*. Nueva Visión, Buenos Aires, 1980.
- Freud, S. (1905) Tres ensayos de teoría sexual. *Obras Completas*. Buenos Aires, Amorrortu editores, Volumen VII.
- (1914) Introducción del narcisismo. *O.C.*, A.E. Vol. XIV.
- (1921) Psicología de las masas y análisis del yo. *O.C.*, A.E. Vol. XVIII.
- (1923) El yo y el ello. *O.C.*, A.E., Vol. XIX.
- (1927) El porvenir de una ilusión. *O.C.*, A.E., Vol. XXI.
- (1930) El malestar en la cultura. *O.C.*, A.E., Vol. XXI.
- Kaës, R. (1976) *El aparato psíquico grupal*. Gedisa. Barcelona, 1986.
- (1978) «El apoyo grupal del psiquismo individual» en *Temas de Psicología Social*. Número extraordinario, Buenos Aires, 1981.
- (1984) «Étayage et structuration du psychisme» *Connexions* N° 44, 1984.
- (1993) *El grupo y el sujeto del grupo*. Amorrortu editores. Buenos Aires, 1995.
- Lagache, D. (1958) «El psicoanálisis y la estructura de la personalidad». *Revista uruguaya de psicoanálisis*. Tomo X. N° 1 y 2. Montevideo, 1968.
- Missenard, A. (1982) «Du narcissisme dans les groupes», en *Le travail*

- psychanalytique dans les groupes. 2- Les voies de l'élaboration.* Dunod. París, 1982.
- Racamier, P. C. (1989) *Antædipe et ses destins.* Apsygee Éditions. París. 1989.
- Romero, R. (1987) *Grupo. Objeto y teoría.* Lugar Editorial. Buenos Aires, 1987.
- Segoviano, M.; Kordon, D. (1995) «Identificación, identidad y grupo» en *Desarrollos sobre grupalidad. Una perspectiva psicoanalítica.* Lugar editorial. Buenos Aires, 1995.
- Winnicott, D. W. (1971) *Realidad y juego.* Gedisa, Barcelona, 1991.

**Comentario sobre el trabajo de  
Mirta Segoviano  
«El primer narcisismo y el grupo»**

**Marcos Bernard \***

(\*) Médico psicoanalista. Miembro Honorario de la AAPPG y Miembro  
Fundador de la Sociedad Psicoanalítica del Sur.  
Arenales 1242, P.B. «B» (1431) Buenos Aires  
e-mail: mbernard@netex.com.ar

El trabajo que nos convoca hoy es una tarea de síntesis. Mirta Segoviano ha correlacionado postulaciones de Freud, Bion, Anzieu, Bleger y Kaës, acerca de las relaciones entre el narcisismo primario y el secundario, y el papel de estas instancias en la organización de los grupos, y ha conseguido, con lógica rigurosa, cerrar brechas, encontrar coherencias, explicar procesos adelantados y desarrollados por estos autores, pero que mantenían entre sí una relación, a veces, de contradicción. La autora ha encontrado una fórmula que permite correlacionar estos postulados teóricos, sin forzar el pensamiento de los autores de los que parte para fundamentar su propuesta.

Pero no se trata sólo de un trabajo de correlación entre autores: hay una elaboración creativa en este texto, que permite explicar los primeros momentos de la inserción de los sujetos en un grupo. En este aporte ha participado la experiencia clínica de la autora, en grupos terapéuticos, de reflexión y naturales. Su capacidad de observación de los fenómenos grupales le permitió lograr una articulación entre teoría y clínica que proporciona una base sólida de sustento a sus postulaciones.

La problemática del narcisismo en los grupos se ha ido haciendo cada vez más evidente, a medida que se desarrollaba la aplicación de dispositivos específicos para su estudio. Este ha sido, tal vez, uno de los aportes decisivos de W. R. Bion al estudio de los grupos. Pero la teoría kleiniana, base conceptual sobre la que se apoyaban las observaciones de este autor, no consideró al narcisismo entre sus conceptos principales. Ya Freud, en *Introducción al narcisismo*, había establecido el basamento que utilizarían posteriormente los autores que continuaran su obra. Freud no estudió su incidencia en los grupos, salvo en *Psicología de las masas...*, y aun allí, como lo demuestra Mirta Segoviano, su interés estaba más centrado en los mecanismos yoicos que en aquellos que modulan el funcionamiento de los pequeños grupos.

A mi juicio, el psicoanálisis ha debido superar un obstáculo epistemológico poderoso, para poder dedicarse al es-

tudio de los pequeños grupos. Para su fundador, el origen del psiquismo es endógeno, con un fuerte anclaje filogenético, por lo menos a partir de 1897, año en que abandona la teoría traumática como origen de las neurosis, desplazando este protagonismo a la acción de las fantasías originarias. A lo largo de su obra, a pesar de la importancia otorgada a las identificaciones, que lo lleva a formular su segunda tópica, el criterio de un origen *desde adentro* no es modificado. Lo mismo ocurre con la teoría kleiniana, que ocupara un espacio importante entre nosotros, y que, a pesar del acento que pone en el concepto de fantasía inconciente, y en el papel jugado por el objeto en el funcionamiento del aparato psíquico, coincide con su maestro respecto de los determinantes primeros de la formación del aparato psíquico. El pequeño grupo es, por esto, algo que *viene después*, que no *funda* –en todo caso acompaña y apoya– el devenir del sujeto en formación. Esta posición contrasta ya con las observaciones de la psicología social, que desde principios de siglo llamaron la atención sobre el papel de lo que definieron como *grupos primarios*, cuyo prototipo es la familia, en la creación de subjetividad en sus miembros.

Hubo que esperar hasta la década del '70, especialmente con los trabajos de R. Kaës, para que este protagonismo del pequeño grupo comenzara a ser reconocido en toda su magnitud. El aporte de P. Aulagnier, que Kaës toma y desarrolla, da forma definitiva a la idea de cómo el contexto que espera y rodea al niño determina y modula, aun desde antes de su nacimiento, lo que será su trayectoria identificatoria.

Y esto trae al primer plano el problema del narcisismo. Tanto en los momentos fundacionales, el narcisismo primero, que subraya Mirta Segoviano, a partir del trabajo de Freud de 1914, como en los momentos de inserción del sujeto en los sucesivos grupos, que modificarán, acrecentarán o apuntalarán, pondrán a prueba o cuestionarán la identidad que ha conseguido establecer, y que constituye su capital relacional, el que invertirá, con ganancias y pérdidas, en los vínculos de los que participe.

Lo que Imre Hermann denominara *unidad dual* es el núcleo que da origen a la primera identidad. Segoviano subraya lo que este primer vínculo tiene de grupal, hecho que hiciera afirmar a J. Bleger que el sujeto es, antes de ser individuo, un grupo. Dentro de las numerosas definiciones que se han dado del narcisismo primario, es seguramente la que adopta la autora la que ofrece más interés heurístico, como lo demuestra en las relaciones que establece entre el apuntalamiento del narcisismo secundario en el narcisismo primario, y los conflictos que se establecen entre estos dos tipos de investidura.

Es interesante la crítica que Mirta Segoviano hace al trabajo de D. Anzieu sobre la comparación entre el grupo y el sueño. Es cierto que en el sueño el durmiente no arriesga su identidad. Sería interesante pensar, en cambio, a partir de la problemática del narcisismo primario, cuál es la amenaza que puede proponer al durmiente, ya no el sueño, sino el hecho de dormir en sí, especialmente cuando el monto de impulsos tanáticos pone en cuestión el deseo de despertar. Como lo enunciara Shakespeare, por boca de Hamlet: «Morir, dormir. No más. Y con un sueño, pensar que concluyeron las congojas, los mil tormentos de la carnal herencia, debe ser término apetecido». Se trata aquí de un dormir que tiene que ver más con el narcisismo primario, en el sentido que le da A. Green: despojarse de toda perturbación de Eros. El sueño sería, en este caso, un soñar con no tener que soñar, tal como P. Aulagnier hablara de un deseo de no desear. Cabe pensar si muchos insomnios rebeldes no podrían tener aquí su origen: un temor al propio deseo de no despertar.

Es muy importante la distinción que la autora hace de la diferencia en que estos fenómenos se presentan, según que el dispositivo grupal psicoanalítico sea terapéutico o de reflexión. La observación clínica confirma sus afirmaciones, que son importantes para entender estos momentos grupales.

Una última reflexión. Puede pensarse que, según la especificidad del tipo de agrupamiento, la relación entre los



dos narcisismos podría variar en sus relaciones recíprocas. Así, en una pareja podrían predominar los fenómenos que tienden a la instalación del narcisismo primario, sin mayor sentimiento de amenaza para el yo. El enamoramiento sería su resultado. Esto no es cierto siempre, ya que pueden observarse actitudes de hiperdiscriminación en algunos sujetos, que sienten este tipo de vínculo como una amenaza a su autonomía yoica. Otro caso particular es el de las afiliaciones a las sectas. Aquí el sentimiento del futuro sectario puede ser que no tiene demasiado que perder en lo que hace a capital yoico en juego, y sí algo que ganar en la identidad por pertenencia que su afiliación le ofrece.

Como todo trabajo importante, el de Mirta Segoviano impulsa el pensamiento del que lo lee. Esta es, seguramente, una señal más de su valor.

La excelencia del trabajo expuesto aconseja con vehemencia la inclusión de Mirta Segoviano en la lista de Miembros Titulares de la Institución.

**Comentario sobre el trabajo de  
Mirta Segoviano  
«El primer narcisismo y el grupo»**

**Roberto R. Romero \***

(\*) Doctor en Psicología. Miembro Titular de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo. Miembro Fundador de la Fundación CIAP (Centro de Investigación y Asesoramiento en Psicología). Profesor Titular Asociado Regular de la Cátedra II de Teoría y Técnica de Grupos, de la Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.  
Teodoro García 2224, 9°P (1426) Buenos Aires  
E-mail: rromero@psi.uba.ar

Un interrogante de inicio (que no carece de vigencia pese a su antigüedad) es reactivado por la insatisfacción de la autora respecto de los desarrollos relativos a la regresión al narcisismo primario en la «analogía grupo/sueño», así como en la explicación psicoanalítica de la «ilusión grupal». ¿Cómo un conjunto de desconocidos pasa a conformar una representación de unidad que, pese a su carácter imaginario a veces actúa y posee efectos como tal? Esta pregunta colocará a la autora en posición de continuar las indagaciones tanto sobre el abandono al grupo de parte de la realidad psíquica del sujeto, como sobre las exigencias de trabajo psíquico impuestas a la psique por las correlaciones de subjetividad e intersubjetividad en el vínculo de grupo.

Partiendo de un itinerario por ciertos referentes que se constituirán en sus teorías presupuestas –las voy a enunciar someramente: identificaciones recíprocas a partir de un supuesto mismo y único objeto introyectado en el ideal del yo, la tríada «mentalidad grupal-necesidades individuales-cultura grupal», la lectura de la incidencia del narcisismo parental sobre el *infans* desde la perspectiva del porta-voz y la mutualidad en el narcisismo primario, el múltiple apuntalamiento del yo en el cuerpo y psiquismo propios, de la madre, en el grupo y la cultura–, encuentro que M. Segoviano desemboca en el interrogante para el nudo problemático planteado por la relación grupo/narcisismo singular. Propone entonces una serie de hipótesis que, desde mi lectura, podremos diferenciar en hipótesis principales y derivadas.

Considero como Hipótesis N° 1 (insisto en que se trata de mi lectura, ya que Mirta no las denomina como tales ni tampoco las enumera ni establece en la secuencia que expondré), aquella que enuncia que: «La grupalidad narcisista primaria tiene con el yo una relación a varias vías. Por un lado, es indistinguible de él en un punto donde ambas estructuras convergen y se confunden. Por otro lado está metafóricamente reconstruida en el yo que se ha modelado sobre ella. Finalmente, la grupalidad narcisista primaria *es el negativo del yo*, lo que el yo ha debido perder-abandonar para ser».

Términos polémicos enlazan una relación con el yo: «grupalidad» por un lado, y «narcisista primaria» por otro. «Narcisismo *originario*, narcisismo *primario*, he aquí una de las nociones más engañosas, una de aquellas que, pese a su aparente evidencia, exige más imperiosamente una *interpretación*», dice Laplanche. Y más adelante retoma: «Si el yo no está presente desde el primer momento, el narcisismo, por mucho que se lo quiera calificar de *primario* tampoco lo estará». Y concluye, con relación a las diferentes enunciaci-ones del 14 y del 23, que «El narcisismo *primario*, como realidad psíquica, no puede ser otra cosa que el mito primario del retorno al seno materno, escenario que Freud sitúa a veces explícitamente entre las grandes fantasías originarias». Es así que este término es aludido si bien eludido en la titulación del trabajo. En el 30, con relación a su correspondencia con R. Rolland sobre el origen de la religiosidad, Freud referirá el «sentimiento oceánico» a un narcisismo al que designa como «irrestricto». Quizás habría que pensar provisoriamente esta última cualificación para la grupalidad narcisista designada aquí como «primaria», precisamente por su connotación fenomenológica más que metapsicológica.

Habría que especificar, también, «grupalidad». Entiendo que Mirta –siguiendo a Kaës, quien pone énfasis en la grupalidad psíquica y la actividad de ligazón, desligazón, asociación– se refiere a la cualidad de dos espacios psíquicos –que mantienen relaciones de fundación recíproca– a los que aplicará la noción de grupo. Uno, empírico y contingente, paradigma de organización de vínculos *intersubjetivos* a la vez que lugar de formación del inconciente. Otro, organización *intrapsíquica* (por momentos, apenas esbozo, prefiguración anunciada y esperada pero no necesaria) que no sólo cumple funciones en el aparato sino que también será caracterizada por las ligazones mutuas entre sus elementos constitutivos-constituyentes, puntal a su vez del espacio intersubjetivo. Si así fuere, el interrogante se ha situado entonces en el campo de las contribuciones del abordaje grupal de la psique al psicoanálisis, en particular, en el que hace a las transformaciones introducidas en la concepción de lo originario.

Vuelvo sobre el enunciado, que tiene como base las consideraciones tanto terminológicas como conceptuales de Laplanche respecto del término «apuntalamiento», extendidas y en consecuencia reformuladas por Kaës, y donde conviene discriminar tres aspectos. Pasemos a considerarlos, ya que, a mi juicio, los dos primeros permiten volver desde otra óptica sobre los interrogantes, que Freud enuncia a continuación del símil de los puercoespines, respecto a la restricción en/por el grupo del narcisismo singular (de las pequeñas diferencias). Dicha restricción –desde mi óptica– requiere a la vez que obtiene un resarcimiento, por ende no se trataría de una restricción sino de un trueque que se realiza en aras de la constitución y/o mantenimiento de un narcisismo colectivo.

Quiero ahora agradecer a Mirta Segoviano el haberme propuesto como discutiador de su trabajo. Cuando charlamos, ella me habló del reconocimiento que sentía por lo pensado y trabajado acerca de los autores que hoy son sus referentes, cuando desarrollaba su rol docente en la Cátedra II de Teoría y Técnica de Grupos de la Universidad de Buenos Aires y en la cual me desempeñé como Profesor Titular. Por ese motivo, quisiera ahora incorporar parte de aquella temática para establecer ciertos puentes, hilos de interrelación entre lo elaborado allá y entonces con el aquí y ahora. No digo que intentaré articulaciones, porque creo que se trata de niveles de análisis –¿y por ende de objetos?– distintos pese a ser constituyentes de una misma problemática. Para tomar prestada una imagen a Bion, diría que las diferentes ópticas de un mismo microscopio aplicadas a un mismo porta-objetos muestran preparados distintos.

Con Susana Sauane intentamos en 1989 y luego en *Grupo, Objeto y Teoría* remontar los interrogantes respecto de la relación entre el narcisismo singular y el grupo empírico. Desde nuestra experiencia con dispositivos metodológicos correspondientes a la práctica clínica grupal, observábamos la transformación de un mero agregado en una representación imaginaria de totalidad unitaria (a la que habitualmente los integrantes denominaban «el grupo») por

vía de la operación de una investidura a predominio narcisista que intentaba contrarrestar la masividad de ciertas angustias suscitadas por dicha situación de agregado. Estas angustias obedecían, a nuestro juicio, al deseo de dar una respuesta satisfactoria a enunciados identificatorios sobre el yo (P. Aulagnier), provenientes de esos «otros» que podrían coincidir o no con aquellos que cada yo quería imponer acerca de sí mismo. En complemento del «efecto espejo quebrado» propuesto por D. Anzieu, proponíamos entender a esta fase del desarrollo de un grupo como dominada también por un «efecto Túpac Amaru», y sugeríamos que las angustias suscitadas impulsaban «un movimiento defensivo de huida desde el amenazante agregado hacia la conformación de un grupo». En éste, cada sujeto se incorporaba reaccionando de acuerdo a las limitaciones y posibilidades que su propia psicopatología le imponía, predominando las angustias de castración en el caso de pacientes con estructuras neuróticas y adquiriendo las de fragmentación una mayor significatividad relativa en el caso de estructuras a déficit narcisista. He aquí un punto que requiere especificación, ya que «El yo (que) se piensa como no debiendo nada a nadie», en un adulto, no ha sido atravesado por la castración y sólo en estas últimas patologías, muy severas, podría sentirse amenazado por la «angustia de dilución». Sea como fuere, conviene recalcar también que se trata de dispositivos metodológicos diferentes –y por eso el microscopio bioniano–, ya que Mirta hará referencia explícita a uno de formación/reflexión.

Encuentro ahora en el texto de Mirta otra respuesta que enlaza el interrogante freudiano a lo originario (concebido éste, no como una cronología sobre un tiempo inicial de formas arcaicas, sino como un *proceso de originación de una puesta en representación*) cuando ella propone que dicho proceso es posible porque, en la medida en que *la grupalidad narcisista primaria tiene con el yo* una relación a varias vías, una de ellas, la enunciada en primer término, hace indistinguible dicha grupalidad narcisista primaria del yo, porque en un punto «*ambas estructuras convergen*».

Si volvemos sobre las contribuciones de Laplanche, en ellas encontramos diferenciados un primer momento denominado «de apoyo» –punto donde ambas estructuras convergen y se confunden, refiere Mirta–, luego un tiempo inmediatamente ulterior en el que se asiste a una separación de una y otra, *movimiento de disociación hacia un sustituto por desplazamiento pero que mantiene una relación de contigüidad con el apoyo*, que constituiría un segundo momento, y finalmente un espacio de entreapertura que se configura. Sin embargo, al retomar estas consideraciones en el análisis de la relación yo-narcisismo, nos advierte sobre la necesidad de relativizar el movimiento metonímico de desviación/deslizamiento por la incidencia de uno que podría describirse como «de rotación de determinado ángulo alrededor de un eje», circunstancia que constituye así un «movimiento que es reversible» y se encuentra en la base de la relación especular recíproca. Se posibilitaría así un original trasvasamiento de una estructura (grupalidad narcisista) sobre la otra (yo) que conserva luego su carácter de reversibilidad en la «resignación especular» del narcisismo del yo en el narcisismo del grupo.

Examinemos ahora el segundo enunciado que apunta hacia el mismo proceso, poniendo énfasis ahora sobre la concepción de modelización, recordando que no en vano Freud organiza las formas en el que otro aparece para el sujeto, colocando la posición de «modelo» como primera, circunstancia que le permite apuntar que consiste en una relación de «ser», asociándola a la primera fuente de identificación. Mirta nos propondrá otras vías para pensar cómo se apuntala este narcisismo colectivo secundario en uno primario del yo, al señalar que, en la medida en que la grupalidad narcisista primaria *«está metafóricamente reconstruida en el yo que se ha modelado sobre ella»*, sería posible también su trasvasamiento y reversión.

Llegamos así al tercer punto de esta primera hipótesis que constituye, a mi juicio, la apuesta más fuerte de la autora, ya que se enlaza a lo negativo en el origen como al origen de lo negativo: la grupalidad narcisista primaria «es



*el negativo del yo, lo que el yo ha debido perder-abandonar para ser*». Entiendo que se trata de «la hipótesis más fuerte» porque la siguiente se enunciará a partir de la óptica inaugurada en dicha *Hipótesis N° 1*, de la que –insisto, según mi lectura– es estrictamente complementaria, a la vez que es también reverso, contracara. Además porque su sustentación, así como la correspondiente a las hipótesis derivadas, dependerá de la corroboración –o no– en la práctica clínica.

Hipótesis 2: «El “grupo” es eso que el yo *ha perdido para ser*, y aquello que jamás dejará de intentar recuperar: es su referencia primera y constante, lo que –paradójicamente– *necesita para ser “enteramente”*. Así, hacer grupo, hacer un grupo, es primero, en el deseo de cada uno, *ser un grupo*, hacer coincidir los bordes del yo y del grupo, sin intersticios, sin distancia».

Examinemos nuevamente, recordando lo que escribía Laplanche, «rotación de un ángulo alrededor de un eje, movimiento que es reversible, base de la especularidad narcisista»: si la grupalidad narcisista primaria «*es el negativo del yo, lo que el yo ha debido perder-abandonar para ser*», inversa y consecuentemente «*el “grupo” es eso que el yo ha perdido para ser*». ¿Se trata de una segunda hipótesis? Creo que conviene diferenciarlas a efectos del análisis, pero me inclino a pensar en una misma y única hipótesis que así se enuncia, necesaria e inevitablemente porque se trata de lo originario, en sus indistinguibles aspectos de anverso/reverso/especularidad. «...*aquello que jamás dejará de intentar recuperar*».

Inmediatamente, Mirta se sitúa sobre un tema que –si bien más interesados en la problemática del narcisismo secundario y desde dicha perspectiva– entendíamos, junto a S. Sauane, como una renegación de las diferencias. Me estoy refiriendo a la ilusión grupal que, según suscribe D. Anzieu, debería ser asociada al narcisismo primario, porque implica un intento de producción de una «*igualdad en el ser* más que en el tener». Para retomar las palabras de

Segoviano: «... lo que –paradójicamente– necesita para ser “enteramente”. Así, hacer grupo, hacer un grupo, es primero, en el deseo de cada uno, ser un grupo, hacer coincidir los bordes del yo (ideal, cabría agregar, para Anzieu; de placer purificado, para el que suscribe) y del grupo, sin intersticios, sin distancia».

Así entramos en el campo de las hipótesis derivadas. Podemos circunscribir una primera, consecuencia ineludible de las anteriores (insisto: ¿o debería decir «la anterior», en su doble faceta?; reitero que personalmente me inclino por esta última alternativa) y que enuncia/propone: «*Las angustias que inundan al yo en el momento de verse puesto junto con otros, de encontrarse con un conjunto de desconocidos, corresponden al desapuntamiento del narcisismo secundario, en la actualización del narcisismo primario.* Esa grupalidad primaria que antecede al yo no necesariamente lo pre-supone, como no sea en la mente de otro, de cuya representación psíquica depende entonces imaginariamente el yo para llegar a ser. *El afecto que caracteriza a esta puesta en crisis es la angustia de dilución y su más clara manifestación es el estado de anonadamiento.*»

Encuentro que un primer momento de coincidencia con los clásicos: la intensidad y masividad de las angustias que inundan al yo en el momento de confrontarse con un agregado de desconocidos, y que en ellos es referida a la actualización, por vía regresiva, de la escena primaria y/o momentos previos a la constitución del estadio del espejo, da paso en la autora, siguiendo el hilo conductor de los presupuestos teóricos que se ha asignado como referentes (P. Aulagnier; P.C. Racamier) a proponer que dichas angustias corresponden a un desapuntamiento, el «*del narcisismo secundario, en la actualización del narcisismo primario*», desapuntamiento que reduce al yo a esa grupalidad narcisista primaria que, si bien lo antecede, «*no necesariamente lo pre-supone, como no sea en la mente de otro, de cuya representación psíquica depende entonces imaginariamente el yo para llegar a ser*».

Nuevamente nos encontramos en el campo de lo originario, porque la anticipación que precede sin pre-suponer, entiendo que, instalándose luego como un enigmático estímulo interno al campo de la representación/fondo representacional (Kaës nos propone pensar en términos de procesos psíquicos grupales originarios, «espacio narcisista sin límite»), elicitaba un afecto tal que caracteriza a esta puesta en crisis como una de «*angustia de dilución*» cuya «*más clara manifestación es el estado de anonadamiento.*»

Para sustentar su propuesta de una angustia de dilución correlativa a un estado de anonadamiento –e intentar corroborarla luego–, parte de la clásica analogía anzieuriana (perdóneseme el neologismo) sosteniendo que «El proyecto de grupo –a diferencia del sueño– incluye al yo de inmediato, y aunque provisoria, masivamente, en aquello que no sólo *no es él* –distinción sólo posible desde el narcisismo secundario– sino más bien en *eso donde él no es*, y donde podría, tal vez, no ser, porque, lo hemos indicado, el encuentro con la grupalidad primordial no es para el yo el encuentro con un opuesto, sino el riesgo de una inmersión en lo disolvente». Segoviano delimita nuevamente su campo: no se trata de la angustia suscitada por la múltiple convergencia sobre el sujeto de una pluralidad deseante, ni de enunciados identificatorios contradictorios o contrarios («*no es para el yo el encuentro con un opuesto*») porque, tal como lo señalábamos, esta anticipación que precede sin pre-suponer se constituye como «amenaza primaria» precisamente porque –a diferencia de la propuesta de Anzieu– amenazaría con «*el riesgo de una inmersión en lo disolvente*».

Nos encontramos, nuevamente, frente a una deducción lógica –y por eso la considero una hipótesis derivada– que se constituye en otra apuesta «fuerte» en el trabajo de Mirta Segoviano. Su sustentación le requiere la corroboración clínica, y la autora postergará su oferta anteponiendo el enunciado de una segunda hipótesis derivada que surgirá tras la demarcación de los procesos defensivos contra dicha angustia de dilución, entre los cuales resaltan la impe-

riosidad de los *recursos interpuestos en urgencia* y la consecuente necesidad de diferenciar analíticamente las *demarcaciones en urgencia de las identificaciones en urgencia*. Las primeras harán referencia primordialmente –no obstante ello en recíproco interjuego con las segundas– a los límites del *continente grupal*, mientras que esta últimas referirán al *contenido*.

Es así que aparece enunciada la segunda hipótesis derivada, bastante extensa: «*Mientras se ofrecen/demandan referencias identificatorias, se va definiendo a la vez por esa vía un contenido del grupo que participa en la definición de los límites del continente. Simultánea e inversamente, las ofertas y demandas de referencias demarcatorias de los límites del conjunto implican la evocación de rasgos, en ese momento aún si toscamente, individualizantes. Estas manifestaciones, indicios de la actualización de las formaciones correspondientes al narcisismo primario, donde efectivamente yo-grupo no están discriminados, donde ambos coinciden dentro de esos límites que son los que primero importa circunscribir, ilustran el interés más imperioso: determinar justamente un borde, un «adentro» definido por y que define a su vez, un continente, definido por y que define a su vez, un contenido. Son movimientos que apuntan a lograr una objetivación, pero donde no podría precisarse aún el objeto de que se trata. En los grupos ya conformados, en cambio, existe un juego entre demarcaciones en urgencia e identificaciones en urgencia capaz de producir fenómenos específicos».* La autora aclara aquí sus tácitas referencias a Bion y Anzieu –quienes, creo, aceptarían gustosos esta propuesta de delimitación entre demarcaciones/identificaciones en urgencia, si bien remitirían la imperiosidad de estos referentes a sus propias teorizaciones sobre los supuestos básicos, el primero, o sobre la acción de la pulsión de muerte, el segundo-, y pasa luego a ejemplificar.

Sobre el final del trabajo encuentro una tercera hipótesis derivada, esta vez de apertura hacia nuevos textos a la vez que de cierre del que estamos comentando. Esta hipótesis

podría constituirse en otro intento de respuesta hacia el dilema planteado respecto del potencial traumatógeno del grupo (¿y sobre qué, sino, ha girado también la presente producción?: la autora lo apunta en una nota al pie). Al respecto dice Kaës, en las páginas finales de *El grupo y el sujeto del grupo*, que éste «si bien puede configurarse como uno de excitación y aniquilación de los procesos representacionales, también puede organizarse como paraexcitador y proveedor de condiciones necesarias para el trabajo de la puesta en representación a través de las perlaboraciones intersubjetivas», ante lo cual respondería Mirta que, sin embargo, «*El conflicto yo/grupo* asegura... la exigencia de trabajo psíquico que produce o desarrolla los procesos de mentalización». Queda abierta así la puerta hacia el segundo campo de investigación propuesto por dicho autor cuando sostiene que «la producción de síntomas psicósomáticos es concomitante con los trastornos de la identificación con los objetos del grupo, o del apuntalamiento anaclítico en el grupo y los pensamientos del grupo. Es decir, cuando el grupo fracasa, para el sujeto, en constituir un apuntalamiento de pensamiento».

Sólo me resta brindar la bienvenida a Mirta Segoviano al «cuerpo» de «miembros titulares» de la AAPPG.

**PASANDO  
REVISTA**

*Los hijos de la fertilización asistida*  
**Eva Giberti; Gloria Mendilaharsu; Carlos Pachuk**  
**Sudamericana, 2001**

Voy a compartir con ustedes algunas reflexiones sobre estos temas tan actuales tratando de no caer en el error de verter ideas apresuradas, sino intentando retomar una serie de interrogantes.

Pensaba, cuando leía este libro, que la humanidad tardó siglos en poder separar la relación entre coito y procreación, para ahora tener que encontrar una forma de producir una procreación sin coito. Es una sensación extraña: esto último se logró en un corto período de tiempo, mientras se tardó siglos para lo otro. Es en este punto de complejidad que se abre, donde Eva Giberti nos plantea posicionarnos desde la perspectiva de un pensamiento nómada. Es decir, un pensamiento que no quede aferrado a certezas, sino que pueda marchar, pueda caminar. Y es aquí donde se combina lo esencial que ha transmitido este libro, que yo creo que está atravesado no sólo por la audacia sino también por la responsabilidad. Es muy fácil decir que uno se siente responsable y es

muy fácil ser pacato cuando uno no se siente responsable. De manera que la relación equilibrada entre audacia y responsabilidad es un mérito importante.

Voy a citar el párrafo de Carlos Pachuk y Gloria Barros: «La alianza entre el mundo fantasmático y la tecno-ciencia amenaza romper con el último anclaje biológico: el cuerpo de la madre y todo su universo simbólico representado por la estructura familiar y generacional clásica.» Diversas opciones atraviesan los textos que estamos presentando: implantación, donación, alquiler de vientres, todas formas que conservan algo de lo originario, pero que dan cuenta de que está latente la idea de sacar del vientre al embrión, o reemplazar la matriz, o sacar al niño ya «producido» de la probeta. Llegando a plantear las posibilidades que se abren en los siguientes términos: «Al no mediar la relación sexual cualquier combinación es posible».

Es en este punto que quisiera contar una idea extraña que me

ha aparecido hace algún tiempo, y que pensándolo, no es tan extraña, acerca de que alguna vez en un momento no muy lejano, las mujeres decidieran no seguir pariendo a sus hijos, llevándolos en su cuerpo. Que tal vez la sociedad planteara, con el soporte científico que ya se esboza, que las mujeres no tienen por qué ser diferentes de los hombres y quedar durante meses apartadas del proceso productivo, dejar de lado sus carreras, extender su vientre, deformar sus pechos, transformar su columna, romper el cóccix, todo lo que sabemos que ocurre a lo largo de un embarazo y un parto... Y que posiblemente nosotras, las mujeres de este siglo y de los siglos anteriores, seamos vistas como mujeres salvajes, pariendo niños envueltos en sangre y tegumentos. Esta idea, que no es ninguna locura y que podría ser perfectamente viable, a mí me hacía sentir el horror del despojo... Yo soy una mujer del siglo XX... y me siento absolutamente feliz de haber hecho todas esas pavadadas que se plantean a lo largo de un embarazo y de haber soportado todos los malestares y beneficios que conllevan los partos. Y más aún, pienso que las mujeres llevamos la marca de los hijos en el cuerpo como los guerreros llevan las marcas de las batallas luchadas,

y que una de las cosas más terribles que ha hecho la cultura es plantear que estas marcas son algo antiestético y deformante cuando en realidad son las formas en las cuales se expresa la producción de lo más noble que damos las mujeres a la humanidad...

Respecto a la cuestión de la producción de embriones es indudable que acá hay una presencia fuerte de una raigambre religiosa, ya que lo que se está discutiendo es cuándo comienza la vida humana: si se considera que hay ser humano a partir de la concepción o a partir del pasaje de embrión a feto. De modo que gran parte del debate que estamos enfrentando está en conexión con la legalización o penalización del aborto y confluye con las grandes discusiones que sobre estos temas vienen dándose desde hace tiempo. Recordé también algo muy gracioso, que era un texto que leí hace algún tiempo, en el cual el autor hablaba del absurdo de considerar un ser humano hasta la concepción misma, o aún más atrás, hasta sus posibilidades de plasmación, diciendo que se podría llegar entonces a pensar que, en ese sentido, cada masturbación era un genocidio... ya que la cadena podría remontarse hasta lugares insospechados.



Por eso la idea de llamar adoptivos a los embriones implantados o trasplantados, o llamarlos huérfanos, pierde de vista que la filiación no es un problema biológico sino simbólico y que se define, no a partir de la genética, sino desde los modos con los cuales los seres humanos se reconocen como hijos y como padres. Más cuando el concepto de filiación como nosotros lo conocemos tiene muy poco que ver con la biología en el sentido estricto.

Hay una enorme cantidad de culturas que desconocen la relación entre coito y alumbramiento, y que suponen que el niño ha sido engendrado por la presencia de un espíritu que no tiene nada que ver con el coito; en ellas la presencia de lo genético no ocupa un lugar en la determinación de la filiación. La misma cristiandad festejó hace algunos días a un hijo de María hecho por intervención divina, al cual podemos considerar el primer caso de fertilización asistida de la historia, y a nadie se le ocurriría plantearse un problema de filiación al respecto. Está muy claro de quién es hijo Jesús para toda la cristiandad: no lo es del pobre José, sino del Espíritu Santo que posibilitó la concepción. De manera que claramente la cuestión de la filia-

ción no alude a una cuestión genética sino simbólica, y proponerla sólo desde el ángulo genético es una suerte de trampa, porque en realidad lo que se está discutiendo son los modos de protección de bienes materiales y simbólicos respecto a los seres humanos, y de éstos sobre la propiedad en general. La ley argentina tiene una serie de elementos interesantes para pensar acerca del momento en el cual consideramos que hay vida legalmente hablando. Porque si un feto nace muerto de una madre que está viva, y de un padre que murió, la madre no hereda al padre, pero si el niño vive unas horas, en la medida en que el niño vivió, el niño hereda al padre y la madre hereda después al hijo. Lo cual muestra claramente que desde el punto de vista civil se considera vivo aquello que ha tenido vida en la tierra durante algunas horas.

Gloria y Carlos plantean una suerte de escalada: desde la inseminación homóloga fuera de la relación sexual –a la cual los psicoanalistas llamamos escena primaria, y que no coincide totalmente con la relación sexual– a la inseminación *in vitro*, producida fuera de la relación sexual, de la escena primaria y del cuerpo, hasta la clonación, que es fuera del cuerpo, fuera

de la escena sexual y fuera de toda reproducción sexuada.

¿Qué forma va a tomar entonces la pregunta por los orígenes, que es una pregunta constitutiva del ser humano? Ustedes saben que la pregunta por los orígenes es una pregunta por el deseo del otro; la pregunta no es «de quién soy hijo», la pregunta es «por qué soy hijo de quien soy hijo». La gente piensa que el problema de los niños adoptivos es decirles que son adoptivos. No, el problema de los niños adoptivos es «¿por qué mis padres biológicos no se quedaron conmigo, por qué mi madre biológica no pudo quedarse conmigo?». No es una pregunta respecto a la adopción; es una pregunta respecto al deseo del otro.

La pregunta por los orígenes no es una pregunta por la biología. Hace poco tiempo me preguntaba una señora que tiene un niño adoptivo si yo pensaba que ella le tenía que decir que lo había ido a buscar a un rancho miserable, muy pobre. Yo le dije: «mire, si usted lo hubiera tenido en un parto biológico y natural, no le diría que la luz del quirófano le hirió los ojos, salvo que le quisiera transmitir algo, y algo referente al sufrimiento que usted pasó para te-

nerlo». Me interesa subrayar el hecho de que la información que se da a los niños es una información que va cargada de un mensaje: no se le dice algo a un niño si no está implicado que se le quiere decir algo más que eso. Cuando esta mamá le quería decir que lo había sacado de un rancho muy pobre, le quería transmitir el hecho de que era justa la adopción, que ella no era culpable de haberlo arrebatado de su madre y que no había otra opción para su vida, por la angustia que le producía el sentir que se había apropiado del hijo de otra mujer y el miedo que tenía de que el niño se lo reclamara. Las teorías que se da sobre los orígenes son teorías mucho más complejas que la genética.

Por supuesto yo he escuchado ya en padres que han tenido hijos por fertilización asistida formular algunas cuestiones que tienen que ver con la angustia que producen estos fenómenos. Por ejemplo, un señor que decía «yo comparto la paternidad con el médico» y en algo tenía razón, ya que al decirlo de ese modo, se refería a que él no había engendrado a su propio hijo sino por mediación del médico que había hecho la inseminación artificial en la mujer. No pudo poner la semillita, la puso el

doctor... El planteaba que la semillita no le importaba, sino que le importaba que él no la había puesto en la mamá.

Lo cual nos aproxima al tema acerca de si la concepción es lo mismo que la fabricación de hijos, cuestión ésta que Eva Giberti plantea en el libro abriendo la relación entre *thechné* y *poiesis*, respecto a que la técnica productora de objetos no tiene el mismo carácter que la producción como creación de objetos. Podríamos plantearnos si es que es posible algún tipo de fabricación sin creación, sin algún tipo de nivel de creación en cualquier modelo reproductivo; quiero decir si se pueden fabricar seres humanos sin que se incluya algún tipo de creación. Ya que no se trata meramente de la técnica sino de alguien que por alguna razón desea tener ese hijo.

La pregunta por la clonación no es una pregunta por la sexualidad, sino que es una pregunta por la duplicación. Hace poco escribí un pequeño texto sobre este tema planteando que el problema de la duplicación –que es en mi opinión el resultado de la clonación con fines reproductivos– es que en el deseo de hijo hay siempre algo que tiene que ver con un inacabamiento de los

seres humanos. Los hijos no sirven para nada, salvo para ser amados. Se tiene hijos para no morir de amor propio, porque como decía un chacarero de mi tierra, donde comen dos come mejor uno... De manera que la gente tiene hijos para volcar amor y volcar libido. Esto sea al modo de la reproducción natural o de la fertilización asistida... Ha sido siempre así...

El tema de la clonación es que quien decide clonarse para duplicarse en caso de que se pueda hacer, busca la reproducción de la perfección a través de lo idéntico. Porque los hijos vienen para reparar las tareas inconclusas de cada generación; los hijos vienen a resolver aquellas cosas que nos quedaron pendientes, para reprocharnos que les hicimos hacer aquellas cosas que no querían hacer... De manera que el problema de la clonación es que aquél que se propone clonarse a sí mismo da por sentado que ha arribado a la perfección, proponiendo una circularidad que implica una anulación del tiempo, no del tiempo biológico sino del tiempo del pasaje y de la producción histórica... Lo cual pone de relieve que no estamos frente a un simple problema técnico sino que estamos frente a un tipo de deseo que es radicalmente dis-

tinto al deseo de hijo que imperó hasta la actualidad... Lo cual no quiere decir que no haya un deseo de hijo bajo esta forma. Todos sabemos que se tienen hijos para muchas cosas, incluso cuando yo digo, bromeando, que se tienen hijos «para nada», vale decir para nada útil desde el punto autoconservativo –ya que en el ser humano, la autoconservación de la especie y la del individuo pueden, perfectamente, entrar en conflicto y obligar a elecciones. El deseo de hijo tiene que ver con la ofelinidad, que es un concepto de Pareto.. Los hijos no tienen valor de cambio y no tienen valor de uso, sólo tienen valor de ser apreciados como hijos... Esto es cierto mientras no seamos esposas de Enrique VIII, porque si uno es esposa de Enrique VIII tiene que tener el hijo para conservar la cabeza... y para tener el reino. Lo cual nos lleva a reconocer que más allá de toda clonación muchos niños nacen en el mundo simplemente para resolver problemas de sucesiones, mantenimiento de dinastías y demás...

Pero de todas maneras, hay en todo esto algo que se define por el deseo del niño mismo. Por eso hay cosas interesantes que plantea el psicoanálisis aun teniendo en cuenta la cantidad de cosas que nos quedan por re-

visar y que tienen un carácter más o menos obsoleto. Entre otras, el modo con el cual ha quedado acuñada la teoría de la escena primaria, a la cual Gloria Barros y Carlos Pachuk dedican una parte de uno de los textos. Sabemos que la escena primaria es una escena fantasmática de engendramiento de los hijos a partir del coito de los padres, y es indudable que los niños de hoy no piensan que esa relación de los padres sirva para tener niños. Cuando Freud escribió, en su tiempo, los niños pensaban que mamá y papá en la cama hacían niños. Hoy, cuando les interpretamos esto, dicen: «Nooo, si mi papá no puede...» o «Nooo, si mi mamá toma pastillas...» Las cosas más extrañas nos contestan los niños... Yo he dicho, lo confieso, cosas antigüitas, interpretándole a una niña de 7 años que no quiere ir a la escuela porque tiene miedo de que mamá y papá le hagan un hermano y he recibido esta respuesta: «Nooo, si mamá y papá hacen el amor a la noche»... Respuestas todas que sería escandaloso considerar simplemente como del orden de la resistencia, y que nos producen la sensación de ser obsoletos, anticuados y demás...

La escena primaria, lo que a mi entender tiene de fecundo –y

esto es algo que se pone de relieve hoy y que el psicoanálisis no pudo pensar por la propia implicación de la sexualidad infantil de los analistas— es que pone de relieve la exclusión generacional en el intercambio sexual. La escena primaria es un lugar de exclusión del placer de los padres...

Ante la pregunta acerca de qué hacen papá y mamá en la cama, una niña de dos años, respondía: «Toman leche...» O se puede escuchar, como me dijo un chico de 9 años: «Yo lo odio a mi papá, porque él tiene todo, él tiene un cuarto con aire acondicionado y televisor...» «Y con mamá», pude agregar, aludiendo a que el padre poseía todo lo que hace la vida confortable, feliz y gozosa.

Sabemos que la soledad infantil en la cama es una soledad dolorosa, y no sólo la infantil, ya que uno observa que si todo el mundo se sigue casando pese a los fracasos matrimoniales, es tal vez porque dormir toda la vida solo es muy duro... Entonces que no les digan a los niños que es lindo dormir solo. Que les digan que algún día van a poder elegir con quién duermen sin tener que dormir con mamá o con papá, lo cual constituye una buena razón para resolver

su angustia, ya que a partir de ello podrán elegir con quién hacerlo. Hace algún tiempo a una paciente que no quería dormir solita, y que no entendía por qué tenía que hacerlo —una nena de 8 años— le dije algo de este orden: «Si no dormís sola, no vas a poder elegir algún día con quien dormir...». Me preguntó por qué y le respondí: «Porque si no podés estar sola no vas a poder elegir. Para que vos elijas cuando seas grande con quién querés vivir y con quién querés dormir, tenés que aprender a dormir sola, para que no te quedes colgada del primer salame que pase». A las dos nos pareció sensato, a partir de lo cual empezamos a trabajar juntas para que pudiera dormir sola... y lo logramos... Ella no veía ninguna razón moral para no dormir con su mamá y no veía ninguna razón de salud para dormir en su propia cama. En realidad hay que darles razones a los niños que tengan que ver con la vida, con la muerte y con la sexualidad y no cuentos.. O en todo caso hay que darles cuentos verdaderos...

El desanudamiento de la escena primaria como escena de placer separada de la escena primaria con su connotación de engendramiento ya lo han hecho los niños (ahora con las nuevas

cuestiones terminan de desanudarse). Y creo que ante la escena primaria, ante esta exclusión radical de la relación sexual entre los padres, de eso tan fascinante y enigmático que el niño supone, el fantasma de engendramiento de los niños es un modo de inclusión beneficiosa... Pensar que todo ese despliegue ha sido sólo para engendrarlo y no porque llana y simplemente no se lo necesita en el intercambio de placer, es repositivo narcisistamente. De modo tal que considero que el fantasma de la escena primaria tal como lo hemos planteado hasta el momento, reflejando una cierta realidad de los siglos XIX y parte del XX, no es una teoría psicoanalítica a la cual debemos renunciar, sino un mito infantil que los psicoanalistas hemos retomado en nuestras producciones a partir de un modo de constitución fantasmática de una época, y que mientras duró alivió nuestra propia intolerancia infantil a la sexualidad de nuestros padres, a lo cual tendremos que renunciar para enfrentarnos duramente a nuestra exclusión y a la de nuestros pacientes...

Por eso, tomemos seriamente en cuenta esta diferencia propuesta por Eva entre engendramiento y fabricación, para dar racionalidad a nuestras propias

preguntas y vaticinios. Ya que, para ser realistas, muchos de nuestros temores son producto de un ensamblamiento de viejas cuestiones con nuevos problemas. Por ejemplo, en un mundo en el cual sólo en los bordes mismos del subdesarrollo y la miseria de la historia hay luchas cuerpo a cuerpo en la batalla, hay que sacarse la fantasía terrible de que seres humanos serán producidos para alimentar la guerra.... Porque ya no se emplean ni caballos en la guerra –la última vez que fueron utilizados fue cuando un batallón de la caballería polaca se lanzó contra los tanques nazis y los mataron a todos–, y los caballos han sido liberados incluso del trabajo pesado, salvo en las regiones más pobres del mundo. Y los hombres también han sido liberados de la guerra manual salvo en las regiones pobres, que no van a clonar a nadie para hacer ejércitos. La guerra hoy es una guerra como la del golfo; se maneja con tecnología y en forma mediática, de manera que no proyectemos fantasías del pasado con los clones del futuro y tampoco con un ejército de obreros, ya que con la desocupación que hay es carísimo pensar en clonar seres humanos para manejar fábricas en un mundo en el cual ha desaparecido la ilusión de plena ocupa-

ción... ¿A quién se le ocurriría clonar a alguien? ¿Qué podría ser más barato que las miserias que seres humanos engendrados en los ranchos y villas del tercer mundo reciben?

Sí, va a haber computadoras que reemplacen a hombres, pero no tienen por qué ser clones, ya que una computadora presenta menos problemas. Cuando discuto con los etólogos, pongo por ejemplo un hormiguero para mostrar la diferencia con el trabajo en la comunidad humana. Es que con los seres humanos pasa lo que no pasa con las hormigas. Jamás un hormigo deja de trabajar por mirar las piernas de una hormiga, eso pasa en la comunidad humana... ¿Entonces quién va a querer un clon humano, cuando lo específicamente humano trae más problemas que beneficios para la producción y para la guerra?...

Lo que sí se puede producir, y surge acá una cuestión importante, son clones para la reproducción de órganos. Pero lo más novedoso es la posibilidad de reproducir órganos sin tener que reproducir un ser humano entero, entonces, ¿para qué producir un ser humano entero? Y yo no creo que alguien se vaya a oponer a que se reproduzcan y se clonen órganos para autotras-

plante. Hace treinta años que se realizan trasplantes de órganos, y todavía leemos en los diarios «Un trasplante con éxito»... Y eso indica que los trasplantes siguen sin funcionar... Porque no hay ningún titular que diga «se evitó una epidemia de polio mediante el uso de vacunas», salvo como noticia social o política, no científica. De modo que para no aprobar la clonación de órganos hay que estar demente.

Por eso creo que hay que diferenciar entre la duplicación y la clonación y tener en cuenta que la duplicación puede ser un recurso extremo de algunos sectores muy narcisistas que se creen maravillosos y quieren ser idénticos a sí mismos. Pero no creo que nadie en nuestra vida quiera un hijo idéntico a uno salvo que esté muy loco y lo puede tener sin necesidad de clonarse. Un hijo loco de alguien loco. Porque hasta ahora la humanidad ha producido psicóticos sin clonarse y ha producido gente sana y eso no quiere decir que la clonación va a ser una fuente inagotable de psicóticos... Intento, con todo esto, producir una cuña en esta proyección sobre la ciencia de los fantasmas generacionales que vemos emerger frecuentemente, porque ustedes saben que gran parte del pensamiento científico

se concentra en gente de mediana edad que termina proyectando sobre la humanidad sus conflictos históricos.

Este libro tiene la enorme virtud de no hacerlo. Es un libro profundamente joven... Profundamente joven y profundamente abierto a las nuevas cuestiones, y seriamente comprometido en no cerrar apresuradamente todo lo novedoso que enfrentamos. Pero no es tampoco postmoderno: enfrenta con res-

ponsabilidad la cuestión de resolver aquellas problemáticas que puede encarar, dejando planteado lo que aún no parecería ser pasible de resolución.

De manera que así como yo sentí un gran placer en leerlo, y me deja abiertos de modo estimulante un montón de interrogantes en la cabeza, espero que ustedes y muchos otros tengan la misma oportunidad. Muchas gracias.

*Silvia Bleichmar*



***El sujeto y el otro.  
De la ausencia a la presencia***  
**Isidoro Berenstein**  
**Paidós, 2001**

Un escrito echado a rodar, si encuentra en el lector una escucha, y toma a su vez la palabra, vuelve a lanzar un movimiento siempre exorbitante: cuestión misteriosa, enigmática con relación al otro, ausente en el presente del acto de la escritura, acto que también produce un futuro en que el escrito se arriesga a un encuentro con y desde esa ajenidad. «Tener una conversación, escribir una carta» es título de un párrafo en que Isidoro se sirve de este par de situaciones para trabajar con el lector un par conceptual, *presentación-representación*, y una clínica, *clínica de la presencia*.

Cuando Isidoro me dio un ejemplar, el libro traía algo más. En su dedicatoria escribió: «viejo compañero de recorrido», nombrando una cualidad de nuestro vínculo y también, por qué no, sobre la temporalidad. Y es así. Desde allí hago mi lectura. La clínica y la teorización sobre los vínculos, clínica de la presencia, nos es común desde hace décadas. Su problemática

me es próxima. Me sorprendió y me dio y me da trabajo el tratamiento que les da. Eso es bueno, fructífero. Desde esa perspectiva hago mi comentario.

La propuesta-apuesta, la aspiración de Isidoro, lo avisa desde el prólogo, viene siendo la de darle a lo vincular entidad propia, dando cuenta de esa entidad. Con la particularidad de que no se trata esta vez de un libro sobre clínica o teoría de familia o pareja, sino que su producción está orientada a la suplementación del corpus psicoanalítico general. Sus interlocutores son muchos, heterogéneos, Freud, Laplanche, Green —entre otros del psicoanálisis—, el estructuralismo de Lévi Strauss. Badiou, Deleuze, Levinas, Foucault, del campo de la filosofía. Lewkowitz del campo de la historia. Busca más allá de los límites del estructuralismo. En este movimiento reconozco tramos de discusiones en un trabajo conjunto importante, por lo menos desde el ángulo que me concierne, en espacios que com-

partimos, sobre el que creó su singular marca. Esto lo lleva, estimo, a una verdadera transmutación de su pensamiento que va del determinismo a la posibilidad de situar en un lugar destacado lo radicalmente imprevisible.

Este es un libro, como él mismo lo dice, menos elegante que uno estructuralista. También menos sistemático, aunque exhaustivo, diría, para los tópicos que hacen a su problemática. A cambio, trabaja la organización de su propuesta de un modo próximo, coloquial, como si hablara con el lector. Ello auspica hendiduras, salientes en su escritura que abren al encuentro del pensamiento del lector.

Trabaja su propia transferencia a la obra de Freud, y se posiciona frente a ella. Delinea tres obstáculos, tres límites, tres fronteras, bordes a atravesar más allá de Freud para ir al encuentro de una perspectiva vincular. Lo cito:

«1. El psicoanálisis como método comprende, para la mayoría de los psicoanalistas, sólo la sesión bipersonal, y los otros encuadres son desestimados y considerados fuera de la cura, en tanto se concibe ésta como

desplegada con el paciente individual.

2. Es considerada experiencia originaria la relación siempre asimétrica entre la madre (o un adulto), cuyo inconciente ya se ha constituido, y el niño en vías de hacerlo. Es desechada o no puede ser pensada la producción de inconciente entre dos sujetos adultos ligados en una experiencia significativa nueva, por lo tanto originaria.

3. En consecuencia, el inconciente tiene un solo momento originario y debería remitir a él.»

Puestas en positivo, estas fronteras implican un atravesamiento de órdenes heterogéneos:

1. Hacer propia la perspectiva de que hay una posición de cura legítimamente analítica en el campo multipersonal. Este es un atravesamiento en el que están involucradas las prácticas, la construcción de una clínica específica, pensada, no como mera aplicación, sino con un proyecto de dar cuenta teóricamente de ella desde una teorización abarcativa de la situación.

2. Construcción que comienza con la deconstrucción de las

bases epistemológicas y aun filosóficas que han influido sobre el pensamiento psicoanalítico. A partir de la idea de mundo que se desprende del determinismo propio de la ciencia, básicamente ordenado, la tarea del científico es la de descubrir el orden que está allí para ser descubierto. Al lado, la idea de causalidad ligada a un origen único podría pensarse como de base aristotélica, en donde habría en un origen un Uno que se despliega. Como consecuencia: primera y segunda series complementarias fuertemente determinantes. Frente a ello, una ontología que propone básicamente un mundo caótico, en donde el ser es básicamente múltiple, provisorio, y producido como determinado. Entonces no habría un origen, sino múltiples orígenes. Una tal concepción, pone en foco, enfatiza, pone en el centro, una particular versión, si se quiere, de la tercera serie complementaria: la experiencia analítica actual, en tanto vínculo, fundando subjetividad.

Pero ¿qué le hace decir al término *vincularidad*? Le da una forma provisorio a su enunciación, dice: *forma actual de denominar las relaciones entre sujetos*. Después especifica: *la relación cuya estructura llamamos vínculo instituye a los su-*

*jetos que lo produjeron y lo habitan desde su comienzo, siendo éste un punto de partida.*

«Juicio de realidad» diferencia «objeto real externo» de «alucinación», registro de que hay algo más allá del objeto. Se pregunta: ¿«objeto real externo» como expresión, no es en sí misma contradictoria? Desde la vincularidad, dice Isidoro, *relación entre sujetos*: habrá que trabajar –seguirá diciendo– inventar en ese camino un *juicio de presencia*. Piensa: «Más allá de lo representado por el objeto, el otro le excede, y cabrá aceptar un registro de esta ajenidad para no enloquecer.»

En el primer capítulo, sienta las bases de lo que define como proyecto: la consideración de la vincularidad fuerza la metapsicología freudiana hacia un más allá con relación a la sexualidad. Se dispone a dar el paso que hay que dar desde lo que teóricamente pone un límite al concebir al otro como objeto de la pulsión, es decir, desde un campo cuyo borde es el de lo representacional, a la apuesta a futuro en el trabajo suplementante del corpus psicoanalítico que incluya la vincularidad, en donde el otro, es otro sujeto.

Entonces propone: «deseo

incluir el poder como otra formación profunda que constituye lo inconciente y que conviene discernir de lo sexual».

Un paréntesis: algo acerca del secuestro de las palabras. Alguien dice «poder», y rápidamente hace surgir un cierre, en nombre de los saberes ya consagrados... y hace pensar escandalizados: ... ¿es que la propuesta de Isidoro, desexualiza el psicoanálisis?

Apunto: Isidoro dice en esa frase, «discernir», no dice «oponer».

Dimensión sexual, relación de objeto, dimensión vincular, relación entre sujetos. Allí la simultaneidad de la mutua imposición, de la bidireccionalidad. No se oponen. Si el psicoanálisis se abre a otra dimensión, la de la clínica y la teorización sobre un campo multipersonal, ha de dar cuenta de ese cambio, que yo diría, de nivel lógico. Si se me permite una comparación tosca, las leyes para lo bidimensional no alcanzan para lo volumétrico, ni éstas para lo volumétrico complejizado por el tiempo.

Por otro lado, por su polise-mia, una palabra también se asocia a lo que se le quiere hacer decir, y a lo que no se le quiere

hacer decir. Con las palabras se hacen cosas, dirá Austin. Así sucede en la construcción de una teoría, por ejemplo.

¿Qué le quiere hacer decir a «poder», Isidoro? Interpreto que, para Isidoro, equiparar *poder* a pulsión de *dominio* es un reduccionismo.

Pensando estas cuestiones, yo me encontré asociando, y preguntándome: ¿qué hace especialmente visibilizable el dispositivo vincular? En los primeros segundos de cualquier sesión vincular (familiar, de pareja, de grupo, por decirlo muy esquemáticamente), caben tres alternativas: o bien hay una vacilación embarazosa –tal vez una cierta inhibición– por el impacto de la imposición de presencia mutua entre analista y pacientes, justamente generadora de exigencia de trabajo... o bien hay un arrasamiento brutal por parte de quienes llegan, que siguen hablando como si el otro, el analista, «supiera», es decir, hubiera estado con ellos, o bien, que es lo mismo, como si no existiera.

También podría pasar que alguien de la familia tiranice y dé o quite la palabra, o «agarre» con su mirada a alguno, tal vez al analista.

En este último caso, podríamos decir que *poder*, como mutua imposición entre sujetos, se superpone a dominio como dinámica pulsional representacional. Pero cuando estamos más cerca de la angustia, como en el primero, de una producción subjetiva más discriminada, la mutua imposición está allí de otro modo, con un registro cualitativamente diferente de ajenidad. El poder definido como mutua imposición, como la imposibilidad de ausencia, está en cada uno de ellos, en una clínica de la presencia que habrá que pensar en cada caso. En esta línea, cabe usar una lógica paradójica que tenga en cuenta la heterogeneidad de los niveles lógicos en juego.

Ya le conocemos a Isidoro, de producciones anteriores, desde la teorización estructuralista, la inclusión de Creonte en la consideración de la problemática edípica. Esta vez extiende su análisis a toda la trilogía de Sófocles, munido de otras herramientas conceptuales, justamente para trabajar entre otras muchas cuestiones esos dos términos: sexualidad y poder, proponiéndolos para discernir dos planos irreductibles el uno al otro: el de lo representacional objetal y el de lo vincular desde una lógica paradójica.

Para terminar, en una lectura posible que hago de la tríada de Sófocles, hay un par de opuestos que la sobrevuelan, modos distintos de producción de subjetividad en cada uno de ellos. «Edipo Rey» y «Antígona», transcurren en Tebas. Allí, la cuestión del poder está planteada en términos de dominio absoluto del otro. Tanto Edipo como Creonte, en un momento soberbios soberanos, terminan en una misma posición: desolados por el error en que han incurrido. Omnipotencia-impotencia. De una posición soberbia a una culpable.

Omnipotencia, omnisapientia, omnipresencia. Ambos pecan por haberse constituido en saber absoluto, y encarnar en ellos mismos la ley. Así, en el terreno de esas condiciones de producción de subjetividad, el destino de Polinises sin su tránsito al Hades, lleva a su vez a un sin salida a Antígona, a la que se le va la vida en su oposición, y también a la existencia menor a que ve reducida su vida Ismena.

«Edipo en Colona» hace contraste con esto. Teseo —su gobernante— se encuentra con un Edipo incompleto, ciego, pero a su vez, él no se propone como la suma del poder, hay una ley

que lo trasciende, la ley de la polis.

La lógica del poder en Tebas desgarrar la subjetividad, e impela a que, para salvar algo de la dimensión de ajenidad, se haga necesario en el relato el exilio, lo que no es posible en el espacio de esa modalidad vincular. Allí la tragedia muestra la imposibilidad de reducir al otro a la pura representación. Muestra cómo la relación como encaje-articulación constituye un imposible.

Por ello, la retórica también nace en Atenas, una terceridad auspicia como posible la confrontación de discursos. No hay discurso único.

En Atenas, entonces, hay posibilidad de ofrecer existencia desde la diferencia. Es interesante que Edipo no muere explícitamente. Hay un espacio posible de vida no discernido en un espacio marcado.

Me propongo y propongo un trabajo amigable, lo que no quiere decir complaciente, con este texto. Me propongo y propongo no hacer una traducción automática de los discursos consagrados: ello podría llevar de Atenas a Tebas y perder la posibilidad de una lectura subjetivada de un texto sin duda enriquecedor. Gracias.

*Ricardo Gaspari*

*La pareja y sus anudamientos*  
*Erotismo-pasión-poder-trauma*  
**D. Asiner; N. Inda; A. Makintach; C. Rolfo;**  
**M. Eksztain; H. Krakov; N. Mondolfo; S. Sternbach**  
**Compiladora: Janine Puget**  
**Lugar editorial, 2001**

Cuando recibí la halagadora invitación para presentar este libro, pensé que se iba a tratar simplemente de expresar mi opinión sobre su contenido. Pero, algo así como sin querer, al leerlo, me vinculé de un modo diferente con los autores. ¿Qué significó eso? Que ya no se trató de «conocer» lo que ellos dicen o «dar a conocer» lo que yo opino. A partir de la lectura cuidadosa, tuve que trabajar junto al obstáculo que me impuso la presencia de este libro que hicieron ellos. Y así me encontré con producciones e interrogantes nuevos, que no estaban en mis archivos ni en el libro que leí por primera vez. O sea que, para decirlo en términos de los autores, mi vínculo con ellos se complejizó. Y a partir de allí el libro que leí fue otro. Descubrí, por ejemplo, una cualidad de todos sus capítulos: no se cierran en lo conocido, sino que se abren, cada uno conservando su singular perspectiva, en la producción sobre el apasionante, complejo y enigmático campo del vínculo de pareja.

Me voy a referir ahora un poco a cada capítulo. Pero debo aclararles que sólo podré contarles lo que emergió en mí en ese vínculo del que les hablaba, lo cual puede no coincidir con lo que los autores creen haber escrito. Se me ocurrió también contarles cómo me imagino la continuación de cada uno de los capítulos de un futuro libro, imaginado por mí y escrito por los autores. O sea, cómo me gustaría que ellos, luego de haberme seducido, sigan este lazo que ahora nos une.

Voy a seguir el orden de aparición de los capítulos.

Héctor Krakov, con la rigurosidad que le conocemos, nos propone pensar nuestro vínculo, como analistas, con lo vincular. Cómo el encuentro con una nueva perspectiva, una nueva inscripción, un nuevo paradigma, o un nuevo mundo, nos ha afectado. Por supuesto, mundo, paradigma, inscripción y perspectiva son cosas diferentes y, en

el libro que me imaginé como continuación de éste, me gustaría que Héctor diferencie esos conceptos, sin por ello perder la amplitud de su punto de vista. Pero en este capítulo, Héctor toma esos términos como el modo de acercamiento a un «dilema no resuelto» que él aborda a través de una minuciosa revisión de teorías, ejemplos clínicos y definiciones o redefiniciones de términos como *historia vincular*, *sujeto del vínculo*, *transferencia vincular*, *discurso vincular*, *ansiedad vincular* y *potencia conyugal*. Lo bueno de esas definiciones, como de todo el capítulo, es que no son casilleros estancos para archivar conceptos, sino claras plataformas para discutir, que él abre generosamente de modo que, quien quiera hacer contacto con las inconsistencias que encierran –si las hubiera–, pueda reformularlas y pensar.

En el segundo capítulo, Alejandra Makintach se propone nada menos que enlazar la teoría vincular, que dice que el vínculo es lo que consiste y lo que instituye a sus sujetos, con la teoría lacaniana, que dice que *la relación sexual no es* y que *el sujeto surge de una correlación entre significantes*. Es sin duda una empresa audaz. Pero, para los que creemos que el psi-

coanálisis no es sin Lacan, ni es sin lo vincular, la empresa de Alejandra es imprescindible. Ella plantea de entrada el sesgo del posible encuentro entre esas perspectivas: la pareja, dice, es una estructura para enmascarar lo real y por ello su misma existencia gira en torno a la paradoja de que, aun cuando no existamos sin vínculo, la relación sexual no existe. Paradoja emparentada con esta otra: sólo somos en tanto reconocidos por otro, pero al serlo, algo esencial nuestro se sustrae. Para Alejandra, no hay genitalidad ni armonía posibles, pero tampoco acto vincular que no implique su búsqueda, y en ese doble anudamiento habitan el vínculo y el deseo. O sea, la pareja es el semblante de la relación sexual que no hay, y en ese panorama, es posible dar lo que no se tiene a quien no es, o sea enlazar el amor. El capítulo de Alejandra no se cierra al superponer teorías y por ello promete una continuación. En el próximo libro imaginado me gustaría que, más allá de las congruencias, Alejandra señale las inconsistencias que, desde cada una de las teorías, presenta la otra.

Marta Eksztain arranca con la tesis, audaz y seductora, de que el erotismo es lo más específico de la pareja, aun cuando



su papel ha sido desde hace mucho malpreciado. Para ello, nos recuerda que es por el erotismo que, entre los cuerpos de la mamá y del bebé, surge la sexualidad del niño. Y Marta nos dice que en la pareja se convocan constelaciones similares. Allí, los cuerpos se enlazan en una novela erótica singular y creativa capaz de anudar una doble alteridad: en el encuentro erótico, dice, se entraman dos enigmas, el del otro y el de lo otro que emerge de uno mismo. Lo erótico es así un modo de transitar lo traumático propio de las alteridades radicales en juego en una pareja –punto en el que insistirán también Sternbach e Inda, Mondolfo y Rolfo. El erotismo, dice Marta, es el humor de la sexualidad, excelente metáfora que da cuenta, al mismo tiempo, de su surgimiento en forma de chispazos, de su valor saludable y descompresivo, y de que promete y desmiente a la vez la ilusión de completud. De modo que, sin obturar la falta, es capaz de conjurar la angustia frente a lo imposible. En el próximo libro imaginado por mí, Marta abordaría nada menos que esta pregunta: ¿bajo qué condiciones el erotismo es pura cobertura y bajo cuáles es escenario de lo creativo? Su respuesta podría arrojar nuevas luces al tema del amor de transferencia.

El trabajo de Eksztain se continúa con el de Susana Sternbach. Y digo «continúa» no sólo por su secuencia en el libro o por la problemática que abordan, sino también por el impecable y poético estilo en el que ambos están escritos. Susana se propone analizar el papel de la pasión en los vínculos. El concepto de pasión, dice, no es una invariante, sino que varía de acuerdo a las representaciones sociales de cada época, y hoy el lugar de la pasión resulta problemático. Nos advierte además que, por el exceso desmesurado con el que comúnmente se lo asocia, lo pasional está desprestigiado entre los analistas. El capítulo modula finamente ese desprestigio: es cierto que el enamoramiento apasionado puede llevar a un destino fatal, en una convocación, simétrica o asimétrica a lo tanático. Pero no es menos cierto que la pasión puede ser portadora de verdad y tener un final feliz si logra enlazarse con el deseo y el amor. Susana nos conduce así a una suerte de ecuación esencial, en la que se enlazan lo pasional, lo pulsional y lo originario. La pasión trae, de algún modo, a la pulsión y a lo originario a la escena del vínculo amoroso. Y como, según Susana, lo pulsional y lo originario nacen en un vínculo, lo pasional es también

una forma de que lo no enlazado, de algún modo, lo esencial de cada quien, busque y encuentre lazos. La continuación del libro de Susana que me imaginé, está en cierta forma señalada en el capítulo por ella misma: consiste en que ella, con su sutil y profundo enfoque, nos esclarezca aún más sobre el tema de la sublimación en los vínculos; cómo de lo más primitivo e indómito puede emerger, en una pareja, algo ligado a lo sublime.

Tomar el poder como eje determinante sin considerarlo un simple «derivado» de lo sexual, como lo hace Daniel Asiner, es algo tan necesario como novedoso y, por lo tanto, un poco disruptivo para el dogma oficial. Valiéndose de que la palabra «poder», significa tanto dominio como capacidad, Daniel propone un modelo de cura que ilustra con ejemplos, en el que el poder-dominio puede pasar a poder-capacidad. Esos temas son importantes en la práctica porque tocan cuestiones sociales que «se nos meten por la ventana del consultorio» (o, como dirían Deleuze y Guattari, ya están en el consultorio), y que hoy no podríamos ignorar. Daniel propone, además, pensar los vínculos en base a un modelo de intercambios, lo cual tal

vez le permita abordar en forma conjunta lo social y lo vincular, cuya disyunción suele preocuparnos. Su análisis del papel del poder en la patología vincular privilegia dos situaciones que ilustra con ejemplos clínicos: el de *dominio como intento de resolución de lo no tramitado* y como *escena traumática que pretende reestablecer identidades*. Me gustaría preguntarle a Daniel, para que él desarrolle en el próximo libro, si no valdría la pena diferenciar el poder como factor constitutivo de los vínculos del «exceso de poder», que sería un uso del mismo con otros fines.

Por último, Norberto Inda, Norma Mondolfo y Cielo Rolfo presentan «Trauma como impacto y tramitación vincular». El título marca de entrada e ingeniosamente un doble aspecto de la cuestión: el trauma impacta al vínculo, puede conmovirlo y perturbarlo seriamente; pero, a su vez, el vínculo es el lugar privilegiado para su tramitación. Además, como lo inadmisibile del otro puede ser tanto traumático como núcleo de un cambio radical, trauma y acontecimiento tienen fronteras compartidas. Los autores abordan la cuestión de la relación entre trauma y acontecimiento, tantas veces señalada y tan poco esclarecida,

de manera realmente simple y profunda. El vínculo, señalan, encierra una paradoja: por un lado, al incluir lo ajeno e inadmisibile del otro, «toda relación evoca algo de la condición de trauma», pero, a su vez, la presencia del otro es condición necesaria para la elaboración del trauma. De suerte que habría una especie de ciclo, como el corazón de la complejidad de un vínculo, en el que, al mismo tiempo que lo ajeno del otro es traumático, su presencia promueve elaboración. O sea, algo no tan distinto a un acontecimiento. Por eso, no es siempre fácil diferenciar trauma de acontecimiento, y no pocas veces a un duelo importante le siguen producciones importantes. (Recordé, cuando leía el trabajo, que fue poco después de la muerte de su padre que Freud escribió su «Interpretación de los Sueños» y Shakespeare su «Hamlet».) Por supuesto, pensé que en su próximo libro los autores van a desarrollar las consecuencias de ese notable hallazgo.

Lo que tal vez más une a los capítulos de este libro es su espíritu de apertura, muy adecuado a un tiempo de producción que no admitiría dogmatismos, al abordar lo que señala el título: *La pareja y sus anudamientos*. Quisiera destacar, por último, que ese título admite dos

abordajes diferentes de la cuestión. Uno, es qué hace que una pareja sea tal, qué la anuda, qué la arma. El otro es lo que una pareja, una vez constituida, es capaz de anudar o ligar. Una cuestión es el papel del erotismo, la pasión, el poder y el trauma en la constitución de una pareja. Otra, es la pareja como el modo posible de tramitar lo potencialmente desquiciante del erotismo, de la pasión, del poder, y del trauma.

Como verán, el trabajo que tan amablemente me impusieron los autores, leer con cierto cuidado su libro y hablar aquí en esta feliz presentación, cambió el vínculo que tengo con ellos. No me siento en condiciones de barajar los ejes del enamoramiento, la pasión, el trauma o el poder que me relacionan ahora con el libro ni con sus autores, pero el leerlo detenidamente me hizo darme cuenta de la verdad que encierra algo en lo que insisten ellos a lo largo de todas sus páginas: que el vínculo es algo complejo, trabajoso, tal vez inabarcable, pero que de él suelen emerger cosas nuevas que valen la pena.

Felicito a los autores.

*Julio Moreno*